

**STEPHEN
CRANE**

**La roja insignia
del valor**

Lectulandia

La roja insignia del valor es la obra maestra de Stephen Crane y una de las obras fundamentales de la novelística estadounidense. Desde su publicación causó una gran impresión en los lectores y desde todos los rincones de los Estados Unidos le llegaron cartas al autor felicitándolo por la exactitud de sus descripciones de la guerra. Sin embargo, Stephen Crane nunca había estado en una batalla, no había vivido ninguna guerra y, aun así, hasta veteranos y experimentados soldados concordaron en que *La roja insignia del valor* reflejaba con asombrosa exactitud lo que sienten los combatientes. Años más tarde, al asistir como corresponsal de guerra a una batalla y ver morir hombres y oler el humo de la pólvora, su comentario sobre su novela fue que «estaba muy bien»: reflejaba lo que en ese entonces recién llegó a ver. Pero si uno de los méritos del libro es haberse fundamentado en la pura imaginación del novelista, otra de sus grandes virtudes es poder decirlo todo con la máxima economía de palabras. No hay un solo escritor estadounidense que no haya aprendido algo del oficio por la lectura de este libro: y son muy pocos los lectores que puedan acabar de leerlo sin quedarse con la impresión de haber recorrido las páginas de un gran libro realista sobre la guerra, la heroicidad, la violencia, el tumulto y el miedo ante situaciones definitivas y finales.

Lectulandia

Stephen Crane

La roja insignia del valor

ePub r1.0

IbnKhalidun 19.06.13

Título original: *The Red Badged of Courage*
Stephen Crane, 1895

Editor digital: IbnKhalidun
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

El frío se iba alejando paulatinamente de la tierra y la niebla, al retirarse, iba descubriendo un ejército extendido sobre las colinas, que descansaba. Cuando el paisaje cambió de pardo a verde, el ejército despertó y empezó a estremecerse con ansiedad al simple anuncio de un nuevo rumor, lanzando ojeadas hacia los caminos, que, después de ser amplios charcos de barro líquido, iban transformándose en verdaderas carreteras. Un río, al que la sombra de sus márgenes prestaba tonalidades ambarinas, murmuraba a los pies del ejército, y por la noche, cuando la corriente se había transformado en doliente oscuridad, podían verse en la otra orilla las pupilas rojas y brillantes de las hogueras del campamento enemigo, situadas en las lomas bajas de distantes colinas.

En un momento dado, uno de los soldados, de elevada estatura, se sintió virtuoso y fue decididamente a lavarse una camisa. Volvió corriendo del arroyo, agitando la ropa como una bandera. Llegaba rebotante de noticias, transmitidas por un amigo de confianza, que las había recibido de un soldado de caballería incapaz de mentir, el cual las había recibido de su leal hermano, uno de los oficiales de servicio en el cuartel general del batallón. Adoptó al llegar el aspecto importante de un heraldo vestido de oro y grana.

—Vamos a avanzar mañana; seguro —dijo pomposamente a un grupo reunido en uno de los caminos que cruzaban el campamento—. Vamos a remontar el río, cruzar y rodearlos por detrás.

En alta voz y ante un atento público trazó el elaborado plan de una brillante campaña, y cuando acabó, los hombres vestidos de azul se esparcieron en pequeños grupos entre las hileras de barracas pardas y achatadas. Un muchacho negro, uno de los que cuidaban de los caballos, había estado bailando sobre una caja de embalaje entre las regocijadas exclamaciones de una docena de soldados. Ahora lo dejaron solo y se sentó, pesaroso. El humo se elevaba perezosamente desde una multitud de pintorescas chimeneas.

—¡Es mentira! ¡No es otra cosa más que una mentira fenomenal! —dijo otro soldado, a gritos. Su rostro, de tez suave, había enrojecido, y hundió las manos con malhumor en los bolsillos de los pantalones. Parecía tomar todo aquello como un insulto persona—. No creo que este maldito ejército llegue a avanzar ni un solo paso —continuó—. Estamos clavados. En los últimos quince días me han ordenado estar dispuesto para avanzar ocho veces, y aún no nos hemos movido.

El soldado alto^[1] se sintió obligado a defender la verdad de un rumor que él mismo había esparcido. El y el que vociferaba llegaron casi a las manos en la discusión.

Un cabo empezó a lanzar imprecaciones ante los allí reunidos. Dijo que acababa

de poner un costoso piso de madera en su barraca. Al iniciarse la primavera, se había abstenido de aumentar la comodidad de su residencia, porque le había parecido que el ejército podía emprender la marcha en cualquier momento; sin embargo, en los últimos tiempos le había dado la impresión de que se hallaban en una especie de campamento perpetuo.

La mayoría de los hombres se enzarzaron en una animada discusión. Uno esbozó, de modo peculiarmente lúcido, todos los planes del general en jefe. Otros se le opusieron, defendiendo la posibilidad de otros planes de campaña. Todos gritaban a la vez mientras algunos trataban en vano de atraer la atención general. Entre tanto, el soldado que había iniciado el rumor iba de un lado para otro con aires de importancia. De todas partes le dirigían preguntas:

—¿Qué pasa, Jim?

—El ejército va a avanzar.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, podéis creerme o no, como queráis. No me importa un pepino.

El tono de sus respuestas daba mucho que pensar y casi llegó a convencerlos, al no dignarse presentar pruebas de lo que decía; todos se sentían cada vez más llenos de excitación.

Uno de los soldados, un muchacho aún, escuchaba con ansiedad las palabras del soldado alto y los diversos comentarios de sus camaradas. Después de haber oído una gran cantidad de discusiones sobre marchas y ataques, se marchó a su barraca y se deslizó arrastrándose a través del complicado agujero que usaban como puerta. Deseaba estar a solas con algunas ideas nuevas que le habían asaltado últimamente.

Se tendió sobre una litera que se extendía a lo largo de uno de los extremos de la habitación. En el otro extremo, unas cajas de embalaje agrupadas alrededor de la chimenea servían de muebles. En una de las paredes, hechas con troncos, había un grabado, una página de un semanario ilustrado, y tres rifles se alineaban, colocados paralelamente sobre clavijas. Había equipos en estantes de fácil acceso y unos cuantos platos de hojalata estaban colocados sobre un pequeño montón de leños. Una tienda doblada les servía de techo. Los rayos del sol, al caer sobre ella en el exterior, le daban un brillo amarillo claro; una pequeña ventana lanzaba un recuadro oblicuo de luz más blanca sobre el suelo desigual. El humo de la hoguera desdeñaba muchas veces a la chimenea de barro y se esparcía en anillos por la habitación, y esta frágil chimenea de tierra y cañas era una constante amenaza de incendio para la barraca entera.

El muchacho estaba hundido en un pequeño trance de estupor. Por lo visto, iban finalmente a luchar. A la mañana siguiente, quizás, habría una batalla y él tomaría parte en ella. Necesitó esforzarse largo rato para obligarse a sí mismo a creerlo; no podía aceptar con pleno convencimiento el presagio de que iba a mezclarse en uno de

aquellos grandes conflictos de la tierra.

Desde luego, había soñado con batallas toda su vida, imaginando vagos y sangrientos conflictos que le habían estremecido profundamente con su arrebató y su ardor. En sueños se había visto a sí mismo en muchas batallas; había imaginado a gente que se sentía segura bajo la protección de su mirada de lince, de sus proezas. Pero, una vez despierto, había considerado las batallas como manchas sangrientas en las páginas del pasado. Las había relegado, junto con sus imágenes ficticias de pesadas coronas y elevados castillos, a una época anterior. Hubo un período de la historia del mundo que él había considerado siempre como la época de las guerras, pero aquel tiempo, pensaba, hacía ya mucho tiempo que se había alejado en el infinito y había desaparecido para siempre.

Desde su hogar, sus ojos juveniles habían contemplado la guerra en su propio país con desconfianza. Tenía que ser algo ficticio. Hacía ya mucho tiempo que había perdido la esperanza de contemplar una lucha al estilo griego. Aquello ya no volvería a suceder, se había dicho. Los hombres eran mejores o más tímidos. La instrucción seglar y religiosa había borrado el instinto del hombre de lanzarse a la garganta de su vecino, o quizá una economía sólida mantenía fuertemente cogidas las riendas de las pasiones.

Varias veces había ardido en deseos de alistarse. El país se estremecía con narraciones de grandes hechos que quizá no eran claramente homéricos, pero parecían ir acompañados de una gran gloria. Había leído relatos de marchas, asedios, conflictos, y había ansiado profundamente verlos. Su mente había trazado incansablemente para él amplios cuadros de extravagante colorido, enrojecidos por hazañas impresionantes.

Pero su madre le había desanimado. Le había dado la impresión de que, en cierto modo, despreciaba la calidad de su ardor guerrero y de su patriotismo. Podía sentarse serenamente y, sin ninguna dificultad aparente, darle centenares de razones explicándole por qué era él de muchísima más importancia en la granja que en el campo de batalla. Había usado ciertas expresiones, además, que le habían dado a entender que sus palabras sobre aquel tema surgían de una profunda convicción. Y a favor de su madre estaba también su propia creencia de que las razones éticas que ella tenía para su demostración eran irrefutables.

Sin embargo, al fin se había rebelado con firmeza contra esta luz amarillenta lanzada sobre el color de su ambición. Los periódicos, los comentarios del pueblo, su propia imaginación le habían excitado hasta un punto imposible de dominar. Estaban, en verdad, luchando valientemente. Casi diariamente ofrecían los periódicos relatos de alguna victoria decisiva.

Una noche, estando ya en la cama, el viento había llevado hasta él el clamor de la campana de la iglesia, cuando un entusiasta había tocado frenéticamente a rebato para

dar a conocer confusas noticias de una gran batalla^[2]. Esta voz del pueblo regocijándose en la noche le había hecho estremecer en un prolongado éxtasis de emoción. Un poco después había bajado a la habitación de su madre y le había dicho:

—Madre, voy a alistarme.

—Henry, no seas estúpido —le había contestado su madre. Luego se había cubierto la cara con la colcha. Aquí acabó todo aquella noche.

Sin embargo, a la mañana siguiente había ido al pueblo que se hallaba más cerca de la granja de su madre y se había alistado en una compañía que se estaba formando allí. Al regresar a su casa, su madre estaba ordeñando la vaca pinta, y otras cuatro estaban esperando.

—Madre, acabo de alistarme —le había dicho, respetuosamente.

Hubo un breve silencio.

—¡Que se haga la voluntad del Señor, Henry! —había respondido ella, finalmente, y luego había continuado ordeñando la vaca pinta.

Unos días más tarde, cuando se había parado en el umbral con su uniforme militar y una luz de ansiedad y expectación en los ojos que casi apagaba el brillo de añorante tristeza hacia los lazos del hogar, había visto dos lágrimas deslizarse por las marchitas mejillas de su madre.

Ella, sin embargo, le decepcionó al no decirle nada en absoluto sobre volver «o con su escudo o sobre él»^[3]. El se había preparado para una magnífica escena; había pensado ciertas frases, que creyó que podía usar sin efecto emocionante. Pero las palabras que ella pronunció echaron todos sus planes por los suelos. Había continuado tenazmente pelando patatas, y le había hablado así:

—Ten cuidado, Henry, y mira bien por dónde vas en todo este lío de las batallas; ten cuidado y vigila bien. No vayas pensando que puedes aplastar a todo el ejército rebelde desde el principio, porque no puedes... Tú no eres más que un muchacho entre muchísimos más, y tienes que callarte y hacer lo que te manden. Yo sé cómo eres, Henry...

»Te he tejido ocho pares de calcetines, Henry, y te he puesto ahí tus mejores camisas, porque quiero que mi chico vaya tan caliente y tan cómodo como cualquiera pueda ir en el ejército. Siempre que se te agujereen, quiero que me los mandes al momento para que pueda remendártelos...

»Y sé siempre precavido y escoge a tus compañeros. Hay montones de hombres malos en el ejército, Henry. El ejército los hace feroces y no hay nada que les guste más que llevar por mal camino a un muchacho como tú, que nunca se ha alejado mucho de su casa y siempre ha estado con su madre, y enseñarle a beber y a blasfemar. Mantente alejado de esta gente, Henry. No quiero que hagas nunca nada de lo que pudieras avergonzarte si me lo contaras, Henry... Imagínate siempre que te estoy observando. Si tienes esto siempre presente, creo que saldrás bien...

»Tienes que recordar siempre a tu padre también, muchacho, y tener presente que nunca bebió una gota de alcohol en toda su vida, y que raras veces renegó...

»No sé qué más decirte, Henry, excepto que nunca debes tratar de evadir nada, hijo, por mi causa... Si llegara el momento en que tienes que morir o hacer algo deshonesto..., bueno... Henry, no pienses en nada más que en lo que debe hacerse, porque son muchas las mujeres que tienen que hacerse fuertes ante tales cosas en estos tiempos, y el Señor se cuidará de todas nosotras... Adiós, Henry, ten cuidado y sé un buen muchacho...

»Hijo, no te olvides de los calcetines y de las camisas; te he puesto un tarro de mermelada de moras en el paquete, porque sé que es lo que más te gusta. Adiós Henry. Ten cuidado y sé bueno.»

Él, desde luego, se había impacientado ante este discurso. No era exactamente lo que había esperado, y lo había aguantado con aspecto irritado. Se marchó experimentando un cierto alivio.

De todos modos, cuando había mirado hacia atrás desde la verja, había visto a su madre arrodillada entre las peladuras de patata. Su cara quemada por el sol, levantada, estaba llena de lágrimas, y su delgado cuerpo estaba temblando. El inclinó la cabeza y siguió adelante, sintiéndose de repente avergonzado de sus propósitos.

Desde su casa había ido a la escuela para despedirse de sus muchos compañeros. Todos se habían agrupado a su alrededor con asombro y admiración. Entonces se había dado cuenta de la enorme diferencia que había entre ellos y se había sentido henchido de sereno orgullo. El y algunos otros compañeros que también vestían el uniforme azul fueron completamente colmados de honores toda la tarde, y esto había sido algo verdaderamente delicioso. Se habían pavoneado.

Cierta muchachita rubia se había burlado alegremente de su aire marcial, pero había también otra, morena, a quien él había mirado fijamente y que le había parecido que adoptaba una expresión grave y triste al observar el azul uniforme y las insignias. Al marcharse, mientras bajaba por el sendero bordeado de robles, había mirado hacia atrás y la había visto asomada a una ventana, observándole. Y cuando él la vio, ella había clavado inmediatamente la vista en el cielo, entre las altas ramas de los árboles. El se había dado cuenta de que había mucho nerviosismo y prisa en su movimiento al cambiar de actitud, y lo recordaba a menudo.

Durante el viaje a Washington, su exaltación había ido en aumento. El regimiento había sido recibido con cariño y alimentos en cada una de las estaciones, hasta que el muchacho había creído que era en realidad un héroe. Hubo derroche de pan y embutidos, café y pepinillos y queso. Y cuando se sintió acariciado por la sonrisa de las muchachas y abrazado y felicitado por los ancianos, había sentido crecer en su interior la fuerza necesaria para llevar a cabo grandes gestas guerreras.

Después de jornadas complicadas y de muchas pausas, habían llegado los meses

de vida monótona en el campamento. Había él tenido la convicción de que una verdadera guerra era una serie de batallas a muerte con muy poco tiempo intercalado para dormir y comer; pero desde que su regimiento había llegado al campamento, el ejército había hecho poco más que quedar acampado y tratar de mantenerse caliente.

Entonces, poco a poco, volvió a su antiguo modo de pensar. Las luchas al estilo griego ya no existían. Los hombres eran mejores o más tímidos. La instrucción seglar y religiosa había borrado el instinto del hombre de lanzarse a la garganta de su vecino, o quizá una economía sólida mantenía fuertemente cogidas las riendas de las pasiones.

Había llegado a considerarse a sí mismo solamente como parte de una amplia demostración en azul. Su obligación era cuidarse, tanto como le fuera posible, de su comodidad personal. Y para divertirse podía mover las manos y tratar de imaginar los pensamientos que debían agitar la mente de los generales. Había además prácticas y más prácticas, y revista, y otra vez prácticas y prácticas y revista.

Los únicos enemigos que había visto eran algunas patrullas de reconocimiento a lo largo del río. Las componían un grupo de hombres bronceados, filosóficos, que a veces disparaban meditativamente a las patrullas azules. Si más tarde se les reprochaba esto, se mostraban generalmente pesarosos y juraban por lo más sagrado que las armas habían disparado sin su permiso. El muchacho, mientras estaba de guardia una noche, entabló conversación con uno de ellos a través del río. Éste era un hombre algo áspero, que escupía hábilmente apuntando al espacio que había entre sus zapatos y que poseía grandes reservas de suave e infantil desenvoltura. Al muchacho, personalmente, le gustó.

—Yanqui —le había dicho el otro—, eres un buen rapaz.

Este sentimiento, que le llegó flotando sobre la quietud del aire, le había hecho lamentar la guerra por unos momentos.

Algunos veteranos le habían contado historias.

Algunos hablaban de hordas grises de largas patillas, que avanzaban lanzando incesantes maldiciones y mascando tabaco, con valor indecible; tremendos conjuntos de fieros soldados, que, como los hunos, lo arrasaban todo ante sí. Otros hablaban de hombres andrajosos y eternamente hambrientos, que lanzaban desalentados disparos.

—Serían capaces de atravesar azufre ardiente y los fuegos del infierno para apoderarse de una mochila, y estómagos así no duran mucho —le dijeron.

A través de estos relatos, el muchacho imaginaba huesos rojos y vivos que aparecían por los desgarrones de los ajados uniformes.

Sin embargo, no podía creer completamente en los relatos de los veteranos, porque los reclutas eran siempre su presa. Solían hablar mucho de humo, fuego y sangre, pero no podía decir hasta qué punto eran mentiras. Continuamente le gritaban: «¡Pescado fresco!», y de ningún modo podía confiar en sus palabras.

Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que no importaba mucho la clase de soldados con los que iba a luchar, mientras lucharan, y esto nadie lo ponía en duda. Trató de probarse a sí mismo matemáticamente que no iba a huir de la batalla.

Anteriormente nunca se había visto obligado a debatir muy seriamente este problema. Durante toda su vida había tomado ciertas cosas como seguras, sin poner nunca a prueba su seguridad en el triunfo final, sin pararse a pensar mucho en medios y modos de llegar a él. Pero ahora se hallaba frente a algo importante. De repente se le ocurrió que quizá se viera impulsado a escapar de la batalla. Se vio obligado a admitir que, en lo tocante a la guerra, no sabía nada acerca de sí mismo.

En otro tiempo habría dejado que el problema se quedara tascando el freno en el umbral de su mente, pero ahora se sintió obligado a prestarle atención.

En su mente nació un conato de miedo y pánico. Y cuando empezó a imaginar una batalla, entrevió odiosas posibilidades. Contempló las amenazas acechantes del futuro y fracasó en el esfuerzo de verse a sí mismo permaneciendo firme en el centro de aquéllas. Recordó sus visiones de gloria arrebatadora, pero a la sombra del tumulto que se avecinaba sospechó que eran sólo imágenes imposibles.

Saltó de la litera y empezó a pasear nervioso de arriba abajo.

—¡Dios mío! Pero ¿qué es lo que me pasa? —exclamó en alta voz.

Se dio cuenta de que en esta crisis sus propias leyes de la vida eran inútiles. Todo lo que había aprendido sobre sí mismo no le servía aquí de nada. Era una incógnita para sí mismo. Vio que se vería obligado a experimentar de nuevo, tal como lo había hecho en su adolescencia; tenía que acumular información sobre sí mismo y, mientras tanto, decidió mantenerse constantemente en guardia para evitar que aquellas cualidades, de las cuales no sabía nada, le avergonzaran para siempre. «Dios mío», se repitió desfallecido.

Poco después el soldado alto se deslizó hábilmente por el boquete de entrada. El que hablaba a gritos le seguía. Estaban discutiendo.

—De acuerdo —decía el soldado alto al entrar, moviendo las manos expresivamente—. Puedes creerme o no, como quieras. Todo lo que tienes que hacer es sentarte y esperar, tan callado como puedas. Muy pronto descubrirás que tengo razón.

Su camarada gruñó obstinadamente. Por un momento pareció que estaba tratando de hallar una respuesta aplastante. Finalmente dijo:

—Bueno, tú no sabes todo lo que ocurre sobre la faz de la tierra, ¿verdad?

—Yo no dije que supiera todo lo que ocurre sobre la faz de la tierra —respondió el otro vivamente, empezando a colocar varios objetos apretadamente en su mochila.

El muchacho, cesando en su nervioso paseo, contempló la ajetreada figura.

—Es seguro que va a haber una batalla, ¿verdad, Jim?

—Desde luego que sí —respondió el soldado alto—. Desde luego que sí. Tú

espera hasta mañana y verás una de las mayores batallas que jamás hayan tenido lugar. No tienes más que esperar.

—¡Centellas! —dijo el muchacho.

—Esta vez vas a ver lo que es luchar, muchacho, vas a ver una pelea por todo lo alto —añadió el soldado con el aire de un hombre que está a punto de exhibir una batalla para beneficio de sus amigos.

—¡Ja! —dijo, desde un rincón, el soldado jactancioso.

—Ni mucho menos —replicó el soldado alto, exasperado—. Ni mucho menos. ¿Acaso no se puso en camino toda caballería esta mañana? —miró encolerizado a su alrededor. Nadie negó esta afirmación—. La caballería emprendió la marcha esta mañana —continuó—. Dicen que apenas queda una sola montura en el campamento. Se dirigen a Richmond o algo así, mientras nosotros luchamos con todos los Johnnies^[4]. Es una de esas maniobras. El regimiento ha recibido órdenes también. Un individuo que los vio llegar al cuartel general me lo dijo hace un rato. Y verdaderamente, que esto ha empezado ya a correr por todo el campamento puede verlo cualquiera.

—Bueno —replicó el muchacho—, es muy posible que todo esto no sea más que un cuento, igual que otras veces.

—¡Caray! —dijo el jactancioso.

El muchacho permaneció en silencio unos instantes. Al final se dirigió al soldado alto:

—¡Jim!

—¿Qué?

—¿Cómo te parece que se portará el regimiento?

—¡Oh! Van a luchar bien, creo, una vez empiecen —dijo otro, juzgando fríamente y usando con elegancia la tercera persona—. Se les han hecho muchas bromas, porque son novatos, desde luego, y todo eso, pero lucharán bien, creo.

—¿Crees que alguno de los chicos desertará? —insistió el muchacho.

—Puede haber unos pocos que huyan, pero los hay en dos los regimientos, sobre todo la primera vez que se encuentran bajo el fuego —dijo el otro, con aire tolerante—. Desde luego, podría suceder que el regimiento en masa empezara a correr, si se presentara de improviso un gran oteo, pero, por otra parte, también podría suceder que se quedaran fijos y lucharan como leones. No se puede estar seguro de nada. Desde luego, nunca han estado en la línea de fuego todavía, y no es probable que aplasten al núcleo del ejército rebelde de un golpe a la primera ocasión; creo que lucharán mejor que muchos, si bien peor que otros. Al menos así me lo parece. Suelen llamar al regimiento «pescado fresco» y todas esas cosas, pero los muchachos vienen de buena casta y la mayoría lucharán como diablos, cuando hayan empezado a disparar —añadió, acentuando fuertemente la última parte de la frase.

—Vaya, pareces el sabelotodo —empezó el soldado jactancioso, burlonamente.

El otro se volvió hacia él encolerizado. Mantuvieron un rápido altercado, en el cual se lanzaron el uno al otro varios y extraños epítetos.

El muchacho, finalmente, les interrumpió:

—¿Has pensado alguna vez si podrías desertar tú, Jim? Al acabar de hablar así, se rió, como si sólo hubiera querido hacer una broma. El soldado jactancioso se rió también, sin saber de qué.

El soldado alto agitó la mano.

—Bueno —dijo reflexivamente—, he pensado que podría suceder que las cosas acabaran por ser demasiado violentas para Jim Conklin en alguno de estos jaleos, y si todo un montón de muchachos empezara a correr, bueno, supongo que yo también echaría a correr entonces. Y en cuanto empezara, correría como el demonio, de esto no me cabe la menor duda. Pero si todo el mundo se quedara y luchara, bueno, yo me quedaría y lucharía. Por todos los diablos que lo haría. Apostaría lo que fuera a que lo haría.

—¡Ja! —dijo el jactancioso.

El muchacho de esta narración agradeció estas palabras de su camarada. Había temido que todos los hombres que no habían sufrido aún la prueba del fuego poseyeran una enorme y fundada confianza. Y ahora, en cierto modo, se sentía tranquilizado.

Capítulo 2

A la mañana siguiente el muchacho descubrió que su alto camarada había sido el veloz mensajero de un error. Los que ayer le creyeron firmemente se burlaban ahora repetidas veces de él, y hubo incluso algo de sarcasmo por parte de los hombres que nunca habían creído el rumor. El soldado alto se peleó con un hombre de Chatfield Corners^[5] y le dio una paliza.

El muchacho, sin embargo, se dio cuenta de que su problema no le había abandonado en absoluto. En vez de esto, se había producido una irritante prolongación. La noticia le había creado una gran preocupación sobre sí mismo, y ahora, con la pregunta recién nacida en su mente, se veía obligado a hundirse de nuevo en su antigua casilla como parte de una masa azul.

Durante días y días hizo infinitos cálculos y todos eran maravillosamente insatisfactorios. Descubrió que no podía llegar a ninguna conclusión. Finalmente decidió que la única manera de probarse a sí mismo era entrar en conflicto, y entonces, figurativamente, observar sus piernas^[6] para descubrir sus méritos y sus fallos. Admitió a desgana que no podía quedarse sentado y deducir una respuesta con pizarra y tiza mentales; para obtenerla, necesitaba llamas, sangre y peligro, de la misma manera que un químico requiere esto, aquello y lo de más allá. Por lo tanto, ansiaba nerviosamente una oportunidad.

Mientras tanto, trataba continuamente de juzgarse a sí mismo comparándose con sus compañeros. El soldado alto, por ejemplo, le daba una cierta seguridad. La serena despreocupación de aquel hombre le infundía algo de confianza, porque lo había conocido desde la niñez, y, a causa de este íntimo conocimiento, el muchacho no veía cómo podía aquél ser capaz de algo que estuviera más allá de su propio alcance. Sin embargo, creía que su camarada podía estar equivocado sobre sí mismo. Por otra parte, también podía ser un hombre que hasta ahora hubiera estado condenado a la paz y a la austeridad, pero que en realidad hubiera sido destinado a brillar en la guerra.

Al muchacho le hubiera gustado descubrir a otro que desconfiara de sí mismo. Una comparación de notas mentales con alguien que estuviera de acuerdo con él le hubiera causado una gran alegría.

A veces trataba de sondear a un camarada con frases insinuantes. Miraba a su alrededor para encontrar a algún hombre en el estado de ánimo apropiado. Fracasaron todos los intentos de provocar una declaración que, de algún modo, se pareciera a una confesión de las dudas que en su interior reconocía en sí mismo. Temía hacer una declaración franca de su preocupación, porque le horrorizaba colocar a un confidente poco escrupuloso en el elevado plano de lo inconfesado, a una altura desde la cual pudiera ridiculizarle.

Con relación a sus compañeros, su mente vacilaba entre dos opiniones, según su estado de ánimo. A veces tendía a creer que todos eran héroes. En realidad, admitía generalmente, en secreto, un superior desarrollo de las más elevadas cualidades en los demás. Podía imaginar que hombres que andaban por el mundo de modo completamente insignificante posiblemente poseían una enorme cantidad de valor desconocida por todos, y, aunque a muchos de sus camaradas los había tratado desde la niñez, empezó a temer que al juzgarlos lo había hecho a ciegas. En otros momentos se burlaba de estas teorías y se repetía que sus compañeros, interiormente, dudaban y temblaban.

Sus propias emociones le hacían sentirse a disgusto en presencia de hombres que hablaban excitados de una futura batalla como si fuera un drama que iban a contemplar, sin que apareciera en sus caras otra cosa más que una aparente curiosidad y avidez. A menudo sospechaba que eran embusteros.

Desde luego no admitía estos pensamientos sin condenarse a sí mismo severamente. A veces se alimentaba de reproches. Se había juzgado a sí mismo culpable de muchos crímenes vergonzosos contra los dioses de la tradición.

En su enorme ansiedad su corazón clamaba continuamente contra lo que consideraba la intolerable lentitud de los generales. Parecía que les bastaba con permanecer posados tranquilamente en la orilla del río, mientras lo dejaban a él aplastado por el peso de un gran problema. Quería decidirlo al momento. No podía soportar semejante carga, se decía. A veces la ira que sentía hacia sus superiores alcanzaba un punto culminante, y entonces andaba refunfuñando por el campamento como un veterano.

Una mañana, sin embargo, se encontró colocado en las filas de su regimiento, ya preparado. Los hombres se murmuraban suposiciones uno a otro y volvían a contarse antiguos rumores. En la penumbra que precede al nacimiento del nuevo día sus uniformes parecían brillar con oscuro tono purpúreo. Las pupilas rojas del otro lado del río estaban mirándolos. Hacia el este, en el cielo, había una mancha amarillenta, como una alfombra preparada para los pies del sol naciente, y contra ésta se destacaba, negra y monumental, la enorme figura del coronel, montado en un gigantesco caballo.

De más allá de la oscuridad llegaba el ruido de pies en marcha. El muchacho, de vez en cuando, podía ver sombras oscuras que se movían como si fueran monstruos. El regimiento permaneció en posición de descanso, por lo que a él le pareció muy largo rato. El muchacho se iba impacientando. El modo de dirigir todo aquel asunto era inadmisibles. Se preguntaba por cuánto tiempo les iban a tener esperando.

Lanzando ojeadas a su alrededor y reflexionando en la mística penumbra, empezó a creer que de un momento a otro la amenazadora distancia podía estallar en llamas y los estampidos arrolladores de un ataque llegar a sus oídos. Una vez, al mirar las rojas

pupilas que estaban al otro lado del río, le pareció que iban aumentando de tamaño, como las órbitas de una hilera de dragones en marcha. Se volvió a mirar al coronel y le vio levantar un gigantesco brazo y acariciarse calmosamente el bigote.

Por fin oyó el ruido de los cascos de un caballo al galope al pie de la colina, acercándose por la carretera. Debía de ser la llegada de las órdenes. Se inclinó hacia adelante, sin respirar apenas. El emocionante golpeteo de los cascos al ser constantemente más y más audible, más y más ruidoso, parecía golpear en su misma alma. A los pocos minutos un jinete, con todos los objetos que formaban su equipo chocando entre sí con discordancia, tiró de las riendas ante el coronel del regimiento. Ambos sostuvieron entonces una breve conversación de rápidas palabras. Los hombres que se hallaban en las primeras filas adelantaban la cabeza hacia ellos.

Cuando el jinete hizo dar la vuelta al animal, se alejó al galope, se volvió y gritó por encima del hombro:

—¡No se olvide de la caja de puros!

El coronel murmuró una respuesta y el muchacho se preguntó qué tendría que ver una caja de puros con la guerra.

Un momento después el regimiento se internó, oscilante, en la oscuridad. Parecía ahora uno de esos monstruos móviles, desanillándose con numerosos pies. El aire era pesado y frío por el rocío. Una masa de hierba húmeda crujía como seda cuando la pisaban.

De vez en cuando podía verse el brillo y relampagueo del acero surgiendo de las espaldas de todos aquellos reptiles serpenteantes. De la carretera llegaban crujidos y quejas cuando algunos cañones de mal talante eran sacados a rastras.

Los hombres iban dando traspiés mientras seguían murmurando posibilidades. El debate seguía, aunque a media voz. Una vez uno de los hombres se cayó y, al intentar coger su rifle, uno de sus camaradas, sin verlo, le pisó la mano. El de los dedos lastimados lanzó una imprecación en voz alta con amargas palabras. Se oyó reír nerviosa y sofocadamente a sus compañeros.

Poco después llegaron a una carretera y avanzaron con mayor facilidad. Ante ellos se movía un oscuro regimiento y de su espalda llegaba también el tintineo de los equipos llevados por los hombres en marcha.

El amarillo impetuoso del naciente día estaba tras ellos. Cuando los rayos del sol cayeron al fin completa y suavemente sobre la tierra, el muchacho vio que en el paisaje se hallaban las líneas de dos largas columnas, negras y delgadas, que desaparecían al frente sobre la cima de una colina y se internaban en un bosque en su parte final. Eran como dos serpientes que salían arrastrándose de la caverna de la noche.

No podía verse el río. El soldado alto empezó a alabar lo que él creía que eran sus poderes de percepción.

Algunos de los compañeros del soldado alto gritaron enfáticamente que ellos también habían adquirido semejantes poderes y se felicitaron por ello. Pero había otros que decían que el plan propuesto por el soldado alto no era el verdadero, de ningún modo. Persistían en afirmar otras teorías. Hubo una cálida discusión.

El muchacho no tomó parte en nada de esto. Mientras andaba, avanzando descuidadamente en fila, se hallaba sumergido en su eterna duda. No podía dejar de hacerlo. Se sentía desconfiado y pesimista y lanzaba miradas furtivas a su alrededor. Miraba hacia adelante, esperando que de un momento a otro le llegara de la avanzada el ruido de disparos.

Pero las largas serpientes se arrastraban lentamente de colina en colina, sin tumulto de humo. Una nube de polvo de color apagado se alejaba flotando hacia la derecha. Encima de ellos, el cielo era de un azul mágico.

El muchacho estudió las caras de sus compañeros, siempre intentando descubrir emociones parecidas a las suyas. Sintió una gran desilusión. Un cierto ardor en el aire, que hacía que los mandos veteranos se movieran con júbilo, casi con música, se había esparcido por todo el regimiento. Los hombres empezaron a hablar de victoria como de algo conocido. Al mismo tiempo, el soldado alto recibió su justificación: iban ciertamente a dar la vuelta y aparecer por detrás del enemigo. Y todos expresaron conmiseración hacia aquella parte del ejército que habían dejado a la orilla del río y se felicitaron unos a otros por formar parte de una hueste destructora.

El muchacho, considerándose a sí mismo separado de los demás, se sentía entristecido por las alegres y felices palabras que pasaban de fila en fila. Todos los que en la compañía eran famosos por sus chistes se esforzaban por superarse a sí mismos. El regimiento avanzaba al compás de carcajadas.

El soldado jactancioso los tenía a todos convulsos frecuentemente por sus agudos y sarcásticos comentarios dirigidos al soldado alto.

Y muy poco después todos los hombres parecían haber olvidado su objetivo. Brigadas enteras sonreían al unísono y reían los regimientos^[7].

Un soldado bastante gordo intentó robar un caballo que estaba a la puerta de un corral. Quería cargar en él su mochila. Escapaba ya con su presa, cuando una jovencita salió corriendo de la casa y cogió al caballo por la crin. Siguió una disputa. La muchacha, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, permaneció firme como una estatua, sin miedo.

El regimiento, en posición de descanso en la carretera, los observaba, y después de lanzar una exclamación inicial, se puso por completo de parte de la doncella. Los hombres se sumergieron de tal modo en la situación, que dejaron de pensar en absoluto en su propia y larga guerra. Se burlaron del soldado pirata y empezaron a llamar la atención sobre varios defectos de su apariencia personal, y eran extravagantemente entusiastas en su defensa de la joven.

Desde lejos llegó hasta ella un atrevido consejo:

—¡Atízale! ¡Dale con un palo!

Sobre el soldado cayó una lluvia de burlas y silbidos, cuando tuvo que retirarse sin el caballo. El regimiento se alegró de su fracaso. Felicitaciones ruidosas y vociferantes cayeron sobre la doncella, que se quedó jadeante, mirando a las tropas con aire de desafío.

Al caer la noche, la columna se disgregó en diferentes partes regimentales, y estos fragmentos entraron en los campos. Las tiendas surgieron como plantas exóticas. Las hogueras del campamento, como flores rojas y peculiares, salpicaban la noche.

El muchacho se abstuvo de hablar con sus compañeros tanto como se lo permitieron las circunstancias. Al atardecer se alejó unos pasos en la penumbra. A corta distancia, los numerosos fuegos, con las negras figuras de los hombres pasando de un lado a otro ante la luz rojiza, producían la impresión de algo extraño y satánico.

Se tendió en la hierba. Las briznas se oprimían tiernamente contra su mejilla. Se había encendido la luna, que colgaba de la cima de un árbol. El silencio líquido de la noche que le envolvía le hizo sentir una inmensa piedad hacia sí mismo. Había una cierta caricia en la suave brisa y todo el sentimiento de la oscuridad sintió que era de conmiseración hacia sí mismo por su angustia^[8].

Deseó, sin reserva alguna, poder hallarse de nuevo en su casa, siguiendo la rutina inacabable de sus quehaceres, de la casa al establo, del establo a los campos, de los campos al establo, del establo a la casa. Recordó cuántas veces había lanzado imprecaciones sobre la vaca pinta y sus compañeras, hasta llegar a veces a dar un puntapié al taburete que usaba para ordeñar. En este momento había para él un halo de felicidad alrededor de cada una de sus cabezas, y habría sacrificado con gusto todas las condecoraciones del continente para volver a ellas. Se dijo que él no estaba hecho de la madera de un soldado. Y reflexionó seriamente sobre las diferencias radicales que existían entre él y los hombres que se movían alrededor de las hogueras como duendes.

Mientras se hallaba hundido en estas reflexiones, oyó crujir la hierba y, volviendo la cabeza, descubrió que era el soldado jactancioso. Lo llamó:

—¡Hola, Wilson!

Éste se acercó y lo miró.

—¡Oh! ¡Hola, Henry! ¿Eres tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pensando —dijo el muchacho.

El otro se sentó y encendió su pipa con cuidado.

—Estás poniéndote melancólico, chaval. Pareces condenadamente deprimido. ¿Qué diablos te pasa?

—Nada —dijo el muchacho.

El soldado jactancioso se lanzó entonces de lleno sobre el tema de la próxima

batalla.

—¡Esta vez los tenemos bien cogidos! —y al hablar, su cara juvenil se iluminaba con una sonrisa jubilosa y su voz tenía un tono exultante—. ¡Los tenemos bien cogidos! ¡Al fin, por todos los diablos, vamos a aplastarlos de una vez!

Al cabo de un momento, añadió con más sobriedad:

—Si se conociera la verdad, ellos nos han aplastado a nosotros prácticamente cada vez hasta ahora; pero esta vez..., esta vez... ¡vamos a aplastarlos por completo!

—Creí que esta marcha no te parecía oportuna hace poco tiempo —dijo el muchacho fríamente.

—No era esto —explicó el otro—. No me importa marchar si al fin de la marcha va a haber lucha. Lo que no puedo soportar es este continuo cambiar de un lugar a otro, este ir de aquí para allá sin otro resultado, en mi opinión, que tener los pies lastimados y que las raciones se hagan condenadamente escasas.

—Bueno, según Jim Conklin, vamos a tener suficiente lucha esta vez.

—Me parece que por esta vez tiene razón, aunque no puedo comprender cómo ha sucedido. Esta vez vamos a librar una gran batalla, y es completamente cierto que vamos a llevar la mejor parte. ¡Demonios, y cómo vamos a aplastarlos!

Se levantó y empezó a pasear de arriba abajo nerviosamente. La fuerza de su entusiasmo le hacía andar con paso elástico. Era ágil, vigoroso, fiero en su convencimiento del triunfo. Miraba hacia el futuro con ojos claros y orgullosos y juraba con el aire de un soldado veterano.

El muchacho lo observó en silencio unos minutos. Cuando finalmente habló, su voz era amarga como la hiel:

—¡Tú vas a realizar grandes hazañas, supongo!

El soldado jactancioso lanzó una pensativa nube de humo de su pipa.

—¡Oh! No lo sé —dijo con dignidad—, no lo sé. Supongo que lo haré tan bien como los demás. Voy a intentarlo, desde luego, como un diablo.

Era evidente que se sentía complacido consigo mismo por la modestia de su declaración.

—¿Cómo sabes que no vas a salir huyendo cuando llegue el momento? —preguntó el muchacho.

—¿Salir huyendo? —dijo el jactancioso—. ¿Salir huyendo? ¡Claro que no! —se echó a reír.

—Bueno —continuó el muchacho—, muchos hombres han pensado que iban a hacer grandes cosas antes de una batalla, pero cuando llegó la ocasión desertaron.

—Esto es cierto, supongo —replicó el otro—, pero yo no voy a desertar. El que apueste a favor de mi huida va a perder su dinero, y no hay más que decir —y asintió confiadamente con la cabeza.

—¡Tonterías! —dijo el muchacho—. No creerás ser el hombre más valiente del

mundo, ¿verdad?

—No, no lo soy —exclamó el soldado jactancioso con indignación—. Y no he dicho tampoco que lo fuera. He dicho que iba a hacer lo que pudiera en la batalla, eso es lo que he dicho. Y voy a hacerlo, además. Al fin y al cabo, ¿quién eres tú? ¡Hablas como si creyeras que eres Napoleón Bonaparte!

Miró al muchacho con indignación un momento, y se alejó.

El muchacho gritó, con voz salvaje, a la espalda de su camarada:

—¡Bueno, no necesitas enfurecerte por esto!

Pero el otro continuó su camino y no respondió nada.

Cuando su ofendido camarada hubo desaparecido, él se sintió aislado en el espacio. Su fracaso al intentar descubrir la más mínima semejanza en sus puntos de vista le hizo sentirse más angustiado que antes. Nadie parecía tener que debatirse con un problema personal tan terrible como el suyo. Era un proscrito.

Se dirigió hacia su tienda lentamente y se tendió en una manta, al lado del soldado alto, que estaba roncando. En la oscuridad contempló visiones de un terror que poseía mil lenguas que iban a hablarle a su espalda y le iban a obligar a escapar, mientras los demás se cuidaban, serenamente, de las necesidades de su país. Admitió que no le iba a ser posible habérselas con este monstruo. Sintió que cada uno de los nervios de su cuerpo iba a convertirse en un oído especial para estas voces, mientras el resto de los hombres permanecería impasible y sordo.

Y mientras se sentía empapado del sudor producido por el dolor de estos pensamientos, podía oír frases tranquilizadoras en voz baja:

—Apuesto cinco.

—Que sean seis.

—Siete.

—Van siete.

Permaneció con la mirada fija en el reflejo rojo y tembloroso de una hoguera sobre la blanca pared de su tienda hasta que, exhausto y enfermo por la monotonía de su sufrimiento, se quedó dormido.

Capítulo 3

Cuando llegó otra vez la noche, las columnas, convertidas en dos líneas purpúreas, se deslizaron a través de dos pontones^[9]. Una hoguera llameante daba a las aguas del río el tono rojizo del vino. Sus rayos, al caer sobre las masas móviles de la tropa, producían aquí y allí súbitos destellos de plata y oro. Sobre la otra orilla una oscura y misteriosa cadena de colinas se curvaba contra el cielo. Las voces de los insectos nocturnos cantaban con solemnidad.

El muchacho se repetía con seguridad que, una vez hubieran cruzado, podían ser atacados en cualquier momento, súbita y terriblemente, desde las cuevas de los bosques sombríos. Mantenía sus ojos alerta en la oscuridad.

Pero su regimiento avanzó sin dificultad hasta el lugar designado para acampar y los soldados durmieron el valiente sueño de hombres agotados. Por la mañana los despertaron con temprana energía y les hicieron correr a lo largo de un estrecho camino que les llevaba al interior del bosque.

Durante esta rápida marcha el regimiento perdió muchos de los signos que indicaban órdenes nuevas.

Los hombres habían empezado a contar las millas con los dedos e iban sintiéndose cansados.

—Pies doloridos y raciones condenadamente escasas, y nada más —dijo el soldado jactancioso. Sudaban y se quejaban. Al poco tiempo empezaron a desprenderse de las mochilas. Algunos las arrojaban despreocupadamente; otros las escondían con cuidado, demostrando que pensaban volver a por ellas en cuanto les pareciera conveniente. Algunos empezaron a despojarse de las gruesas camisas, y al poco rato había pocos que llevaran algo más que la ropa más indispensable, las mantas, el macuto, la cantimplora, armas y municiones.

—Uno puede comer y disparar —dijo el soldado alto al muchacho—, y esto es todo lo que importa.

Hubo un cambio súbito al pasar de la infantería pesada de la teoría a la infantería ligera de la práctica. El regimiento, liberado de la carga, recibió un nuevo ímpetu, pero se habían perdido muchas y valiosas mochilas y, en conjunto, camisas en muy buen estado.

Pero el regimiento no tenía aún apariencia de veteranía. Los regimientos veteranos en el ejército tendían a ser grupos muy reducidos. Una vez, recién llegados al campo, algunos veteranos que pasaban les habían dicho, viendo la longitud de la columna:

—¡Hola, rapaces! ¿Qué brigada es ésta?^[10]

Y cuando los hombres les habían contestado que ellos formaban un regimiento y no una brigada, los soldados más antiguos se habían reído, exclamando:

—¡Oh, Dios!

También había una excesiva semejanza en las gorras. Las gorras de un regimiento propiamente debían representar la historia de sí mismas durante un número de años. Y no había, además, en su bandera letras en las que el brillo del oro hubiera palidecido. Eran nuevas y hermosas, y el abanderado, habitualmente, engrasaba el palo de la bandera.

Al poco rato el ejército se sentó de nuevo a reflexionar. El aroma de los pacíficos pinos llenaba el olfato de los hombres. El sonido de monótonos hachazos se extendía a través del bosque y los insectos, cabeceando en sus ramas, canturreaban como mujeres viejas. El muchacho volvió a su teoría de una demostración azul.

Una madrugada gris, sin embargo, el soldado alto lo despertó de una patada, y luego, antes de estar por completo despierto, se encontró a sí mismo corriendo por un camino del bosque, entre hombres que jadeaban por el primer esfuerzo de velocidad. Su cantimplora le golpeaba en el muslo rítmicamente y su macuto se balanceaba suavemente. El fusil le rebotaba levemente en el hombro a cada paso y hacía que la gorra se sintiera poco segura sobre su cabeza.

Podía oír a los hombres susurrar frases entrecortadas:

—Oye..., pero..., ¿de qué se trata?

—¿Por qué demonios... estamos... escapando así?

—Billy..., apártate de mi camino...; corres... como una vaca.

Y podía oírse la voz estridente del soldado jactancioso:

—¿Por qué demonios tienen tanta prisa?

Al muchacho le pareció que la niebla húmeda del naciente día se alejaba de la precipitación de un gran contingente de tropas. De un punto lejano llegó una súbita descarga de disparos.

Se sintió desconcertado. Mientras corría con sus camaradas, trató de pensar con todas sus fuerzas, pero todo lo que sabía era que, si caía, los que venían detrás de él pasarían por encima de su cuerpo. Parecía necesitar todas sus facultades para guiarle a través de los obstáculos y pasarlos. Se sintió arrastrado por la multitud.

El sol esparció sus rayos reveladores y uno a uno surgieron a la vista los regimientos, como hombres armados acabados de nacer de la tierra. El muchacho se dio cuenta de que había llegado el momento. Estaba a punto de ser puesto a prueba. Por un instante se sintió como un chiquillo ante esta gran prueba y le pareció que los músculos que envolvían su corazón tenían la delgadez del papel. Tomó tiempo para mirar especulativamente a su alrededor.

Instantáneamente vio que le sería imposible escapar del regimiento. Le encerraba. Y había, por los cuatro costados, las férreas normas de ley y tradición. Se hallaba en una caja móvil.

Al darse cuenta de esto, se le ocurrió que él nunca había deseado ir a la guerra.

No se había alistado por libre voluntad. Había sido arrastrado allí por un gobierno despiadado. Y ahora le iban a llevar al lugar donde iba a ser sacrificado.

El regimiento se deslizó por una ladera y vadeó, encenagándose, un pequeño arroyo. La oscura corriente se movía lentamente y, desde el agua, cubierta por una sombra negra, los ojos de las burbujas blancas miraban a los hombres.

Mientras escalaban la colina por el lado opuesto empezó a resonar la artillería. Aquí el muchacho olvidó muchas cosas al sentir un impulso súbito de curiosidad. Trepó por la ladera con una velocidad que no hubiera sido sobrepasada por un hombre sediento de sangre.

Esperaba encontrarse con una escena guerrera.

Vio varios campos pequeños rodeados y oprimidos por un bosque. Esparcidos sobre la hierba y entre los troncos de los árboles pudo ver grupos y líneas ondulantes de escaramuzadores que corrían de acá para allá disparando al paisaje. Una oscura línea de batalla yacía sobre un claro lleno de sol que llameaba en color naranja. Una bandera flotaba al viento.

Otros regimientos subieron, tropezando, colina arriba. La brigada se formó en línea de batalla y, después de una pausa, empezó a moverse lentamente a través de los bosques, detrás de los escaramuzadores, que retrocedían y que continuamente parecían fundirse en el paisaje para aparecer de nuevo un poco más allá. Se hallaban siempre ocupados como un enjambre de abejas, hondamente absortos en sus pequeños combates.

El muchacho trató de observarlo todo. No se preocupaba de evitar árboles y ramas, y sus pies, olvidados, daban constantemente contra las piedras o se enzarzaban en los matorrales. Se daba cuenta de que estos batallones, con sus conmociones, se hallaban tejidos en rojo y destacaban en la trama suave de apagados verdes y castaños. Parecía ser un lugar muy poco adecuado para un campo de batalla.

Los escaramuzadores en avance le fascinaban. Sus disparos a los matorrales y a los más altos árboles le hablaban de tragedias escondidas, misteriosas, solemnes.

Una vez la línea se encontró con el cuerpo de un soldado muerto. Yacía de espaldas, con los ojos fijos en el cielo. Iba vestido con un extraño traje de un marrón amarillento. El muchacho pudo ver que las suelas de sus zapatos estaban gastadas hasta ser delgadas como el papel, y por un enorme desgarrón en una de ellas surgía el pie muerto desoladamente. Y era como si el destino hubiera traicionado al soldado. Una vez muerto, descubría a sus enemigos la pobreza que durante su vida él había, quizá, ocultado a sus amigos.

Las filas se separaron disimuladamente para evitar el cadáver. El hombre muerto, invulnerable, se abría paso a la fuerza. El muchacho miró atentamente la cara cenicienta. El viento movía la barba dorada. La movía como si una mano la acariciara. Deseó vagamente dar vueltas y vueltas alrededor del cuerpo y observarlo;

el impulso de los vivos de leer en los ojos muertos la respuesta a la pregunta.

Durante la marcha, el ardor que el muchacho había adquirido mientras se hallaba fuera de la visión del campo se disolvió rápidamente. Su curiosidad se había satisfecho con facilidad. Si una escena intensa le hubiera arrebatado con fuerza salvaje al llegar a la cima de la ladera, quizá hubiera avanzado con rugiente ardor; pero este avance sobre la naturaleza era demasiado tranquilo. Tenía ocasión de reflexionar. Tenía tiempo para dudar de sí mismo y tratar de examinar sus sensaciones.

Su mente se llenó de ideas absurdas. Pensó que no le atraía el paisaje. Le amenazaba. Sintió extenderse por su espalda una sensación de frío y le pareció que los pantalones no eran en absoluto adecuados para sus piernas.

Una casa que se erguía pacíficamente en los campos lejanos le pareció que tenía un aspecto amenazante. Las sombras de los bosques eran formidables. Estaba seguro de que en este panorama se hallaban al acecho enemigos de acerados ojos. Se le ocurrió de repente que los generales no sabían nada de lo que estaban haciendo. Todo era una trampa. Estos bosques cerrados iban a erizarse súbitamente con cañones de rifles. Férricas brigadas aparecerían en la retaguardia. Todos iban a ser sacrificados. Los generales eran estúpidos. El enemigo devoraría dentro de poco toda su unidad. Miró enfurecido a su alrededor, esperando ver la llegada agazapada de su propia muerte.

Pensó que tenía que separarse de las filas y hablar a sus camaradas. No debía suceder que a todos los mataran como cerdos, y estaba seguro de que esto era lo que pasaría a menos de que se les informara de estos peligros. Los generales eran idiotas al mandarles marchar hacia una pocilga atrincherada. No había más que un solo par de ojos en todo el conjunto. Iba a adelantarse y hacer un discurso. Palabras estridentes y apasionadas llegaron a sus labios.

La línea, rota por el terreno en fragmentos móviles, avanzaba con calma a través de campos y bosques. El muchacho miró a los hombres más cercanos a él y vio, en la mayoría, expresiones de hondo interés, como si estuvieran investigando algo que les hubiera fascinado. Uno o dos pisaban con aire supervaliente, como si ya se hubieran metido de lleno en la guerra. Otros andaban como si estuvieran pisando hielo quebradizo. La mayor parte de los hombres aún no iniciados aparecían silenciosos y absortos. Todos iban a observar la guerra, la bestia roja; la guerra, el dios henchido de sangre. Y todos se hallaban hondamente absortos en la marcha.

Al mirarlos, el muchacho agarrotó las palabras que surgían en su garganta. Comprendió que, incluso si los hombres estuvieran temblando de miedo, se reirían de sus advertencias; se burlarían de él y, si podían, le apedrearían. Aun admitiendo que estuvieran equivocados, un enloquecido discurso de esta clase iba a convertirle en un gusano.

Asumió entonces la actitud del que sabe que él solo está cargado con tácitas responsabilidades. Se retrasó, lanzando trágicas miradas al cielo.

Al poco rato fue sorprendido por el joven teniente de su compañía, que empezó a empujarle vivamente con el puño de la espada, gritando con voz alta e insolente:

—Vamos, muchacho, ponte en las filas. Aquí no vamos a tener rezagados.

Modificó el paso con adecuada rapidez y odió al teniente, que no sabía apreciar mentes perceptivas. No era más que un bruto.

Después de un trecho, la brigada se detuvo a la luz catedralicia de un bosque. Los infatigables escaramuzadores se hallaban aún disparando. A través de los senderos del bosque podía verse el humo que flotaba saliendo de sus rifles. A veces se elevaba formando pequeñas bolas, blancas y compactas.

Durante esta parada, muchos de los hombres del regimiento empezaron a construir pequeñas colinas enfrente de ellos. Usaban piedras, palos, tierra y todo lo que les parecía que podía detener una bala. Algunos las hicieron relativamente grandes, mientras a otros parecía bastarles con algo más pequeño.

Este procedimiento ocasionó una discusión entre los hombres. Algunos deseaban luchar como en un duelo, creyendo que lo único aceptable era permanecer erguidos y ser una especie de diana de pies a cabeza. Dijeron que despreciaban los artificios de los cautelosos. Pero los otros se burlaron al responderles y les mostraron a los veteranos situados a los lados que estaban excavando el terreno como perros zorreros. En poco tiempo había ya una considerable barricada a lo largo del frente del regimiento. Sin embargo, en seguida se les ordenó retirarse de aquel lugar.

Esto dejó al muchacho atónito. Se olvidó de su resentimiento hacia el movimiento de avance.

—Bueno, pero entonces, ¿por qué nos hicieron venir hasta aquí? —le preguntó al soldado alto.

Éste, con tranquila confianza, empezó a darle una complicada explicación, aunque él había tenido que abandonar una pequeña protección de piedras y barro a la que había dedicado gran cuidado y habilidad.

Cuando el regimiento se había alineado en otra posición, la preocupación de cada uno de los hombres hacia su propia seguridad provocó otra línea de pequeñas trincheras. Comieron su almuerzo detrás de una tercera línea y también les hicieron retirarse de ésta. Les llevaban de un lugar a otro, aparentemente sin dirección alguna.

Al muchacho le habían dicho que el hombre se convertía en algo completamente diferente en una batalla. En este cambio veía él su salvación. Por lo tanto, esta espera era insoportable. Se hallaba en un frenesí de impaciencia. Estaba seguro de que esto indicaba una falta de propósito por parte de los generales. Empezó a quejarse al soldado alto:

—No puedo soportar esto por mucho más tiempo —exclamó—. No sé de qué

sirve que tengamos las piernas agotadas sin lograr nada.

Deseaba volver al campamento, sabiendo que todo este asunto no era más que una demostración azul; esto, o bien entrar en lucha y descubrir que había sido un estúpido al dudar y que era, en verdad, un hombre lleno del valor tradicional. Sintió que la tensión de las circunstancias presentes era intolerable.

El soldado alto, filosóficamente, se preparó un bocadillo de galletas saladas y tocino y lo consumió con ademán negligente.

—Bueno, supongo que tenemos que ir explorando todos estos sitios de alrededor sólo para impedirles que se acerquen demasiado o para hacerles desplegar sus fuerzas o algo así.

—¡Ja! —dijo el soldado jactancioso.

—Bueno —exclamó el muchacho, aún nervioso—, yo preferiría hacer cualquier otra cosa y no ir pisoteando el campo todo el día, sin hacer nada útil para nadie y sólo agotándonos por completo.

—Yo también —gritó el soldado jactancioso—. No es justo. Te digo que si este ejército fuera dirigido por alguien con un poco de sentido común...

—¡Cállate ya! —rugió el soldado alto—. ¡Pequeño imbécil! ¡Condenado idiota! No hace ni seis meses que tienes esta chaqueta y estos pantalones, y ya hablas como si...

—Bueno, de todos modos, quiero entrar en lucha —interrumpió el otro—. No vine aquí para hacer caminatas. Hubiera podido andar en mi casa, dar cien vueltas alrededor del establo, si hubiera querido solamente caminar.

El soldado alto, con la cara enrojecida, consumió otro bocadillo como si tomara veneno en su desesperación.

Pero gradualmente, mientras masticaba, su rostro volvió de nuevo a expresar tranquilidad y confianza. Le era imposible enzarzarse en una discusión rabiosa ante esos bocadillos. Durante las comidas siempre tenía una expresión de contemplación extática de lo que consumía. Su espíritu parecía estar entonces comulgando con las viandas.

Aceptaba el cambio de posición y circunstancias con gran serenidad, comiendo de lo que llevaba en su macuto cada vez que la oportunidad se presentaba. Cuando marchaba, avanzaba con el paso del cazador, sin protestar ni por la marcha ni por la distancia. Y no había dicho ni una palabra cuando se le había ordenado alejarse de tres protectores montones de tierra y piedras, cada uno de los cuales había sido un prodigio de construcción digno de haberse consagrado dedicándolo al nombre de su abuela.

Por la tarde el regimiento salió al mismo terreno por el que habían pasado por la mañana. El paisaje dejó entonces de amenazar al muchacho. Había estado cerca de él y lo conocía bien.

Sin embargo, cuando empezaron a pasar a una nueva región, sus antiguos miedos de estupidez e incompetencia volvieron a asaltarlos, pero esta vez les dejó charlotear obstinadamente. Se hallaba completamente absorto en su problema y, en su desesperación, decidió que la estupidez no importaba gran cosa.

Una vez creyó que había decidido que lo mejor sería que lo mataran en seguida y acabar así con sus angustias. Mirando a la muerte así, con el rabillo del ojo, pensó que no era nada más que un descanso, y se sintió lleno de un momentáneo asombro por haber armado tan extraordinaria conmoción sobre un asunto tan trivial como ser muerto. Moriría; iría entonces a un lugar donde lo comprenderían. Era inútil esperar recibir apreciación de sus profundas y agudas sensaciones por parte de hombres como el teniente. Tenía que esperar hasta el sepulcro para hallar comprensión.

El fuego de escaramuzas había aumentado hasta ser un amplio sonido retumbante. Con él se mezclaba una especie de lejanos vítores. Sonó la voz de una batería.

Al momento el muchacho pudo ver a los escaramuzadores corriendo, perseguidos por el sonido de la fusilería. A los pocos minutos podían verse las ardientes y peligrosas llamaradas de los rifles. Las nubes de humo se elevaban lenta e insolentemente a través de los campos, como fantasmas en observación. El clamor crecía continuamente, como el rugido de un tren que va aproximándose.

Una brigada que se hallaba más avanzada, hacia su derecha, entró en acción con un rugido desgarrador. Era como si hubiera explotado. Y desde aquel momento permaneció extendida en la distancia detrás de una larga pared gris, a la que uno tenía que mirar dos veces para estar seguro de que era sólo humo.

El muchacho, olvidando su cuidadoso plan de morir, lo observaba todo hechizado. Tenía los ojos abiertos y repletos de la acción de la escena. Su boca estaba también entreabierta.

De repente sintió una mano pesada y triste que se posaba en su hombro. Despertando de su trance de observación, se volvió y vio al soldado jactancioso.

—Va a ser mi primera y última batalla, viejo —dijo éste con intensa melancolía. Estaba muy pálido, y sus labios, algo femeninos, temblaban.

—¿Qué? —murmuró el muchacho con intenso asombro.

—Va a ser mi primera y última batalla, viejo —repitió el soldado jactancioso—; algo me dice que...

—¿Qué?

—Que voy a caer como un mosquito esta primera vez... y qui... quiero que lleves estas cosas... a... mi... gente —acabó con un sollozo vacilante de piedad hacia sí mismo.

Le entregó al muchacho un pequeño paquete, envuelto en un sobre amarillo.

—Pero ¿qué demonios...? —empezó el muchacho.

Pero el otro lo miró como si se hallara en las profundidades de una tumba; levantó

una mano sin fuerzas, de modo profético, y se volvió alejándose.

Capítulo 4

La brigada recibió órdenes de detenerse al borde de un bosque. Los hombres se agazaparon entre los árboles y apuntaron sus inquietas armas hacia los campos. Trataban de ver más allá del humo.

Fuera de esta bruma podían ver a hombres que corrían. Algunos iban dándoles información a gritos y gesticulaban mientras pasaban con rapidez.

Los hombres del nuevo regimiento observaban y escuchaban ansiosamente, mientras las lenguas se movían afanosas con noticias de la batalla. Se transmitían rumores que habían llegado volando como pájaros procedentes de lo desconocido.

—Dicen que Perry ha sido rechazado con grandes pérdidas.

—Sí, Carrott se fue al hospital. Dijo que estaba enfermo. El que manda ahora la compañía G es aquel teniente tan listo. Los muchachos dicen que no van a servir más con Carrott, aunque tengan que desertar.

—Han tomado la batería de Hannises.

—No es verdad. Yo vi la batería de Hannises en el extremo del ala izquierda aún no hará quince minutos.

—Bueno...

—El general dice que va a tomar el mando del 304 él solo, cuando entremos en acción, y dice que entonces lucharemos como ningún otro regimiento lo hizo antes.

—Dicen que estamos perdiendo por la izquierda. Dicen que el enemigo ha forzado a nuestras líneas dentro de un pantano del demonio y que ha tomado la batería de Hannises.

—No es cierto. La batería de Hannises estaba por aquí hace un minuto.

—Ese joven Hasbrouck, ése es un buen oficial.

No le tiene miedo a nada.

Me encontré con uno de los muchachos de Maine, del 148, y dice que su brigada luchó con el pleno del ejército rebelde durante cuatro horas en la carretera y que mataron a unos cinco mil enemigos. Dice que con otra batalla como ésta la guerra habrá terminado.

—Bill no tenía miedo tampoco. ¡No, señor! No era eso. Bill no se asusta tan fácilmente. Estaba rabioso, eso es todo. Cuando aquel individuo le pisó la mano fue y le dijo que él estaba dispuesto a dar la mano por su tierra, pero que maldito si iba a permitir que cada rústico idiota del país fuera paseándose por ella. Así que se fue al hospital sin preocuparse de la batalla. Tenía tres dedos aplastados. El condenado doctor quería amputárselos y Bill armó un escándalo de todos los diablos, según me han dicho. Es un individuo muy peculiar.

El terrible estrépito que tenían al frente se había hinchado hasta transformarse en un coro tremendo. El muchacho y sus compañeros quedaron como bloques de hielo,

reducidos al silencio. Podían ver una bandera que se agitaba coléricamente en medio del humo. Cerca de ella había, desdibujados y agitados, bultos de tropas. Una turbulenta corriente de hombres llegó a través de los campos. Una batería cambiando de posición en frenético galope esparció a los rezagados a derecha e izquierda.

Una granada, gritando como un alma en pena atormentada, pasó por encima de las cabezas encogidas de los reservas. Cayó en la enramada y levantó la tierra parda con explosión rojiza. Hubo una pequeña lluvia de agujas de pino.

Empezaron a silbar las balas entre las ramas y a morder los árboles. Hojas y tallos descendían flotando. Era como si se empuñaran miles de hachas, menudas e invisibles. Muchos de los hombres estaban constantemente esquivando y apartando la cabeza.

El teniente de la compañía del muchacho fue herido en la mano. Y empezó a renegar de modo tan fantástico, que a lo largo de la línea del regimiento se oyó una risa nerviosa. La profanidad del oficial sonaba convencional. Sirvió para relajar los tensos sentidos de los reclutas. Era como si se hubiera cogido los dedos con el martillo en su propia casa.

Mantén el miembro apartado de su lado para que la sangre no cayera encima de sus pantalones.

El capitán de la compañía se puso la espada bajo el brazo y sacó un pañuelo, con el que empezó a vendar la herida del teniente. Y discutían sobre cómo debía hacerse el vendaje.

La bandera de la batalla, a lo lejos, se movía furiosamente de un lado a otro. Parecía estar luchando para liberarse de una agonía. El humo en espirales se hallaba lleno de llamaradas horizontales.

De él surgieron hombres que corrían con gran rapidez; aumentaron en número hasta que se pudo ver que toda la compañía se había dado a la fuga. La bandera, súbitamente, se hundió, como si muriera. Su movimiento, al caer, era un gesto de desesperanza.^[11]

De más allá de las murallas de humo llegaron gritos salvajes. Un esbozo en gris y rojo se disolvió en un cuerpo de hombres que, formando una horda, galopaban como caballos salvajes. Los regimientos veteranos a derecha e izquierda del 304 empezaron inmediatamente a escarnecerlos. Con el canto enardecido de las balas y los gritos atormentados de las granadas se mezclaban ruidosos abucheos y fragmentos de cómicos consejos sobre lugares donde refugiarse.

Pero el nuevo regimiento se hallaba sin aliento a causa del horror.

—¡Dios! ¡Han aplastado a Saunders! —murmuró el hombre que estaba junto al muchacho. Ambos se encogieron y se agazaparon, como el que se ve obligado a esperar la llegada de una inminente inundación.

El muchacho recorrió con rápida mirada las filas azules del regimiento. Eran

perfiles inmóviles, como tallados en piedra; más tarde recordó que el sargento que llevaba su bandera estaba erguido y con las piernas separadas, como si creyera que iban a empujarle al suelo.

La siguiente oleada llegó en remolino alrededor del flanco. Aquí y allá había oficiales arrastrados por la corriente como partículas exasperadas; iban lanzando golpes con la espada y con los puños, pegando en cada cabeza que podían alcanzar. Renegaban como carreteros.

Un oficial de caballería desplegaba la cólera furiosa de un niño mimado. Rabiaba con cabeza, brazos y piernas.

Otro, capitán de una brigada, galopaba al mismo tiempo que hablaba sin cesar. Su sombrero había desaparecido y su ropa estaba en completo desorden. Parecía un hombre que hubiera saltado de la cama para apagar un fuego. Los cascos de su caballo amenazaban continuamente la cabeza de los hombres que corrían, pero éstos los esquivaban con singular acierto. Todos parecían ser sordos y ciegos en esta huida precipitada. Ni siquiera oían las más largas y comprensivas de las maldiciones que les lanzaban de todas direcciones.

Sobre este tumulto podían oírse frecuentemente las bromas macabras de los críticos veteranos; pero los hombres en desbandada aparentemente ni siquiera se daban cuenta de que había un público presente.

El reflejo de la batalla que brilló por un momento en las caras que formaban la enloquecida corriente hizo que el muchacho sintiera que ni siquiera unas manos poderosas procedentes del cielo hubieran podido retenerle a él en su lugar, si en aquel momento hubiera podido tener control inteligente de sus piernas.

Sobre estas caras se había fijado una huella aterradora. La lucha llevada a cabo en el humo había grabado una exageración de sí misma en las mejillas sin color y en los ojos enloquecidos por un único deseo.

La visión de esta estampida ejercía la fuerza de una marea que parecía poder arrastrar maderos, piedras y hombres del suelo. A los reservas, pues, les tocaba resistir. Se pusieron pálidos y rígidos, rojos y temblorosos.

Al muchacho se le ocurrió una pequeña idea en medio de este caos. El complicado monstruo que había causado la huida de las otras tropas aún no había aparecido entonces. Decidió echarle una ojeada y pensó que luego era muy posible que él corriera mejor y más rápidamente que todos los demás.

Capítulo 5

Hubo momentos de espera. El muchacho pensó en la calle de su pueblo antes de la llegada de la compañía de un circo un día de primavera. Recordó cómo, siendo aún un chiquillo, se había quedado emocionado, esperando a la desaliñada amazona sobre su caballo blanco, dispuesto a seguirla, o a la banda en su carro desvencijado. Vio el camino amarillento, las hileras de gente esperando y las casas de sobria apariencia. Recordaba particularmente a un viejo, que solía sentarse sobre una caja de embalaje vacía frente a la tienda y fingir que despreciaba tales exhibiciones. Mil detalles de colores y formas surgían en su mente. El viejo, en su caja de embalaje, aparecía en el centro de todo.

Alguien gritó:

—¡Ahí vienen!

Entre los hombres se oyeron susurros y murmullos. Desplegaban un deseo febril de tener todos los cartuchos disponibles al alcance de la mano. Probaban de colocar las cajas en varias posiciones y eran luego ajustadas con gran cuidado. Era parecido a la impresión que produciría la prueba de setecientos sombreros nuevos.

El soldado alto, después de preparar su rifle, sacó una especie de pañuelo rojo. Estaba ocupado en anudárselo alrededor del cuello, prestando exquisita atención a su colocación, cuando el grito se repitió arriba y abajo de la línea en ahogado rugido:

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Sonó el chasquido metálico de los cerrojos de las armas.

A través de los campos impregnados de humo llegaba como un pardo hormigueo de hombres que corrían lanzando estridentes gritos. Se acercaban inclinados y blandiendo sus fusiles en todas las posiciones. Una bandera, inclinada hacia adelante, se precipitó cerca del frente.

Tan pronto les vio, el muchacho se sintió momentáneamente paralizado por la idea de que quizá su arma no estaba cargada. Trató de aguzar su mente desfalleciente para ver si recordaba el momento en que la había cargado, pero no pudo.

Descubierta la cabeza, un general paró su caballo sudoroso cerca del coronel del 304. Agitó su puño ante la cara del otro y gritó salvajemente:

—¡Tienen que detenerlos! ¡Tienen que detenerlos!

En su nerviosismo el coronel empezó a tartamudear:

—E-stá b-bien, general; está bien, ¡por Dios! Ha-haremos t-todo...; ha-haremos t-todo lo que podamos, general.

El general hizo un gesto enfurecido y se alejó al galope. El coronel, quizá para dar un escape a sus propios sentimientos, empezó a gritarles a unos y a otros como un loro mojado. El muchacho, volviéndose rápidamente para asegurarse de que en la retaguardia no había peligro, vio al comandante contemplando a sus hombres con

gran resentimiento, como si lo que más le doliera en el mundo fuera su asociación con ellos.

El hombre que estaba al lado mismo del muchacho iba murmurando como para sí mismo:

—¡Oh, ahora sí que nos va a tocar! ¡Ahora sí!

El capitán de la compañía había estado andando nerviosamente de aquí para allá en las últimas filas. Los animaba a la manera de un maestro de escuela, como si fueran un grupo de chiquillos con su primer libro de lectura. Sus palabras eran una incansable repetición:

—Reservad el fuego, muchachos... No disparéis hasta que yo os lo diga... Reservad los disparos..., esperad hasta que estén cerca... No os portéis como condenados idiotas...

El sudor corría por la cara del muchacho, tiznada como la de un chiquillo travieso y lloroso. Repetidamente, con nervioso movimiento, se secaba los ojos con la manga de la chaqueta. Aún tenía la boca algo entreabierta.

Después de lanzar una sola mirada al campo hirviente de enemigos que se extendía ante él, dejó de inquietarse por la duda de si su arma estaba cargada. Antes de estar dispuesto a empezar, antes de haberse dicho a sí mismo que estaba a punto de luchar, colocó el obediente y equilibrado fusil en posición y disparó su primer y enloquecido tiro. Luego siguió manejando su arma como si realizara movimientos automáticos.

Dejó súbitamente de preocuparse por sí mismo y se olvidó de pensar en un destino amenazador. Se convirtió no en un hombre, sino en un miembro. Sintió que algo de lo que él era una parte —un regimiento, un ejército, una causa, un país— estaba en crisis. Se hallaba fundido en una personalidad común dominada por un solo deseo. Por unos momentos no podía escapar, del mismo modo que el meñique no puede rebelarse contra la mano.

Si hubiera pensado que el regimiento estaba a punto de ser aniquilado, quizá se hubiera podido amputar a sí mismo y apartarse de él. Pero su estruendo le daba seguridad. El regimiento era como un cohete que, una vez encendido, surge por encima de todas las circunstancias hasta que se apaga su llameante vitalidad. Jadeaba y disparaba con inmensa fuerza. Se representaba el terreno que tenía ante sí como un lugar donde los derrotados yacían esparcidos.

Tenía siempre la, clara percepción de la presencia de sus camaradas a su alrededor. Sintió que la sutil hermandad de la batalla era incluso más potente que la causa por la que él estaba luchando. Era una fraternidad misteriosa, nacida del humo y del peligro de muerte.

Tenía un trabajo que hacer. Era como un carpintero que ha hecho ya muchos cajones y está haciendo otro más, sólo que en sus movimientos había una prisa

furiosa. El pensamiento se hallaba por completo en otro lugar, también como el carpintero, que mientras trabaja silba y piensa en su amigo o en su enemigo, en su casa o en la taberna. Todos estos sueños deshilvanados nunca fueron para él perfectamente claros más tarde, permaneciendo en su mente como una masa de borrosas figuras.

Al poco rato empezó a sentir los efectos de la atmósfera de guerra, un sudor ardiente, una sensación de que los ojos iban a agrietársele, como si fueran piedras extremadamente calientes. Un rugido quemante le llenaba los oídos.

Luego experimentó una furia llameante. Sintió la aguda exasperación de un animal irritado, de una vaca pacífica atacada por los perros. Se sintió enfurecido contra su fusil, que sólo podía ser usado contra una vida cada vez. Deseaba correr hacia adelante y estrangular con sus propias manos. Ansiaba un poder que le permitiera hacer un gesto que abarcara el mundo y pudiera barrerlo todo hacia atrás. Su impotencia se le hizo evidente y su furia se convirtió en la de una bestia acosada.

Enterrada en el humo de muchos fusiles, su ira se dirigía, más que contra los hombres que sabía que se estaban precipitando hacia él, contra los torbellinos de fantasmas de la batalla que le estaban ahogando, hundiendo sus vestiduras de humo en su seca garganta. Luchó frenéticamente para dar un descanso a sus sentidos, luchó por conseguir aire, como un recién nacido que se ahoga ataca las mantas que lo matan.

Había una llamarada de rabia ardiente mezclada con cierta expresión de dedicación en todas las caras. La mayor parte de los hombres movía los labios produciendo sonidos en voz baja, y estas exclamaciones a media voz, estas burlas, imprecaciones, rezos componían una música salvaje y bárbara, que se esparcía como una corriente subterránea de sonido, extraña y salmódica, con los acordes resonantes de una marcha guerrera. El hombre que se hallaba junto al muchacho estaba balbuceando. Había en sus palabras algo suave y tierno como el monólogo de un bebé. El soldado alto estaba renegando a voces. De sus labios salía una oscura procesión tenebrosa de maldiciones. De repente otro empezó a hablar con un tono quejoso, como el del hombre que ha perdido su sombrero.

—Bueno, pero ¿por qué no nos apoyan? ¿Por qué no nos mandan refuerzos? Es que piensan...

El muchacho, hundido en su somnolencia bélica, oía esto como lo oye el que está medio dormido.

Había una singular ausencia de actos heroicos. Los hombres, inclinándose y elevándose en su prisa y su rabia, se hallaban todos en actitudes imposibles. Las baquetas de acero rechinaban y chirriaban con ruido incesante, cuando los hombres las empujaban dentro de los calientes cañones del fusil. Las tapas de las cajas de cartuchos estaban todas abiertas y cabeceaban estúpidamente a cada movimiento. Los

rifles, una vez cargados, eran apoyados en los hombros y disparados sin puntería aparente hacia el humo o hacia una de las formas desdibujadas y movedizas, que habían ido haciéndose más y más grandes en el campo que se extendía ante el regimiento, como marionetas que se mueven bajo la mano de un prestidigitador.

Los oficiales, en sus puestos, hacia atrás, desdeñaban adoptar actitudes pintorescas. Saltaban de aquí para allá rugiendo órdenes y dando ánimos. Las dimensiones de sus gritos eran extraordinarias y ampliaban sus pulmones con pródiga voluntad. Y a menudo estaban casi cabeza abajo en su ansiedad de observar al enemigo al otro lado del humo que descendía.

El teniente de la compañía del muchacho había encontrado a un soldado que había escapado gritando a la primera racha de tiros de sus camaradas. Detrás de las líneas esos dos actuaban como en una escena aislada. El hombre tartamudeaba y miraba absorto con ojos de cordero al teniente, que lo había cogido por el cuello de la chaqueta y lo golpeaba. Lo devolvió a las filas con muchos empujones. El soldado avanzó mecánica, obedientemente, con los ojos sin expresión fijos en el oficial. Quizá había para él una semblanza de divinidad en la voz del otro, rígida, dura, sin traza de miedo. Trató de volver a cargar su arma, pero se lo impidieron las manos temblorosas. El teniente se vio obligado a prestarle ayuda.

Los hombres caían aquí y allá como fardos. Al capitán de la compañía del muchacho le habían matado al principio de la acción. Su cuerpo yacía extendido en la posición de un hombre exhausto que descansa; pero en su cara había una expresión atónita y dolorosa, como si un amigo le hubiera jugado una mala pasada. Al hombre que balbuceaba le rozó un disparo, que hizo que un chorro de sangre corriera abundante por su cara. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh! —exclamó, y echó a correr.

Otro gruñó súbitamente como si hubiera recibido un mazazo en el estómago. Se sentó y miró a su alrededor lastimeramente. Había en sus ojos un reproche mudo, indefinido. Algo más allá, en la misma línea, un hombre estaba de pie detrás de un árbol, cuando una bala le destrozó la rodilla. Inmediatamente había dejado caer el fusil y había rodeado el árbol con ambos brazos. Y allí se quedó, sosteniéndose desesperadamente y pidiendo a gritos ayuda para poder abandonar el tronco del árbol en el que estaba apoyándose.

Por fin un grito exultante recorrió la línea temblorosa. El fuego disminuyó desde un rugido a un final estallido vengador. Cuando el humo empezó a retroceder lentamente, el muchacho vio que la carga había sido rechazada. El enemigo se hallaba disperso en grupos desalentados. Vio a un hombre subirse a una valla, sentarse sobre la baranda y disparar un último disparo. Las olas habían retrocedido, dejando fragmentos de oscuros despojos sobre el terreno.

Parte del regimiento empezó a vitorear frenéticamente. Muchos estaban

silenciosos; aparentemente trataban de examinarse a sí mismos.

Cuando la fiebre se alejó de sus venas, el muchacho pensó que al fin iba a ahogarse. Se dio cuenta de la atmósfera enrarecida en la que había estado debatiéndose. Estaba mugriento y sudoroso como un herrero; cogió ansiosamente la cantimplora y bebió un largo trago de agua tibia.

Arriba y abajo de la línea se oía la misma frase, con simples variaciones:

—Bueno, ¡los detuvimos! ¡Vaya si los hemos detenido! ¡Que me aspen si no lo hicimos!

Los hombres lo decían gozosamente, mirándose de soslayo, unos a otros, con mugrientas sonrisas.

El muchacho se volvió para mirar tras de sí y hacia la izquierda y hacia la derecha. Sentía la alegría del hombre que por fin encuentra tiempo para mirar a su alrededor.

Ante ellos había unas cuantas figuras espantosas e inmóviles. Tenían los brazos doblados y las cabezas torcidas de modo increíble. Parecía que los hombres muertos habían tenido que ser lanzados de grandes alturas para alcanzar tales posiciones, como si desde el cielo los hubieran dejado caer sobre la tierra.

Situada detrás de la enramada, una batería en posición lanzaba granadas por encima de aquélla. Al principio la llamarada de los cañones sobresaltó al muchacho. Creyó que le apuntaban directamente a él. A través de los árboles observó las negras figuras de los tiradores mientras trabajaban rápida y seriamente. Su trabajo parecía algo muy complicado. Se asombró de que pudieran recordar todo el procedimiento en medio de la confusión.

Los cañones estaban en fila, en cuclillas como jefes salvajes. Era una conferencia de tribus de abrupta violencia, una horrenda discusión. Sus atareados servidores corrían de acá para allá.

Una pequeña procesión de heridos se arrastraba penosamente hacia la parte posterior del regimiento. Era un chorro de sangre que surgía del cuerpo destrozado de la brigada.

A derecha e izquierda podían verse las oscuras líneas de otras tropas. A lo lejos, al frente, creyó divisar masas más claras que surgían en puntos del bosque. Parecían millares.

Una vez vio una batería minúscula pasar precipitadamente a lo largo de la línea del horizonte. Los minúsculos jinetes aguijoneaban a los minúsculos caballos.

De una colina inclinada llegó el sonido de vítores y choques. El humo se elevaba lentamente entre las hojas.

Las baterías seguían hablando con resonantes esfuerzos retóricos. Aquí y allí había banderas, dominando el rojo de las barras. Eran fragmentos de pinceladas de ardiente color entre las oscuras líneas de las tropas.

El muchacho sintió una vieja emoción al contemplar el emblema. Eran como pájaros hermosísimos extrañamente impávidos ante una tormenta.

Al escuchar el estruendo de la ladera, el hondo latido que con rumor de trueno llegaba de lo lejos, hacia la izquierda, y los clamores menos ruidosos que llegaban de muchas direcciones, se le ocurrió que allí, y más allá, y aún más allá, también estaban luchando. Hasta aquel instante había supuesto que toda la batalla estaba desarrollándose ante sus ojos.

Al pasear la mirada por su alrededor, el muchacho sintió una llamarada de asombro al ver el cielo azul y puro y el sol que brillaba entre los árboles y los campos. Era sorprendente que la naturaleza hubiera continuado avanzando tranquilamente en su dorado proceso en medio de tanta destrucción.

Capítulo 6

El muchacho volvió en sí lentamente. Gradualmente volvió a colocarse en una posición desde la cual pudiera contemplarse a sí mismo. Durante unos minutos había estado examinando su propia persona con enorme asombro, como si no se hubiera visto antes. Luego cogió su gorra del suelo. Se agitó en su chaqueta para que se ajustara más cómodamente a su cuerpo y se apoyó en una rodilla para abrocharse el zapato. Pensativamente secó su cara empapada.

Así que, por fin, ¡había pasado todo! La prueba suprema estaba tras él. Las rojas y formidables dificultades de la guerra habían sido vencidas.

Se hundió en un éxtasis de autocomplacencia. Experimentó las sensaciones más deliciosas de su vida. Permaneciendo como aparte de sí mismo, examinó de nuevo aquella última escena y se dio cuenta de que el hombre que así había luchado era magnífico.

Sintió que era un hombre cabal. Se vio a sí mismo dotado de aquellas cualidades, incluso, que había considerado muy por encima de sí. Sonrió con honda satisfacción.

Derramó ternura y buena voluntad sobre sus compañeros:

—¡Uf! Hace calor, ¿verdad? —dijo a uno que se estaba frotando la cara chorreante con las mangas de su chaqueta.

—¡Y que lo digas! —dijo el otro, sonriendo amistosamente—. Nunca vi un calor más agobiante —y se tendió a la larga sobre el suelo, voluptuosamente—. ¡Demonios! Espero que no tengamos que volver a luchar hasta dentro de ocho días.

Hubo algunos apretones de mano y hondas palabras con hombres cuyos rasgos le eran conocidos, pero con los cuales el muchacho sentía ahora que le unían lazos de unión cordial. Ayudó a un camarada que andaba lanzando maldiciones a vendarse una herida en el tobillo.

Pero, súbitamente, se oyeron gritos de asombro a lo largo de las filas del nuevo regimiento:

—¡Aquí llegan de nuevo! ¡Aquí llegan de nuevo!

El hombre que se había tendido en el suelo saltó, gritando:

—¡Dios!

El muchacho volvió los ojos rápidamente hacia el campo. Percibió figuras que empezaban a fundirse en masas saliendo de un bosque distante. Vio de nuevo la bandera inclinada avanzando hacia adelante con rapidez.

Las granadas, que habían dejado de molestar al regimiento durante un tiempo, llegaron de nuevo en torbellino y explotaban en la hierba o entre las hojas de los árboles. Parecían extrañas flores de guerra estallando en fiera floración.

Los hombres gimieron. El brillo desapareció de sus ojos. Sus caras tiznadas

expresaban ahora un profundo abatimiento. Movían sus cuerpos rígidos lentamente y contemplaban con humor sombrío el frenético aproximarse del enemigo. Los esclavos que servían en el templo de este dios empezaban a experimentar rebeldía ante sus duras órdenes.

Se agitaban y murmuraban sus quejas el uno al otro:

—Bueno, ¡esto ya es demasiado! ¿Por qué no puede alguien mandarnos ayuda?

No vamos a poder aguantar este segundo ataque. Yo no vine aquí para luchar contra todo el condenado ejército rebelde.

Hubo también uno que lanzó una doliente exclamación:

—¡Ojalá Bill Smithers me hubiera pisado a mí la mano en vez de pisársela yo a él!

Las articulaciones doloridas del regimiento crujían mientras penosamente se colocaban, vacilantes, en posición de contraataque.

El muchacho miraba atónito. Seguramente, pensó, este algo tan imposible no estaba a punto de suceder. Esperó, como si creyera que el enemigo iba a detenerse súbitamente, excusándose y retirándose con un saludo. Era todo un error.

Pero empezó el tiroteo en alguna parte de la línea del regimiento y se esparció, en oleadas, en ambas direcciones. Las ondas llameantes y niveladas producían grandes nubes de humo que rodaban y botaban en el viento suave, cerca del suelo, por un momento y luego pasaban resbalando por entre las filas como por una verja. Estas nubes estaban teñidas de un amarillo terroso a la luz del sol y en la sombra eran de un azul triste. La bandera era a veces devorada y perdida entre esta masa de vapor, pero más a menudo sobresalía, bañada por el sol, resplandeciente.

A los ojos del muchacho asomó la mirada que uno puede ver en las órbitas de un caballo acosado. Le temblaba el cuello con debilidad nerviosa y los músculos de sus brazos estaban entumecidos y faltos de sangre. También sus manos parecían enormes y torpes, como si estuvieran cubiertas con guantes de hierro. Y había gran inseguridad en las articulaciones de sus rodillas.

Las palabras que sus camaradas habían pronunciado antes del tiroteo empezaron a volver a su mente:

—¡Esto ya es demasiado! ¿Por quién nos toman?

¿Por qué no mandan refuerzos? ¡Yo no vine aquí para luchar contra todo el condenado ejército rebelde!

Empezó a exagerar la resistencia, la habilidad y el valor de los que llegaban. Sintiéndose tambalear de cansancio, experimentaba un asombro sin límites ante tal persistencia. Tenían que ser máquinas de acero. Era desalentador luchar contra tales artefactos, que quizá tuvieran cuerda suficiente para luchar hasta la puesta del sol.^[12]

Levantó ligeramente el fusil y, echando un vistazo al ajetreado campo, disparó contra un grupo que avanzaba a largos pasos. Luego se detuvo e intentó ver cuanto

podiera a través del humo. Vio escenas cambiantes del suelo cubierto de hombres que corrían como diablos perseguidos y gritaban.

Para el muchacho era una amenaza hecha por temibles dragones. Se sintió como el hombre que ha perdido las piernas al acercársele el monstruo verde y rojo. Esperó en una especie de actitud horrorizada, atenta. Parecía cerrar los ojos y esperar ser devorado.

Un hombre que estaba cerca de él y que hasta ese momento había estado trabajando afanosamente con su fusil se detuvo súbitamente y salió corriendo y aullando. Aquél cuya cara había ostentado una expresión de exaltado valor, la majestad del que se atreve a dar su vida, en un instante había sido reducido a algo despreciable. El muchacho palideció como el que llega al borde de un abismo a medianoche y se da cuenta de ello repentinamente. El también arrojó al suelo su arma y huyó. No había vergüenza en su cara. Corría como un conejo.

Otros empezaron a dispersarse a través del humo. El muchacho volvió la cabeza, sacudido fuera del trance en que se hallaba por este movimiento, como si el regimiento lo dejara atrás. Vio unos cuantos que huían.

Entonces gritó aterrorizado y dio media vuelta. Por un momento, en medio de aquel gran clamor, quedó como un ave asustada. Perdió la dirección salvadora; la destrucción le amenazaba en todas direcciones.

Luego echó a correr hacia la retaguardia a grandes saltos. Había perdido la gorra y el fusil; su chaqueta desabrochada se hinchaba con el viento; la cubierta de su caja de cartuchos cabeceaba frenéticamente y la cantimplora, sujeta con una delgada cuerda, se balanceaba tras él. Tenía en la cara el horror de todo lo que imaginaba.

El teniente saltó hacia adelante, gritando. El muchacho vio sus rasgos rojos por la ira y lo vio intentar tocarle con la espada. Su único pensamiento sobre el incidente fue que el teniente era una criatura peculiar, si podía interesarse por tales cosas en una ocasión así.

Corría como si estuviera ciego. Dos o tres veces cayó al suelo. Una vez su hombro dio con tanta fuerza en el tronco de un árbol, que se cayó de cabeza.

Desde el momento en que se volvió de espaldas a la lucha, se intensificó su miedo: la muerte a punto de caer sobre sus hombros era muchísimo más horrible que la muerte a punto de darle entre los ojos. Cuando pensó en esto más tarde, nació en él la convicción de que es mejor contemplar lo horroroso que limitarse a oírlo solamente. Los ruidos de la batalla eran como piedras y él se creía a punto de ser aplastado.

Al correr, se mezcló con otros. Borrosamente veía hombres a su derecha y a su izquierda y oía pasos tras de sí y creyó que todo el regimiento huía perseguido por choques siniestros.

Durante su huida, el sonido de estos pasos que le seguían le proporcionó un débil

consuelo. Sentía vagamente que la muerte tenía que elegir primero entre los hombres que se hallaban cerca de ella; aquellos que le seguían a él serían, entonces, los bocados iniciales de los dragones. Por lo tanto, desplegó el celo de un corredor enloquecido con la idea de mantenerlos a ellos detrás. Era una verdadera carrera.

Mientras marchaba a la cabeza, cruzó un pequeño campo y se halló en una región azotada por las granadas. Se lanzaban por encima de su cabeza con gritos prolongados y salvajes. Al oírlos imaginó que tenían hileras de crueles dientes que le sonreían. Una vez una de ellas cayó ante él y el relámpago lívido de la explosión le cerró con efectividad el camino en la dirección escogida. Se arrastró por el suelo y luego, irguiéndose de un salto, marchó a todo correr a través de unos matorrales.

Experimentó un estremecimiento de asombro al llegar a un punto en que podía ver una batería en acción. Aquellos hombres parecían ostentar una actitud convencional, completamente ajenos a la inminente aniquilación. La batería se hallaba argumentando con un lejano antagonista y los tiradores parecían envueltos en admiración ante sus propios disparos. Se inclinaban continuamente en actitudes alentadoras sobre los cañones y parecían felicitarlos con unos golpecitos en la espalda y animarlos con palabras. Los cañones, impasibles y sin miedo, hablaban con insistente valentía.

Los precisos tiradores estaban serenamente entusiasmados. Siempre que podían levantaban los ojos a la colina coronada de humo desde donde la batería enemiga se dirigía a ellos. El muchacho los compadeció mientras corría. ¡Idiotas metódicos!

¡Locos mecánicos! La refinada alegría de andar lanzando granadas en el centro de la formación de otra batería iba a ser poca cosa cuando la infantería surgiera del bosque barriéndolo todo ante ella.

La cara de un jinete juvenil, tirando de las riendas de un caballo frenético con el mismo negligente abandono que podría desplegar en un plácido corral, quedó grabada en su mente. Sabía que estaba mirando a un hombre que iba a morir en muy breve tiempo.

Sintió también piedad por los cañones, que permanecían en atrevida línea, como seis buenos camaradas.

Vio a una brigada que iba en ayuda de algunos de sus perseguidos miembros. Trepó hasta una pequeña colina y la observó, avanzando con precisión, guardando la formación en lugares difíciles. El azul de la línea estaba incrustado de reflejos de acero y de ella surgían las brillantes banderas. Los oficiales gritaban.

Esta escena le llenó de admiración. La brigada se apresuraba enérgicamente para ser devorada por las bocas infernales del dios de la guerra. ¿Qué clase de hombres eran aquéllos entonces? ¡Eran una raza asombrosa! O bien, no comprendían nada, los imbéciles.

Una orden furiosa causó conmoción entre la artillería. Un oficial sobre un caballo

hacía gestos frenéticos con los brazos. Los equipos surgieron vacilantes desde atrás, se dio la vuelta a los cañones y la batería se alejó velozmente.

Los cañones, con sus bocas inclinadas lateralmente hacia el suelo, gruñían y refunfuñaban como hombres corpulentos, valientes, pero enemigos de darse prisa.

El muchacho siguió adelante, moderando su velocidad, puesto que se había alejado ya del lugar ruidoso.

Más tarde llegó junto a un general de división montado en un caballo que erguía las orejas de modo interesado hacia la batalla. Había grandes cantidades de amarillo reluciente y de cuero pulido en la silla y en la brida. Sobre tan espléndido corcel el silencioso jinete parecía de color de ratón.

Su estado mayor, tintineante, galopaba de aquí para allá. A veces el general se hallaba completamente solo; parecía estar muy preocupado. Tenía el aspecto de un hombre de negocios cuyas acciones no cesan de subir y bajar.

El muchacho pasó escabulléndose por aquel lugar. Pasó tan cerca como se atrevió tratando de oír palabras. Quizá el general, incapaz de comprender el caos, le llamaría para pedirle información. Y él podía dársela. El lo sabía todo. Era innegable que el ejército se hallaba en una situación difícil y cualquier necio podía ver que si no se retiraban mientras tenían oportunidad de hacerlo... bueno...

Sintió que le gustaría azotar al general o, al menos, acercarse a él y decirle con palabras claras lo que pensaba exactamente de él. Era criminal quedarse tranquilo en un lugar y no hacer esfuerzo alguno para detener la destrucción. Hizo su paso algo más lento, lleno de febril ansiedad, para que el jefe de la división se dirigiera a él.

Mientras se movía cansadamente por allí oyó que el general exclamaba irritado:

—Tompkins, acérquese a Taylor y dígame que no se dé tan condenada prisa; dígame que pare su brigada en el borde del bosque; dígame que mande un regimiento..., diga que creo que el centro cederá si no le ayudamos algo. Que se dé prisa.

Un joven delgado, montado en un hermoso caballo castaño, cogió estas palabras de boca de su superior. Hizo que su caballo pasara casi repentinamente del paso de paseo al galope en su prisa por llevar a cabo su misión. Hubo una nube de polvo.

Un momento después, el muchacho vio al general saltar nerviosamente en la silla.

—Sí; ¡válgame Dios!, ¡lo han hecho! —El oficial, inclinado hacia adelante, tenía la cara roja de emoción—. Sí, por todos los diablos; ¡lo han detenido!, ¡lo han detenido!

Empezó a rugir alegremente a sus hombres:

—¡Vamos a aplastarlo! ¡Ahora, vamos a aplastarlo! ¡Lo tenemos cogido!

Se volvió de repente a un ayudante y le dijo:

—Jones..., deprisa..., corra hacia Tompkins..., vea a Taylor..., dígame que entre en fuego... incesantemente..., con fuerza..., como le parezca.

Mientras otro oficial espoleaba su caballo en la misma dirección que había

tomado el primer mensajero, el general irradiaba su complacencia sobre la tierra, como un nuevo sol. Se veía en sus ojos el deseo de entonar un himno de alabanza. Seguía repitiendo:

—¡Los han detenido! ¡Por los clavos de Cristo!

Su excitación hizo que su caballo se encabritara, y él, alegremente, lo golpeó y le amonestó. Parecía montar el caballo de un carrusel.

Capítulo 7

El muchacho se encogió como si hubiera sido descubierto en un crimen. Por todos los diablos, después de todo ¡habían vencido! La línea de imbéciles había permanecido fija y se habían convertido en vencedores. Podía oír vítores.

Se irguió de puntillas y miró en dirección a la lucha. Una niebla amarilla yacía ondulante sobre las copas altas de los árboles. Bajo ella surgía el clamor de la fusilería. Gritos roncros hablaban de un avance.

Se alejó de allí, asombrado e irritado. Sintió que lo habían engañado.

El había huido, se repitió, porque se acercaba la aniquilación. Salvándose a sí mismo había hecho una buena acción, porque él era una pequeña pieza del ejército. Había creído que era el momento, se dijo, en que el deber de cada una de las pequeñas piezas era salvarse si le era posible. De este modo, podían más tarde todos los oficiales encajar todas las pequeñas piezas y, juntas de nuevo, formar un nuevo frente de batalla. Si ninguna de las pequeñas piezas era lo suficientemente prudente para salvarse de la furia de la muerte en un momento así, pues bien, ¿dónde quedaría el ejército? Era bien claro que él había actuado de acuerdo con reglas completamente correctas y dignas de encomio. Sus acciones habían sido astutas, habían estado llenas de estrategia. Eran obra de unas piernas maestras.

Llegaron a él pensamientos sobre sus camaradas. La frágil línea azul había resistido los golpes y había vencido. Se sintió lleno de amargura. Le parecía que la ignorancia ciega y la estupidez de aquellas pequeñas piezas le habían traicionado. Había sido burlado y aplastado por su falta de sentido común al mantener la posición cuando una deliberación inteligente les habría convencido de que era imposible. El, el hombre inteligente que puede ver a lo lejos en la oscuridad, había huido a causa de su percepción y conocimiento superiores. Sintió una terrible ira hacia sus camaradas. Sabía que podía probarse que habían actuado como necios.

Se preguntó qué dirían cuando apareciera él más tarde en el campamento. En su mente podía oír sus gritos de burla. Sus propios destinos no les permitirían entender su punto de vista, más agudo.

Empezó a compadecerse a sí mismo profundamente. Se le trataba mal. Le aplastaban los pies de hierro de la injusticia. El había procedido con sensatez y a partir del motivo más justo bajo los cielos, sólo para que odiosas circunstancias le hicieran fracasar.

Una rebelión oscura e irracional contra sus compañeros, contra la guerra en abstracto y contra el destino surgía en él. Anduvo vacilante, con la cabeza inclinada, el cerebro en un tumulto de agonía y desesperación. Cuando levantaba la vista irritado, estremecido a cada sonido, tenía en los ojos la expresión de los del criminal

cuya culpa y cuyo castigo son grandes y no puede hallar palabras para ellos.

Dejó los campos y entró en un espeso bosque, como si hubiera decidido enterrarse allí. Deseaba dejar de oír el estallido de los disparos, que para él eran como voces.

El terreno se hallaba cubierto de hiedra y matorrales; los árboles, muy juntos, esparcían sus copas como ramilletes. Se vio obligado a abrirse paso con gran ruido. Las plantas trepadoras, enroscándosele en las piernas, gritaban roncamente cuando sus jóvenes ramas eran arrancadas de la corteza de los árboles. Aquellos brotes flexibles trataban de anunciar su presencia al mundo. No podía pacificar el bosque. Mientras avanzaba en su camino, siempre se movía entre gritos de protesta. Cuando separaba árboles y hiedras que se hallaban en apretado abrazo, el follaje molesto agitaba los brazos y volvía los haces de sus hojas hacia él. Temía que estos ruidosos movimientos y gritos atrajeran a los hombres a mirarlo. Por lo tanto, siguió alejándose, buscando lugares oscuros e intrincados.

Al cabo de un rato, el sonido de fusilería se había debilitado y el cañón retumbaba a distancia. El sol, visible de repente, llameaba entre los árboles. Los insectos emitían un ruido rítmico. Parecían rechinar los dientes al unísono. Un pájaro carpintero asomó su cabeza desvergonzada por el lado de un árbol. Otro pájaro voló con alas ligeras.

El rumor de muerte había cesado. Parecía ahora que la naturaleza carecía de oído.

El panorama le dio seguridad. Era un campo dorado que poseía vida. Era la religión de la paz. Un campo que moriría, si sus tímidos ojos fueran obligados a contemplar la sangre. Imaginó a la naturaleza como una mujer que siente una honda aversión hacia la tragedia.

Lanzó una piña hacia una alegre ardilla, que corrió charlotteando con miedo. Se paró en la cima de un árbol y, sacando la cabeza cautelosamente por detrás de una rama, miró hacia abajo con aire de sobresalto.

El muchacho se sintió triunfante ante esta exhibición. Aquí estaba la ley, se dijo. La naturaleza le había mandado una señal. La ardilla, inmediatamente después de darse cuenta del peligro, se había dado a la fuga sin detenerse. No había permanecido impasible, ofreciendo su peludo vientre al proyectil para morir con una mirada hacia lo alto, a los cielos compasivos. Al contrario, había huido tan rápidamente como podían llevarla las patas; y no era más que una vulgar ardilla; indudablemente no era un filósofo entre los de su raza. El muchacho siguió su camino, sintiendo que la naturaleza estaba de acuerdo con él. Reforzaba su razonamiento con pruebas que podían hallarse allí donde brillaba el sol.

Hubo un momento en que casi se encontró metido en un pantano. Se vio obligado a caminar sobre pequeños matojos y a vigilar dónde ponía los pies para evitar el espeso barro. Al pararse, en otra ocasión, para mirar a su alrededor, vio un charco

alejado donde el agua era oscura, y un pequeño animal se lanzó en ella de cabeza y surgió al momento con un brillante pez.

El muchacho siguió adelante, adentrándose en los espesos matorrales. Las ramas que rozaba al pasar producían el ruido suficiente para ahogar el sonido de los cañones. Siguió andando, marchando desde la oscuridad hacia promesas de una oscuridad mayor.

Por fin, llegó a un lugar donde las ramas, tiernas, elevadas, se curvaban en forma de capilla. Suavemente empujó hacia adentro las verdes puertas y entró. Las agujas de los pinos eran una mullida alfombra de un tostado claro. Y había una mística media luz.

Cerca del umbral se detuvo, paralizado de horror a la vista de «algo».

Le estaba mirando un hombre muerto, sentado, con la espalda apoyada contra un árbol a modo de columna. El cadáver llevaba un uniforme que antaño fue azul, pero que ahora había perdido el color hasta alcanzar una melancólica tonalidad verde. Los ojos, clavados en el muchacho, habían tomado el tono apagado que se ve en los costados de un pescado muerto. Tenía la boca abierta. En ella, el rojo se había transformado en horroroso amarillo. Sobre la piel gris de la cara corrían pequeñas hormigas. Una arrastraba una especie de carga a lo largo del labio superior.

El muchacho lanzó un grito agudo al enfrentarse con aquello. Por unos momentos permaneció ante ello, convertido en piedra. Se quedó contemplando los ojos, de apariencia líquida. El hombre muerto y el hombre vivo se miraron largamente. Después el joven puso una mano cautelosamente tras de sí hasta tocar un árbol. Apoyándose en éste, fue retirándose paso a paso con la cara aún vuelta plenamente hacia aquello. Temía que, si se volvía de espaldas, el cuerpo se irguiera de un salto y le persiguiera a escondidas.

Las ramas, empujándole en sentido contrario, amenazaban con arrojarle sobre aquello. Sus pies, tanteando el suelo, se enredaban, además, irritantemente, en una enmarañada zarza, y le pareció que en todo aquello había una sutil instigación a que tocara el cadáver. Al pensar en su mano sobre él, se estremeció profundamente.

Por fin se arrancó de los lazos que le mantenían atado en aquel lugar y huyó, sin preocuparse de los espesos matorrales. Le perseguía la visión de las negras hormigas que se esparcían ávidamente sobre la cara gris y se acercaban terriblemente a los ojos.

Después de un cierto tiempo, se detuvo y, sin aliento, jadeante, escuchó. Estaba seguro de que una voz extraña surgiría de la garganta muerta y lanzaría sobre él, graznando, terribles amenazas.

Los árboles que estaban junto a los portales verdes de la capilla de ramas se movían lentamente en una brisa suave. Un triste silencio se extendía sobre el pequeño refugio protector.

Capítulo 8

Los árboles empezaron a cantar, suavemente, un himno al crepúsculo. El sol se hundió hasta que sus oblicuos rayos bronceados cayeron sobre el bosque. Hubo una disminución de los ruidos de insectos, como si hubieran inclinado la cabeza en devota pausa. Todo era silencio, excepto el coro salmodiante de los árboles.

Entonces, en esta quietud, estalló súbitamente un tremendo estrépito de sonidos. Un rugido sordo llegó de la lejanía.

El muchacho se paró. Se hallaba traspasado por aquella terrorífica mezcla de todos los sonidos. Era como si se estuviera desgarrando el universo. Había el sonido lacerante de la fusilería y el estallido demoledor de la artillería.

Su mente voló en todas direcciones. Se imaginó a los dos ejércitos uno sobre otro, a manera de panteras. Escuchó unos minutos. Luego empezó a correr en dirección a la batalla.

Vio que era irónico que corriera así hacia algo que se había tomado tanto trabajo en evitar. Pero se dijo, en resumen, que, si la tierra y la luna estuvieran a punto de chocar, muchas personas intentarían, sin duda, subirse a los tejados para ser testigos del encuentro.

Mientras corría, se dio cuenta de que el bosque había cesado en su música, como si finalmente hubiera adquirido la capacidad de percibir sonidos extraños fuera de sí mismo. Los árboles, callados, permanecían inmóviles. Todo parecía escuchar atentamente el crujido y el estruendo y el trueno, capaces de destrozarse los tímpanos. El coro tañía sobre la tierra silenciosa.

Súbitamente se le ocurrió al muchacho que la lucha en la que él había tomado parte no había sido, después de todo, más que un tiroteo preliminar. Ahora, al oír el estruendo, dudaba de haber visto ninguna escena real de la batalla. Este clamor era prueba de una lucha celestial; eran hordas desbocadas luchando en el aire.

Meditando sobre ello, vio algo humorístico en su propio punto de vista y el de sus compañeros durante el pasado encuentro. Se habían tomado a sí mismos y al enemigo muy en serio y habían imaginado que estaban decidiendo la guerra. Cada individuo debía haber supuesto que estaba grabando las letras de su nombre, profundamente, en eternas placas de bronce o alcanzando fama eterna en el corazón de sus compatriotas, mientras, en realidad, todo el encuentro aparecería en las noticias impresas bajo un débil y poco importante título. Pero vio que esto era bueno, porque, en otro caso, se dijo, en una batalla cada uno trataría seguramente de escapar, excepto los que habían perdido toda esperanza y otros cuantos como ellos.

Avanzó rápidamente. Deseaba llegar al borde del bosque para poder observar el exterior.

Mientras se apresuraba, pasaron a través de su mente representaciones de magníficas luchas. Los pensamientos que había acumulado sobre tales temas acostumbraban a formar escenas. El ruido era como la voz de un ser elocuente que iba describiéndolas.

A veces las zarzas formaban cadenas y trataban de retenerlo. Los árboles, enfrentándosele, alargaban los brazos y le prohibían el paso. Después de la hostilidad que anteriormente le habían mostrado, esta nueva resistencia del bosque le llenó de amargura. Le parecía que la naturaleza no podía estar nunca completamente dispuesta a ayudarle.

Pero, obstinadamente, avanzó buscando atajos, y al poco tiempo llegó al punto desde el cual podía ver largas paredes grises de vapor donde se hallaban las líneas de batalla. Las voces del cañón le estremecieron. Los fusiles sonaban en largos estallidos irregulares que le destrozaban los oídos. Permaneció un momento ensimismado. Sus ojos tenían una expresión enajenada. Miró boquiabierto hacia la lucha.

Reanudó en seguida su marcha hacia adelante; la batalla era para él como la pulverización producida por una inmensa y terrible máquina. Sus complejidades y poderes, sus sombríos procesos, le fascinaban. Tenía que acercarse y ver cómo producía cadáveres.

Llegó a una valla y trepó sobre ella. Al otro lado el terreno se hallaba lleno de ropas y armas esparcidas sobre su superficie. Un periódico, doblado, yacía en el barro. Un soldado muerto yacía con la cara oculta bajo el brazo. Más lejos había un grupo de cuatro o cinco cadáveres acompañándose tristemente unos a otros. Un sol ardiente había lanzado sus llamas sobre aquel lugar.

Aquí el muchacho sintió que era un intruso. Esta parte olvidada del campo de batalla era propiedad de los hombres muertos, y se apresuró con el vago temor de que una de las figuras hinchadas pudiera erguirse y ordenarle que se fuera.

Finalmente llegó a una carretera desde la cual podía ver a distancia cuerpos de ejército oscuros y agitados, enmarcados por el humo. En el camino se hallaba un grupo numeroso, ensangrentando, que se dirigía a retaguardia. Los hombres renegaban, se quejaban y gemían. En el aire había constantemente un poderoso surgir de sonido que parecía capaz de aplastar la tierra. Con las palabras valerosas de la artillería y las frases insultantes de los fusiles se mezclaban los rojos vítores. Y de esta región de sonidos llegaba una corriente constante de mutilados.

Un herido tenía uno de los zapatos repleto de sangre. Andaba a la pata coja, como un chiquillo jugando en la escuela. Y se reía históricamente.

Otro juraba que le habían herido en el brazo a causa de las equivocaciones que el comandante en jefe cometía al dirigir el ejército. Otro marchaba con un aire que parecía imitar un sublime primer tambor en el ejército; sobre su cara había una extraña mezcla de alegría y agonía, y mientras andaba, cantaba un fragmento de una

copla burlesca con voz estridente y temblorosa:

*«Canta un himno de victoria,
un puñado de balas,
veinticinco hombres muertos
al horno en una... tarta».*

En varios lugares de la procesión los hombres cojeaban y tropezaban al compás de esta canción.

Había otro que llevaba ya el sello gris de la muerte sobre su cara. Tenía los labios crispados en duras líneas y los dientes apretados. Tenía las manos ensangrentadas por haberlas apretado sobre su herida. Parecía esperar el momento en que podría dejarse caer pesadamente. Andaba con aire majestuoso, como el espectro de un soldado, los ojos ardiendo con el poder de una mirada fija en lo desconocido.

Había algunos que avanzaban ceñudos, llenos de ira por sus heridas y dispuestos a caer sobre cualquier cosa que pudiera ser causa oscura de ellas.

Un oficial era transportado por dos soldados y refunfuñaba constantemente:

—¡No te muevas tanto, Johnson, imbécil! —gritó—. ¿Crees que tengo la pierna de hierro? Si no puedes llevarme decentemente, déjame en el suelo y otro lo hará.

Gritó irritado al grupo tambaleante, que bloqueaba la rápida marcha de los que lo llevaban:

—¡Vamos, dejad paso! ¿Es que no podéis? ¡Dejad paso, por todos los demonios!

Los otros se apartaron, resentidos, y se pusieron a los lados del camino. Y mientras iba pasando, le lanzaban burlonas palabras. Cuando él les contestó enfurecido y les amenazó, lo mandaron al cuerno.

El hombro de uno de los que lo llevaban chocó pesadamente con el soldado espectral, que seguía con la vista fija en lo desconocido.

El muchacho se unió a este grupo y marchó con ellos. Los cuerpos destrozados eran expresión de la terrible maquinaria con la que los hombres se habían enfrentado.

De vez en cuando mensajeros y ordenanzas rompían la fila de la carretera, esparciendo a los heridos a derecha e izquierda, y continuaban galopando perseguidos por alaridos. La melancólica marcha era continuamente interrumpida por estos mensajeros y, a veces, por diligentes baterías que llegaban balanceándose y con gran traqueteo mientras los oficiales gritaban órdenes de abrir paso.

Había un hombre andrajoso, tiznado por el polvo, la sangre y las manchas de pólvora de pies a cabeza, que marchaba fatigosa y silenciosamente al lado del muchacho. Estaba escuchando con avidez y mucha humildad las violentas descripciones de un sargento barbudo. Sus rasgos afilados tenían una expresión de respeto y admiración. Era como el que escucha en la tienda del pueblo historias maravillosas contadas entre sacos de azúcar. Miraba al narrador con inefable

maravilla y tenía la boca entreabierta, a la manera de un rústico.

El sargento, al darse cuenta, paró un momento en su elaborada narración para lanzar un sarcástico comentario:

—Si no tienes cuidado, cariño —le dijo—, vas a tragarte una mosca.

El hombre andrajoso se encogió hacia atrás, avergonzado.

Al cabo de un momento empezó a acercarse al muchacho y trató de trabar amistad con él de diferente modo. Tenía la voz suave como la de una muchacha y los ojos suplicantes. El muchacho vio con sorpresa que el soldado tenía dos heridas, una en la cabeza, vendada con un harapo empapado en sangre, y otra en el brazo, haciendo que este miembro colgara como una rama rota.

Después que hubieron andado juntos un rato, el hombre andrajoso reunió el valor suficiente para dirigirle la palabra.

—Fue una buena pelea, ¿verdad? —dijo tímidamente.

El muchacho, hundido en sus pensamientos, lanzó una mirada a la figura ensangrentada y terrible, de ojos inocentes.

—¿Qué?

—Fue una buena pelea, ¿verdad?

—Sí —dijo el muchacho, secamente, y aligeró el paso.

Pero el otro cojeó afanosamente tras él. Había una expresión de disculpa en sus modales, pero era evidente que creía que, si podía hablarle, aunque fuera solamente por unos minutos, el muchacho se daría cuenta de que él era un buen hombre.

—Fue una buena pelea, ¿verdad? —volvió a empezar con voz tímida, y luego adquirió fuerzas suficientes para continuar—. ¡Maldito si antes vi a los muchachos luchando así! ¡Demonio, y cómo lucharon! No sabía cómo serían los chicos una vez se encontraran metidos en el lío. Los chavales no habían tenido ocasión hasta ahora, pero esta vez demostraron cómo eran. Sabía que iba a suceder así. No se puede con ellos, ¡no, señor! Son luchadores, ¡vaya que sí!

Aspiró hondamente, con humilde admiración. Varias veces había mirado al muchacho en busca de aliento. No recibió ninguno, pero pareció absorberse gradualmente en el tema.

—Una vez, mientras estaba de guardia, hablé a través de las líneas con un rapaz de Georgia, y aquél va y me dice: «Vuestros chavales correrán como liebres, cuando oigan sonar los disparos», me dijo. «Quizá lo hagan», dije yo, «pero no lo creo», le dije, y «¡centellas!», le respondí, «quizá sean vuestros chavales los que corran como liebres, cuando oigan sonar los disparos», le dije. El se echó a reír. Bueno, pues hoy no corrieron, ¿verdad? ¡No, señor! Lucharon, y lucharon, y lucharon.

Por su cara vulgar se esparció una luz de amor hacia el ejército, que representaba para él todas las cosas hermosas y fuertes.

Al cabo de un rato se volvió hacia el muchacho:

—¿Dónde te hirieron a ti, viejo? —le preguntó en tono amistoso.

El muchacho sintió un momento de pánico ante esta pregunta, aunque al principio no comprendió toda su importancia.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Dónde te hirieron? —repitió el hombre.

—Bueno —empezó el joven—, yo..., yo..., es decir..., bueno..., yo...

Dio la vuelta de repente y se deslizó entre la muchedumbre. Estaba profundamente ruborizado y apretaba nerviosamente con los dedos uno de sus botones. Inclino la cabeza y fijó los ojos en el botón, como si éste fuera un pequeño problema.

El hombre andrajoso lo vio marchar, lleno de asombro.

Capítulo 9

El muchacho fue retrocediendo en la procesión hasta que el soldado andrajoso se halló fuera de su vista. Entonces empezó a marchar de nuevo con los demás.

Pero se hallaba entre heridos. El tropel de hombres avanzaba sangrando. A causa de la pregunta del soldado andrajoso, le parecía ahora que su vergüenza era algo que podía percibirse. Iba continuamente mirando por el rabillo del ojo, para ver si los hombres estaban contemplando las Letras de culpabilidad que sentía grabadas ardientemente en su frente.

A veces miraba a los soldados heridos con envidia. Le parecía que las personas con cuerpos lacerados debían ser peculiarmente felices. Deseaba que él también hubiera podido ostentar una herida, un rojo emblema del valor.

El soldado espectral estaba a su lado, como un reproche majestuoso. Los ojos del hombre estaban clavados, con una mirada fija, en lo desconocido. Su cara gris, trágica, había atraído la atención de la muchedumbre, y los hombres, adaptándose a la lentitud de su terrible paso, andaban con él. Iban discutiendo su situación, preguntándole y dándole consejos. El los rechazaba de manera obstinada, indicándoles que siguieran adelante y lo dejaran solo. Las sombras se hacían más profundas en su cara y los labios apretados parecían contener el gemido de intensa desesperación. Podía verse una cierta rigidez en los movimientos de su cuerpo, como si tuviera un infinito cuidado en no despertar la pasión de sus heridas. Al continuar hacia adelante parecía siempre ir buscando un lugar determinado, como el que va a escoger un sepulcro.

Algo en el gesto del hombre al pedir que se alejaran los soldados sangrantes y compasivos hizo que el muchacho se irguiera como si le hubieran mordido. Gritó con horror. Tropezando en su carrera hacia adelante, puso una mano temblorosa sobre el brazo del hombre. Cuando éste volvió lentamente sus rasgos cerúleos hacia él, el muchacho gritó:

—¡Dios! ¡Jim Conklin!

El soldado alto le dirigió una pequeña y trivial sonrisa.

—Hola, Henry —le dijo.

El muchacho vaciló sobre sus piernas y sus ojos brillaron extrañamente. Balbuceó y tartamudeó:

—¡Oh, Jim!... ¡Oh, Jim!... ¡Oh, Jim!...

El soldado alto extendió su mano ensangrentada. Había en ella una curiosa combinación roja y negra de sangre nueva y sangre seca.

—¿Dónde estuviste, Henry? —preguntó—. Creí que tal vez te habrían matado. Hubo un fregado de mil demonios hoy. Me tuvo preocupado.

El muchacho seguía lamentándose:

—¡Oh, Jim!... ¡Oh, Jim!... ¡Oh, Jim!...

—Sabes —dijo el soldado alto—, yo estuve allí —hizo un gesto cuidadoso—, y Señor, ¡qué baile! Y, ¡centellas!, me hirieron. Me hirieron... Sí, ¡centellas!, me hirieron —repitió de un modo asombrado, como si no pudiera entender cómo había sucedido.

El muchacho tendió sus brazos ansiosamente para ayudarlo, pero el soldado alto siguió firmemente adelante, como si le empujaran. Desde la llegada del muchacho como guardián de su amigo, los otros hombres heridos habían dejado de mostrar mucho interés. Estaban ocupados de nuevo en arrastrar sus propias tragedias hacia la retaguardia.

De repente, mientras los dos amigos marchaban hacia adelante, el soldado alto pareció ser vencido por el terror. Su cara diríase que se tornaba como de engrudo gris. Agarró el brazo del muchacho y miró a su alrededor, como si temiera que le oyeran. Luego empezó a hablar en un susurro tembloroso.

—Voy a decirte lo que me horroriza, Henry..., voy a decirte lo que me horroriza. Me da miedo caerme... y, entonces, sabes..., estos condenados vagones de artillería... son capaces de pasarme por encima. Esto es lo que me horroriza...

El muchacho le gritó histéricamente:

—¡Yo me cuidaré de ti, Jim! ¡Yo me cuidaré de ti! ¡Te juro por Dios que lo haré!

—Seguro..., ¿lo harás, Henry? —rogó el soldado alto.

—Sí..., sí...; te lo digo..., ¡me cuidaré de ti, Jim! —reiteró el muchacho. No podía hablar bien a causa de los sollozos que tenía en la garganta.

Pero el soldado alto siguió rogando en voz baja. Ahora colgaba infantilmente del brazo del muchacho. Sus ojos rodaban en la locura de su terror.

—Siempre fui un buen amigo para ti, ¿no es verdad, Henry? Siempre fui bastante buen rapaz, ¿verdad? Y no es mucho pedir, ¿verdad? ¡Sólo échame hacia fuera de la carretera! Yo lo haría por ti, ¿no es verdad, Henry?

Se paró con lastimera ansiedad, esperando la respuesta de su amigo.

La angustia del muchacho había alcanzado un punto en que los sollozos contenidos quemaban su garganta. Trató de expresar su lealtad, pero no logró más que hacer gestos fantásticos. Sin embargo, el soldado alto pareció repentinamente olvidar todos aquellos miedos. Volvió a ser una vez más el espectro severo y majestuoso de un soldado. Siguió adelante con pétrea rigidez. El muchacho deseaba que su amigo se apoyara en él, pero el otro siempre sacudía la cabeza y protestaba de modo extraño:

—No..., no..., no... Déjame..., déjame...

Tenía la mirada fija de nuevo en lo desconocido. Se movía con propósito misterioso y apartó a un lado todos los ofrecimientos del muchacho:

—No..., no... Déjame..., déjame...

El muchacho tuvo que seguirle.

Al poco rato oyó éste una voz que le hablaba suavemente cerca del hombro. Volvióse y vio que pertenecía al soldado andrajoso.

—Sería mejor que lo apartaras de la carretera, compañero. Hay una batería que viene levantando chispas, y lo van a aplastar. Va a morir, de todos modos, en unos cinco minutos..., es fácil verlo. Es mejor que lo apartes de la carretera. ¿De dónde demonios saca las fuerzas?

—¡Dios lo sabe! —gritó el muchacho, sacudiendo las manos con desesperación.

Al cabo de un momento corrió hacia adelante y cogió al soldado por el brazo.

—¡Jim! ¡Jim! —le rogó—. ¡Ven conmigo!

El soldado alto trató débilmente de librarse de él.

—Eh... —dijo en tono vacío de expresión.

Miró al muchacho fijamente un momento. Al fin dijo, como si apenas lo comprendiera:

—¡Oh! ¿Al campo? ¡Oh!

Se encaminó a ciegas hacia la hierba.

El muchacho se volvió una vez a mirar a los jinetes, que chasqueaban los látigos, y a los traqueteantes cañones de la batería. Lo sacó de esta contemplación, con un sobresalto, una exclamación estridente del hombre andrajoso:

—¡Dios! ¡Ha echado a correr!

Volviendo la cabeza rápidamente, el muchacho vio a su amigo corriendo de modo tambaleante y tropezando hacia un pequeño matorral. Le pareció que le arrancaban el corazón al verle. Gimió con pena. El y el hombre andrajoso corrieron hacia aquél. Era una extraña carrera.

Cuando alcanzó al soldado alto, empezó a rogarle con todas las palabras que pudo hallar:

—Jim..., Jim..., ¿qué estás haciendo?... ¿Por qué haces esto?... Vas a hacerte mucho daño...

En la cara del soldado alto había la misma intensidad de propósito. Protestó de modo maquinal, manteniendo los ojos fijos en el lugar místico de sus designios.

—No..., no..., no me toques... Déjame..., déjame...

El muchacho, paralizado y lleno de asombro, parado ante el soldado alto, empezó a preguntarle temblorosamente:

—Pero ¿dónde vas, Jim? ¿En qué estás pensando?

¿Dónde vas? Dímelo, ¿quieres, Jim?

El soldado alto se volvió, como para encararse a incansables perseguidores. Había en sus ojos una inmensa súplica.

—Déjame, ¿no puedes dejarme? Déjame en paz un minuto.

El muchacho retrocedió.

—¡Cómo, Jim! —dijo, de modo absorto—. ¿Qué te pasa?

El soldado alto dio la vuelta y, tambaleándose peligrosamente, continuó adelante. El muchacho y el soldado andrajoso le siguieron, cabizbajos, como si les hubieran apaleado, sintiéndose incapaces de encararse con el herido, si éste volvía a enfrentarse con ellos.

Empezaron a pensar que se hallaban ante una solemne ceremonia. Había algo ritual en esos movimientos del soldado sentenciado. Y había en él algo que le hacía parecer una persona consagrada a una enajenada religión que chupa la sangre, desgarrar los músculos, aplasta los huesos. Estaban aterrados, temerosos. Se mantenían atrás, como por miedo a que él pudiera tener, con sólo pedirlo, un terrible instrumento de castigo.

Al fin lo vieron detenerse y permanecer inmóvil. Apresurándose, se dieron cuenta de que tenía en la cara una expresión que les decía que, por fin, había hallado el lugar por el cual se había esforzado. Su figura delgada estaba erguida; sus manos ensangrentadas permanecían inmóviles en su costado. Esperaba con paciencia algo con lo cual había venido a encontrarse. Se hallaba en el lugar de la cita. Ellos se pararon también y se quedaron quietos, expectantes.

Hubo un silencio.

Finalmente, el pecho del soldado sentenciado empezó a jadear con forzados movimientos. Estos fueron aumentando en violencia hasta que era como si un animal se hallara dentro de él y estuviera golpeando furiosamente para liberarse.

Este espectáculo de estrangulación gradual hizo estremecerse al muchacho, y una vez, cuando su amigo levantó los ojos, vio algo en ellos que le hizo caer gimiendo en el suelo. Elevó la voz en una última llamada suprema:

—Jim..., Jim..., Jim...

El soldado alto abrió los ojos y habló, haciendo un gesto:

—Déjame..., no me toques..., déjame... Hubo otro silencio mientras esperaba.

De repente su cuerpo se puso rígido y se irguió. Luego fue sacudido por un prolongado temblor. Miró fijamente al espacio. Para los dos observadores, había una dignidad profunda y curiosa en las líneas firmes de su cara terrible.

Iba invadiéndole una especie de serpenteante enajenamiento que lo envolvía. Por un instante el temblor de sus piernas le hizo bailar como al son de un odioso caramillo. Sus brazos se agitaron locamente sobre su cabeza con expresión de inefable entusiasmo. Su alta figura se irguió en toda su magnitud. Hubo un leve sonido de algo que se desgarraba. Luego, empezó a deslizarse hacia adelante, lento y erguido, como se desploma un árbol. Una rápida contracción muscular hizo que el hombro izquierdo tocara primero el suelo.

El cuerpo pareció rebotar levemente en la tierra.

—¡Dios! —exclamó el soldado andrajoso.

El muchacho había observado, hechizado, esta ceremonia en el lugar de la cita. Su cara se había contraído con la expresión de cada una de las agonías que había imaginado para su amigo.

Se irguió ahora sobre sus pies y, acercándose, miró la cara que parecía de engrudo. Tenía la boca abierta y asomaban los dientes en una sonrisa.

Al separarse del cuerpo, la chaqueta azul dejó ver su costado y pudo verse que éste parecía haber sido furiosamente mordido por lobos.

El muchacho se volvió con súbita y lívida furia hacia el campo de batalla. Agitó el puño. Parecía estar a punto de lanzar una filípica.

—Maldito...

El rojo sol estaba pegado en el cielo como una oblea.

Capítulo 10

El hombre andrajoso permaneció pensativo.

—Bueno, era todo un tipo, valiente, ¿verdad? —dijo fríamente, en voz baja y lleno de respeto—. Todo un tipo.

Pensativamente movió con el pie una dócil mano.

—No puedo imaginar de dónde sacó las fuerzas. Nunca vi a un hombre hacer esto antes. Era algo extraño. Bueno, era todo un tipo.

El muchacho deseaba gritar su dolor. Se sentía lacerado, pero su lengua yacía muerta en la tumba de su boca. Se echó en el suelo y empezó a lamentarse.

El hombre andrajoso permaneció pensativo.

—Mira, compañero —dijo, después de un rato, mirando el cadáver mientras hablaba—. Se ha muerto, ¿verdad?, y es mejor que empecemos a pensar en nuestros propios huesos. Esto ya se acabó. El se ha marchado, ¿verdad? Y está bien aquí, en paz. Nadie va a molestarle. Y tengo que decirte que yo no disfruto precisamente de lo que podría llamarse muy buena salud estos días.

El muchacho, alarmado por el tono del soldado andrajoso, levantó rápidamente los ojos. Vio que aquél se balanceaba inseguramente sobre las piernas y que su cara había adquirido un tono azulado.

—¡Santo Dios! —gritó—. No vas a...; no, tú, también.

El hombre andrajoso agitó la mano.

—No es morir —dijo—. Todo lo que quiero es un poco de puré de guisantes y una buena cama. Un poco de puré de guisantes —repitió soñadoramente.

El muchacho se levantó del suelo.

—Me pregunto de dónde venía. Yo lo dejé allí —señaló—, y ahora lo encuentro aquí. Y, sin embargo, venía de allá —y apuntó en otra dirección.

—Bueno —dijo al fin el hombre andrajoso—, no sirve de nada quedarnos aquí y tratar de preguntarle.

El muchacho asintió con la cabeza, cansadamente. Ambos se volvieron para mirar por un momento el cadáver.

El muchacho murmuró algo.

—Bueno, era todo un tipo, ¿verdad? —dijo el hombre andrajoso, como respondiendo.

Ambos volvieron la espalda y empezaron a alejarse. Durante unos minutos anduvieron suavemente, de puntillas. Aquello permaneció riendo, sobre la hierba.

—Empiezo a sentirme bastante mal —dijo el hombre, rompiendo uno de sus pequeños silencios—. Empiezo a sentirme condenadamente mal.

El muchacho gimió:

—¡Oh, Dios!

Empezó a preguntarse si iba a sufrir la tortura de contemplar otro encuentro macabro.

Pero su compañero agitó la mano confiadamente.

—Oh, no me voy a morir aún. Hay demasiadas cosas que dependen de mí para morirme. ¡No, señor! No, morir no. ¡No puedo! Tendrías que ver la colección de chiquillos que tengo, y todos pequeños, así.

El muchacho, mirando a su compañero, pudo ver que se estaba burlando un poco de él.

Mientras seguían trabajosamente adelante, el soldado andrajoso continuó hablando.

—Además, si yo muriera, no lo haría del modo que lo hizo este chaval. Fue la cosa más extraordinaria. Yo me limitaría a desplomarme, seguro. Nunca vi a nadie morir como lo hizo este chico.

Sabes, Tom Jamison, que vive en la casa de al lado de la mía, es un buen chaval, de veras, y siempre hemos sido amigos. Es listo también. Listo como una centella. Bueno, cuando estábamos luchando esta tarde, de repente, empezó a despotricar, y a jurar, y a gritarme. «Te han herido, condenado demonio» (él reniega de una manera tremenda), me dijo... Yo me llevé la mano a la cabeza, y cuando me miré los dedos vi que era cierto, estaba herido. Di un grito y empecé a correr, pero, antes de que hubiera podido alejarme unos pasos, otro disparo me hirió en el brazo y me hizo dar una vuelta completa. Me asusté mientras todos estaban disparando tras de mí y corrí para escapar de todo, pero me cogieron bien. Se me ocurre pensar que aún estaría luchando si no hubiera sido por Tom Jamison.

Luego hizo una serena declaración:

—Tengo dos, pequeñitas, pero están empezando a divertirse conmigo. No creo que pueda andar mucho más.

Continuaron lentamente, en silencio.

—Tú parece estar bastante lastimado también —dijo al fin el hombre andrajoso—. Apostaría a que tienes una peor de lo que crees. Es mejor que te cuides la herida. No es bueno dejar pasar estas cosas. Puede ser interna y éstas juegan malas pasadas. ¿Dónde la tienes? —pero continuó su discurso sin esperar respuesta—. Vi un chaval que fue herido en el centro de la cabeza cuando mi regimiento se hallaba en descanso una vez. Y todo el mundo le gritó: «¿Te duele, John? ¿Te duele mucho?». «No», dijo él. Parecía más bien sorprendido y siguió diciéndoles cómo se encontraba. Dijo que no sentía nada. Pero ¡por los clavos de Cristo!, lo primero que el chaval supo es que estaba muerto. Sí, estaba muerto, muerto como una piedra. Así que ten cuidado. Puede ser que tengas una herida extraña. ¿Dónde te hirieron?

El muchacho había estado agitado desde la introducción de este tema. Ahora lanzó un grito de exasperación e hizo un furioso movimiento con la mano.

—¡Oh, déjame en paz! —gritó.

Se sentía furioso contra el hombre andrajoso y hubiera podido matarle. Sus compañeros parecían siempre actuar de modo intolerable. Siempre estaban despertando el fantasma de la vergüenza con el palo de su curiosidad. Se volvió hacia el hombre andrajoso como si le estuviera acosando.

—Ahora no me molestes —repitió con desesperada amenaza.

—Bueno, Dios sabe que no quiero molestar a nadie —dijo el otro.

Había un pequeño tono de desesperanza en su voz al continuar:

—Dios sabe que tengo bastante en mí mismo para preocuparme.

El muchacho, que había estado sosteniendo una amarga lucha consigo mismo y lanzando miradas de odio y desdén al hombre andrajoso, habló aquí con voz dura:

—¡Adiós! —dijo.

El hombre andrajoso lo miró, boquiabierto por el asombro.

—Pero..., pero, compañero, ¿dónde vas? —preguntó inseguramente.

El muchacho, al mirarlo, pudo ver que él también, como el otro, empezaba a actuar de modo obtuso e irracional. Sus pensamientos parecían vagar por su cabeza sin rumbo.

—Vamos..., vamos..., mira... esto... tú..., Tom..., Tom Jamison...; vamos..., no quiero..., esto no puede ser... ¿Dónde..., dónde vas?

El muchacho señaló vagamente:

—Allí —replicó.

—Bueno..., mira..., bueno... —dijo el hombre, divagando, estúpidamente.

Tenía la cabeza colgando sobre su pecho y las palabras surgían borrosas de sus labios.

—Esto no puede ser, Tom Jamison. No puede ser. Te conozco, tozudo como un demonio. Quieres irte por ahí con una herida grave. No puede ser... ahora..., Tom Jamison..., no puede ser. Tienes que dejarme que te cuide, Tom Jamison... No es... bueno..., no es... para ti... andar por ahí... con una herida grave..., no es... es..., no es bueno..., no es...

Por toda respuesta, el muchacho trepó sobre una valla y empezó a alejarse. Podía oír al hombre andrajoso balbuceando quejosamente.

Una vez se volvió airadamente.

—¿Qué?

Mira..., aquí... vamos, Tom Jamison..., vamos..., no es...

El muchacho siguió adelante. Volviéndose cuando estuvo algo lejos, vio al hombre andrajoso andando sin rumbo por los campos.

Pensó ahora que deseaba estar muerto. Creyó que envidiaba a todos aquellos hombres cuyos cuerpos yacían extendidos sobre la hierba de los campos y sobre las hojas caídas de los árboles en los bosques.

Las sencillas preguntas del hombre andrajoso habían sido como cuchilladas para él. Afirmaban la existencia de una sociedad que ahonda sin piedad en todos los secretos hasta que todo es evidente. La persistencia acentuada de su último compañero le hizo sentir que no podría mantener su crimen escondido en su pecho. Era seguro que saldría a la luz, llevado por una de esas flechas que oscurecen el aire y están constantemente pinchando, descubriendo, proclamando aquellas cosas que uno quiere que permanezcan escondidas para siempre. Se dijo que no podría defenderse contra esta fuerza. No había contra ella ningún válido poder de vigilancia.

Capítulo 11

Se dio cuenta de que el ruido de la forja de la batalla iba aumentando en intensidad. Grandes nubes pardas habían flotado hasta las quietas cimas de aire que se hallaban ante él. El ruido, también, se estaba acercando. Los bosques dejaban escapar hombres, y los campos, poco a poco, parecieron punteados.

Al dar la vuelta a un otero, vio que la carretera era ahora una masa estridente de vagones, equipos y hombres. De la pesada mezcla surgían exhortaciones, órdenes, imprecaciones. El miedo lo arrastraba todo. Los látigos crujientes mordían y los caballos se lanzaban y arrastraban. Los vagones con cubiertas blancas se esforzaban y tropezaban en sus intentos como gruesos corderos.

El muchacho se sintió en cierto modo confortado por esta escena. Todos estaban retirándose. Quizá, entonces, él no era tan malo, después de todo. Se sentó y observó a los vagones aterrorizados. Huían como animales blandos y sin gracia. Todos aquellos que rugían y agitaban el látigo le servían para ayudarlo a engrandecer el peligro y los horrores del encuentro, para que pudiera intentar probarse a sí mismo que aquello de lo cual los hombres podrían acusarle era, en verdad, un acto simétrico. Había una cierta cantidad de placer en contemplar la enloquecida marcha de esta justificación.

Al poco tiempo, la cabeza serena de una columna de infantería que avanzaba apareció en la carretera. Avanzaba rápidamente. El tratar de evitar las obstrucciones le daba los sinuosos movimientos de una serpiente. Los hombres que iban en cabeza golpeaban a las mulas con las culatas de los fusiles. Azuzaban a los caballos del equipo indiferentes a todos los gritos. Se abrieron camino a través de la densa masa a pura fuerza. La cabeza roma de la columna empujaba. Los rabiosos conductores de los caballos lanzaban extraños juramentos.

Las órdenes de abrir paso tenían un eco de gran importancia. Los hombres avanzaban hacia el corazón del estruendo. Iban a enfrentarse con el ávido ataque del enemigo. Sentían el orgullo de un movimiento de avance cuando el resto del ejército parecía tratar de deslizarse carretera abajo. Empujaban a los equipos a su paso con un noble sentimiento de que nada valía la pena mientras su columna llegara al frente a tiempo. Esta importancia daba a sus caras un aire austero y grave. Y las espaldas de los oficiales se hallaban rígidas.

Mientras el muchacho los miraba, el peso negro de su desolación volvió a caer sobre él. Sintió que estaba observando una procesión de seres escogidos. La separación era tan grande para él como si hubieran marchado con armas hechas de llamas y banderas de rayos de sol. Nunca podría ser como ellos. Lleno de añoranza, hubiera podido llorar.

Rebuscó en su mente para hallar una maldición adecuada a la causa indefinida,

aquello sobre lo cual los hombres hacen recaer las palabras de la culpa final. Aquello, fuera lo que fuera, era responsable por él, se dijo. Aquello tenía la culpa.

La prisa de la columna para llegar a la batalla le parecía al desolado muchacho que era algo mucho más noble que luchar obstinadamente. Los héroes, pensó, podrían hallar excusas en aquel largo e hirviente sendero. Podrían retirarse con perfecta dignidad y excusarse con las estrellas.

Se preguntó qué cosa habrían comido aquellos hombres para tener tanta prisa en forzar su camino hacia severas probabilidades de muerte. Mientras observaba, su envidia creció hasta que pensó que le gustaría cambiar su vida por la de uno de ellos. Le hubiera gustado poder usar una fuerza tremenda, se dijo, poder salir de sí mismo y hacerse otro, mejor. Rápidas imágenes de sí mismo, aparte de él, y, sin embargo, de él, se le aparecieron; una desesperada figura azul dirigiendo violentas cargas con una rodilla adelantada y la espada rota en alto; una figura azul y determinada, de pie ante un asalto rojo y acero, muriendo serenamente en un lugar elevado ante los ojos de todos. Pensó en el patetismo magnífico de su cuerpo muerto.

Estos pensamientos le elevaron. Sintió el temblor del deseo de guerra. En los oídos sentía el repicar de la victoria. Conoció el frenesí de una rápida carga triunfal; la música de los pies en marcha, las voces agudas, las armas entrechocantes de la columna que pasaba cerca de él le hicieron elevarse en las rojas alas de la guerra. Por unos momentos se sintió sublime.

Pensó que estaba a punto de dirigirse al frente. En realidad, vio una imagen de sí mismo, lleno de polvo, macilento, jadeando, volando hacia el frente en el momento oportuno para agarrar y estrangular a la bruja oscura y maliciosa de la catástrofe.

Entonces las dificultades que había en ello empezaron a llevarle hacia atrás. Vaciló, balanceándose torpemente sobre una pierna.

No tenía fusil; no podía luchar con las manos, dijo a sus planes con resentimiento. Bueno, fusiles podían obtenerse con sólo recogerlos. Eran extraordinariamente abundantes.

Además, continuó, iba a ser un milagro poder encontrar a su regimiento. Bueno, podía luchar con cualquier otro.

Empezó a adelantar lentamente. Colocaba los pies como si esperara caminar sobre algo explosivo. La lucha se desarrollaba entre él y sus dudas.

Iba a ser un verdadero gusano si alguno de sus camaradas le veía volver así, con los signos de su huida sobre él. A esto se respondió que los esforzados luchadores no se preocupaban por lo que sucedía en la retaguardia a no ser que aparecieran por allí bayonetas hostiles. En la confusión de la batalla, su cara iba a estar, en cierto modo, oculta, como la cara de un encapuchado.

Pero entonces, se dijo, era seguro que su infatigable destino atraería a un hombre que le pediría explicaciones tan pronto como la lucha cesara por unos instantes.

Sintió en su imaginación el escrutinio de sus compañeros, mientras él elaboraba penosamente algunas mentiras.

Finalmente, su valor se agotó con estas objeciones. Los debates prolongados apagaron su ardor.

No se sintió desalentado, sin embargo, por esta derrota de sus planes, porque al estudiar cuidadosamente el asunto no pudo por menos de admitir que las objeciones eran formidables.

Además, empezó a experimentar molestias variadas. Con ellas presentes, no podía persistir en su elevado vuelo con alas belicosas; le hacían prácticamente incapaz de verse bajo una luz heroica; tambaleándose, vaciló.

Descubrió que tenía una sed ardiente. Tenía la cara tan seca y tiznada, que creyó que podía oír crujir su piel. Cada uno de los huesos de su cuerpo le dolía y parecía amenazar con romperse a cada movimiento. Sus pies los sentía como llenos de llagas; su cuerpo le pedía alimento. Esto era algo más poderoso que una sensación directa de hambre; era como si algo obtuso, pesado, gravitara sobre su estómago y, cuando trataba de andar, la cabeza le daba vueltas y vacilaba. No podía ver con claridad. Ante su vista flotaban pequeños fragmentos de niebla verde.

Mientras se había sentido agitado por tantas emociones, no se había dado cuenta de todas estas molestias; ahora le atacaban y surgían con clamor y, al final, se vio obligado a prestarles atención, y con ello, su capacidad para autoodiarse se multiplicó. Desesperado, se dijo que él no era como todos aquellos otros; era un estúpido cobarde; admitió que era imposible que llegara a convertirse alguna vez en héroe. Aquellas imágenes de gloria eran algo lastimoso. Gimió desde lo más profundo de su corazón y marchó tambaleándose.

Una cierta tendencia en su interior, parecida a la que debe sentir la mariposa atraída por la llama, le mantenía en las cercanías de la batalla. Tenía un enorme deseo de ver y de saber. Quería enterarse de quién era el vencedor.

Se dijo a sí mismo que, a pesar de sus sufrimientos sin precedentes, jamás había perdido sus ansias de victoria; sin embargo, añadió para sí, como excusándose con su conciencia, no podía dejar de reconocer que una derrota del ejército en este momento podría significar muchas cosas favorables para él. Los golpes del enemigo astillarían los regimientos, convirtiéndolos en fragmentos; como consecuencia, muchos hombres de valor, pensó, se verían obligados a desertar de la bandera y a escurrirse como conejos. El no sería más que uno de tantos. Todos serían hermanos entristecidos en la desgracia, y él podía llegar a creer fácilmente que no había corrido ni más lejos ni más rápidamente que los demás. Y si él mismo podía creer en su virtuosa perfección, imaginaba que habría poco trabajo en convencer al resto de los hombres.

Como una excusa por esta esperanza, se dijo que previamente el ejército había

sufrido grandes derrotas y, en pocos meses, se había librado de toda la sangre y todo el recuerdo de ellas, surgiendo otra vez tan brillante y valeroso como si volviera a empezar de nuevo, apartando de sus ojos toda huella de desastre y apareciendo con el valor y la confianza de legiones invictas. Las voces penetrantes de la gente, en sus hogares, sonarían desanimadamente durante un cierto tiempo, pero varios generales se veían habitualmente obligados a escuchar tales cantinelas. El, desde luego, no sentía ningún remordimiento al proponerse a un general como víctima propiciatoria. No podía saber de antemano quiénes serían los elegidos para recibir todas las mordaces críticas; por tanto, no podía centrar ninguna simpatía directamente en ellos. La gente se hallaba lejos y él no creía que la opinión pública, a la larga y en conjunto, fuera acertada. Era muy probable que dieran con un hombre en el cual se equivocaran totalmente, y éste, una vez recobrado de su asombro, probablemente pasaría el resto de sus días escribiendo respuestas a las denuncias de su supuesto fracaso. Sería muy triste, desde luego, pero en este caso un general no tenía la menor importancia para el muchacho.

En una derrota habría una elaborada justificación de sí mismo. Pensó que, en cierto modo, probaría que él había huido de antemano a causa de sus poderes superiores de percepción. Un profeta verídico, al predecir una inundación, debería ser el primero de los hombres en subirse a un árbol. Esto demostraría que él era, en realidad, un vidente.

Una justificación moral era considerada por el muchacho una cosa muy importante. Sin su auxilio, pensó, no podría ostentar el doloroso emblema de su deshonor durante toda su vida. Mientras su corazón le siguiera asegurando continuamente que era despreciable, no podría existir sin que esto se hiciera patente a todos los hombres por medio de sus propias acciones.

Si el ejército hubiera continuado gloriosamente adelante, él estaría perdido. Si el estruendo significaba ahora que las banderas de su gente se inclinaban hacia adelante, él era un miserable condenado. Se vería obligado a sentenciarse a sí mismo al aislamiento; si los hombres avanzaban, iban aplastando con pies indiferentes todas las posibilidades que él tenía de llevar una vida venturosa.

Al mismo tiempo que estos pensamientos pasaban rápidamente a través de su mente, se volvía contra ellos y trataba de alejarlos. Se apostrofaba a sí mismo, llamándose villano; se decía que él era el hombre más indeciblemente egoísta que pudiera hallarse. Su mente dibujaba los soldados que colocarían sus cuerpos desafiantes ante la lanza del enemigo, que atacaba lanzando alaridos, y mientras veía sus cuerpos cayendo en un campo imaginario, se dijo que él era un asesino.

De nuevo pensó que deseaba estar muerto. Creyó que envidiaba a un cadáver. Pensando en los que habían caído, sintió una especie de enorme desprecio hacia alguno de ellos, como si fueran culpables de haber quedado privados de vida. Podía

ser que los hubieran matado casualidades afortunadas, se dijo, antes de tener ocasión de huir o antes de que realmente se les hubiera puesto a prueba. Y, sin embargo, recibirían los laureles de la tradición. Amargamente se aseguró que sus coronas eran robadas y sus envolturas de memorias gloriosas eran imitaciones. Sin embargo, se repitió otra vez que era una gran lástima que él no se hallara entre ellos.

Una derrota del ejército se le había ocurrido como un medio de escape de las consecuencias de su caída. Ahora, sin embargo, consideraba que era inútil pensar en tal posibilidad. Sus convicciones previas le habían enseñado que el triunfo era algo completamente cierto para aquella poderosa máquina azul; que ésta iba a fabricar victorias del mismo modo que otra máquina hace botones. Al momento desechó todas sus especulaciones hacia cualquier otra dirección. Volvió a la fe compartida por todos los soldados.

Cuando de nuevo se convenció de que el ejército no era posible que fuera derrotado, trató de inventar una hermosa excusa para llevar a su regimiento y poder, con ella, desviar los dardos de desprecio que esperaba.

Pero como temía enormemente estos ataques, le fue imposible pensar en una excusa en la que pudiera tener plena confianza. Trató de preparar varios esquemas, pero los desechó uno a uno por faltarles base. Podía ver instantáneamente los puntos vulnerables de todos ellos.

Además tenía mucho miedo de que alguno de aquellos dardos desdeñosos le dejara mentalmente indefenso antes de haber podido fabricarse la protección necesaria con sus palabras.

Se imaginó a todo el regimiento diciendo:

—¿Dónde está Henry Fleming? ¿Escapó, verdad? ¡Vaya, vaya!

Recordó a varios entre ellos que era seguro que no le dejarían en paz. Indudablemente le preguntarían con burla y se reirían ante su vacilante tartamudear. En el siguiente combate tratarían de vigilarlo para descubrir cuándo echaría a correr de nuevo.

En el campamento, fuera a donde fuera, encontraría miradas insolentes y obstinadamente crueles. Al imaginarse a sí mismo pasando junto a un grupo de sus camaradas, podía oír perfectamente que uno de ellos diría:

—¡Ahí va ése!

Y entonces, como si todas las cabezas fueran movidas por un solo músculo, todas las caras se volverían hacia él con anchas y burlonas sonrisas. Le parecía que podía oír las observaciones que cada uno haría en voz baja, humorísticamente. Al oírlas, los otros se reunirían, riéndose, al que había hablado. Iba a ser la comidilla del regimiento.

Capítulo 12

Se hallaba apenas fuera de la vista del muchacho la columna que había empujado fuera de su paso, obstinadamente, todos los obstáculos de la carretera, cuando aquél vio un oscuro oleaje de hombres que salían, arrasándolo todo, de los bosques y descendían a los campos. Supo al instante que las fibras de acero habían sido arrancadas de sus corazones. Salían estallando de sus chaquetas y de sus equipos como si escaparan de trampas. Cargaban sobre él como búfalos aterrorizados.

Detrás de ellos, el humo azul se curvaba y oscurecía las cimas de los árboles, y a través de los matorrales podía ver a veces un brillo rosado a distancia. Las voces del cañón resonaban en un coro interminable.

El muchacho se hallaba paralizado por el horror. Miraba fijamente, lleno de agonía y asombro. Se olvidó de que se hallaba ocupado combatiendo el universo. Arrojó a un lado sus folletos mentales sobre la filosofía de los que se retiran y sus reglas para guía de los condenados.

La lucha se había perdido. Los dragones avanzaban con pasos invencibles y continuos. El ejército, sin fuerzas en los espesos matorrales y cegado por la noche inminente, iba a ser devorado. La guerra, aquella bestia roja; la guerra, aquel dios henchido de sangre, iba a saciarse hasta hartarse.

Algo en su interior le obligó a gritar. Sintió el impulso de pronunciar un discurso de aliento, de cantar un himno de batalla, pero sólo pudo lograr que su voz preguntara al aire:

—Pero..., pero..., ¿qué... qué sucede?

Pronto se halló en medio de ellos. Saltaban y se desparramaban a su alrededor. Sus caras cenicientas brillaban en el crepúsculo. Parecían ser, la mayor parte de ellos, hombres muy corpulentos. El muchacho se volvía de uno a otro mientras pasaban por su lado como caballos al galope. Sus preguntas incoherentes se perdían; no prestaban la menor atención a sus llamadas. No parecían verlo.

A veces charloteaban enloquecidamente. Un hombre corpulento iba preguntándole al cielo:

—Dime, ¿dónde está la carretera de Plank? ¿Dónde está la carretera de Plank?

Era como si hubiera perdido a un chiquillo. Sollozaba de dolor y angustia.

Poco después había hombres corriendo de aquí para allá, en todas direcciones. La artillería resonaba por delante, por detrás y a ambos lados y destrozaba toda idea de dirección. Los mojones del camino habían desaparecido en la creciente oscuridad. El muchacho empezó a imaginar que había llegado al centro de la tremenda lucha y no podía ver la manera de salir de ella. De los labios de los hombres que huían surgían mil preguntas enloquecidas, pero nadie daba respuesta alguna.

El muchacho, después de correr de aquí para allá y de lanzar preguntas a los grupos enajenados de infantería en retirada, agarró finalmente a uno de los hombres por el brazo. Ambos dieron la vuelta y se miraron.

—¿Por qué..., por qué...? —tartamudeó, luchando con su rebelde lengua.

El hombre gritó:

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Tenía la cara lívida y sus ojos se movían incontrolados. Jadeaba y se ahogaba. Llevaba aún el fusil apretado en su mano, quizá por haber olvidado soltarlo. Dio unos frenéticos tirones, y el muchacho, obligado a inclinarse hacia adelante, fue arrastrado varios pasos.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

—¿Por qué..., por qué...? —tartamudeó de nuevo el muchacho.

—¡Toma, entonces! —gritó el hombre, poseído de violenta rabia.

Y hábil y fuertemente blandió el fusil, que cayó con fuerza sobre la cabeza del muchacho. El hombre escapó corriendo.

Los dedos del joven parecían haberse convertido en pasta sobre el brazo del otro. La energía desapareció de sus músculos. Vio las alas llameantes de un relámpago pasar ante su vista y había un retumbar ensordecedor del trueno dentro de su cabeza.

De repente, sus piernas parecieron perder toda su fuerza y cayó, retorciéndose, al suelo. Trató de levantarse. En sus esfuerzos contra el dolor que le avasallaba parecía un hombre luchando con una criatura aérea.

Era una lucha siniestra.

A veces alcanzaba una posición casi erguida, luchaba con el aire durante unos momentos y luego caía de nuevo, cogiéndose a la hierba. Su cara tenía una palidez cerúlea. Hondos gemidos surgían de su interior.

Al fin, con un retorcido movimiento, logró sostenerse sobre sus manos y sus rodillas, y como un bebé trató de andar sobre sus pies. Apretándose las manos contra las sienes, avanzó a sacudidas por la hierba.

Trabó una intensa batalla con su cuerpo. Sus sentidos embotados le instaban a desmayarse, y él se oponía obstinadamente, mientras su mente imaginaba peligros y mutilaciones desconocidas si caía sobre el terreno. Avanzó tal como lo había hecho el soldado alto. Imaginó lugares retirados donde podía caer y quedarse sin sufrir molestias. Para buscar uno de ellos, luchó contra la marea de dolor que le inundaba.

Una vez se llevó la mano a la parte superior de la cabeza y se tocó tímidamente la herida. El dolor punzante que el contacto le produjo le hizo sorber el aire entre los dientes apretados. Tenía los dedos manchados de sangre y los miró fijamente.

A su alrededor podía oír el gruñido de los cañones que avanzaban dando sacudidas, mientras los caballos veloces eran llevados hacia el frente a latigazos. Una vez un joven oficial, sobre un corcel lleno de barro, casi lo atropelló. Se volvió y

observó la masa de armas, hombres y caballos que avanzaban, formando una amplia curva, hacia una brecha en la empalizada. El oficial hacía gestos excitados con una mano enguantada; los cañones seguían a los equipos con aspecto de protesta, como si los arrastraran por los talones.

Algunos oficiales de la desparramada infantería renegaban y maldecían como carreteros. Sus voces increpantes podían oírse por encima del estruendo. Hacia aquel indecible revoltijo de la carretera avanzó un escuadrón de caballería. El amarillo apagado de sus charreteras brillaba valerosamente. Hubo un poderoso altercado.

La artillería se estaba reuniendo como para conferenciar.

La niebla azulada del crepúsculo se había posado sobre el campo. Las líneas del bosque eran largas sombras purpúreas. Una nube yacía sobre el cielo, al oeste, oscureciendo parcialmente su rojo color.

Cuando el muchacho dejó la escena tras de sí, oyó que los cañones, de repente, rugían. Los imaginó sacudidos por una oscura cólera poderosa. Estaban aullando y eructando como demonios de bronce que vigilan una entrada. El aire suave estaba saturado de la tremenda baraúnda. Con ello llegó el desgarrador repiqueteo de la infantería enemiga. Volviéndose a mirar tras de sí, pudo ver láminas de luz naranja iluminando la distancia sombría. Había sutiles y repentinos relámpagos en el aire lejano. A veces creyó que podía ver pesadas masas de hombres.

Se apresuró en el crepúsculo. El día se había desvanecido hasta que apenas podía distinguir el lugar donde poner los pies. La oscuridad purpúrea se hallaba llena de hombres que peroraban e insultaban. A veces podía verlos gesticulando contra el cielo azul y sombrío. Parecía haber un enorme montón de hombres y municiones esparcidos en el bosque y en los campos.

Ahora la pequeña y estrecha carretera yacía sin vida. Había vagones volcados como cuencos que se han dejado secar al sol. El lecho de un antiguo torrente estaba repleto de cuerpos de caballos y partes astilladas de máquinas de guerra.

En este momento su herida sólo le dolía un poco. Tenía miedo de moverse rápidamente, sin embargo, por miedo a despertarla. Mantenía la cabeza muy quieta y tomó muchas precauciones para no tropezar. Se sentía lleno de ansiedad, y su cara se hallaba contraída y tensa en la anticipación del dolor que podía traerle un súbito error de sus pies en la penumbra.

Sus pensamientos, mientras andaba, se hallaban preocupadamente fijos en su herida. Sentía, alrededor de ella, una sensación fría y líquida, y se imaginaba la sangre descendiendo lentamente bajo su cabello. Su cabeza parecía haber aumentado hasta adquirir un tamaño que le hacía pensar que su cuello era inadecuado.

El nuevo silencio de su herida le causaba gran preocupación. Las pequeñas voces hirientes del dolor que habían gritado desde su cabeza eran, pensó, explícitas en su expresión de peligro. Creía que podía medir su estado por ellas. Pero, cuando se

quedaron fatalmente silenciosas, se sintió empavorecido e imaginó que unos dedos terribles estaban apretados dentro de su cerebro.

En medio de esto empezó a reflexionar sobre varios incidentes y condiciones del pasado. Recordó ciertas comidas que su madre había preparado en su casa, en las cuales los platos que a él le gustaban más particularmente habían tenido un lugar preponderante. Vio la mesa puesta, las paredes de pino de la cocina brillando a la luz cálida del fogón. Recordó también cómo él y sus compañeros solían ir desde la escuela a la orilla de una laguna bordeada de árboles. Sintió la caricia del agua fragante sobre su cuerpo. Las hojas de los arces que colgaban sobre la corriente susurraban melodiosamente en el viento del verano juvenil.

Al poco rato se sintió vencido por un cansancio que le abatía. Tenía la cabeza colgando sobre su pecho y los hombros inclinados, como si soportara sobre ellos un enorme peso. Iba arrastrando los pies por el suelo.

En su interior debatía continuamente si era mejor tenderse y dormir en cualquier lugar cercano o esforzarse por seguir adelante hasta haber alcanzado un refugio. Trataba continuamente de descartar el problema, pero su cuerpo persistía en rebelarse y sus sentidos le importunaban como niños mal criados.

En un momento dado oyó una voz que le hablaba cerca de su hombro:

—Pareces estar bastante mal, rapaz.

El muchacho no levantó los ojos, pero asintió con espesa lengua:

—Mmmm...

El poseedor de la voz jovial le tomó firmemente por el brazo.

—Bueno —dijo con risa sonora—, yo voy en tu misma dirección. Todo el grupo va en la misma dirección. Y creo que puedo llevarte.

Empezaron a andar como un hombre borracho y su amigo.

Mientras andaban, el hombre preguntaba al muchacho y le ayudaba en las respuestas, como uno manipula en la mente de un chiquillo. A veces interpolaba anécdotas.

—¿A qué regimiento perteneces? ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Al 304 de Nueva York? Pero ¿en qué cuerpo está eso? ¡Oh! ¿De veras? Bueno, creí que no habían entrado en fuego hoy... Están allá lejos, en el centro. Oh, entraron, ¿eh? Bueno, prácticamente, todo el mundo tuvo su parte en la lucha hoy. Por Dios, yo mismo me di por muerto un sinnúmero de veces. Había tiroteo por aquí y tiroteo por allá, y gritos por aquí y gritos por allá, en la condenada oscuridad, hasta que aunque me matasen no podía decir en qué lado estaba. A veces pensé que indudablemente yo sabía que venía de Ohier, pero otras hubiera podido jurar que procedía del más amargo y alejado extremo de Florida. Era la cosa más condenadamente mezclada que jamás he visto. Y todos estos bosques son también un completo enredo. Será un milagro si esta noche podemos encontrar nuestros regimientos. Muy pronto, sin embargo, encontraremos

suficientes guardias y centinelas y una cosa y otra. Oh, aquí traen a un oficial, me parece. Míralo cómo lleva la mano colgando. Te apuesto lo que quieras a que ya tiene toda la guerra que deseaba. No va a hablar tan alto sobre su reputación cuando vayan a cortarle la pierna, ¡pobre rapaz! Mi hermano lleva unas patillas exactas a las de él. ¿Cómo llegaste hasta aquí tú? Tu regimiento está muy lejos, ¿verdad? Bueno, me parece que podremos encontrarlo. Sabes, hoy mataron a un muchacho en mi compañía al que realmente quería. Jack era un gran rapaz. Por todos los demonios, me dolió en el alma ver caer así al viejo Jack. Estábamos de pie y en paz por unos momentos, aunque había hombres que corrían en todas direcciones a nuestro alrededor, y mientras estábamos así se acercó un tipo gordo y corpulento. Empezó a tirar del codo de Jack y a decirle: «Oye, ¿dónde está el camino que va al río?». Y Jack no le hizo el menor caso, y el tipo siguió tirándole del codo y diciéndole: «Dime dónde está el camino que va al río». Jack estaba mirando hacia adelante todo el tiempo, tratando de ver a los Johnnies que salían del bosque, y no hizo ningún caso de este tipo gordo durante mucho rato, pero al fin se volvió y le dijo: «¡Oh, vete al infierno y busca el camino que va al río!». Y justamente entonces un disparo le dio exactamente en la sien. Era sargento también. Éstas fueron sus últimas palabras. Demonio, me gustaría estar seguro de que encontraremos nuestros regimientos esta noche. Va a ser una larga búsqueda. Pero creo que lo lograremos.

Mientras escudriñaba los campos a su alrededor, le parecía al joven que el hombre de la voz cordial poseía una varita mágica. Pasaba rozando las zarzas del bosque enmarañado con extraña fortuna. Al encontrarse con guardias y patrullas desplegaba la agudeza de un detective y el valor de un astuto pilluelo callejero. Los obstáculos caían ante él y se convertían en ayuda. El muchacho, con la barbilla aún en el pecho, permanecía como atontado, mientras su compañero sacaba partido de todo aquello con lo que se enfrentaba.

El bosque parecía una inmensa colmena de hombres que andaban zumbando en círculos frenéticos, pero el hombre cordial llevó al muchacho, sin errores, hasta que al final empezó a reír entre dientes, con alegría y satisfacción, complacido.

—¡Ah, aquí estamos! ¿Ves aquella hoguera?

El muchacho asintió, estúpidamente.

—Bueno, pues ahí es donde está tu regimiento. Y ahora, adiós, rapaz, y buena suerte.

Una mano cálida y fuerte apretó los dedos lánguidos del muchacho por un instante, y luego le oyó silbar alegre y audazmente mientras se alejaba. Y cuando el que así le había amparado iba desapareciendo de su vida, se le ocurrió al muchacho que ni una sola vez le había visto la cara.^[13]

Capítulo 13

El muchacho se dirigió lentamente hacia la hoguera que le había indicado su amigo al marcharse. Mientras andaba vacilante, pensó en la bienvenida que sus camaradas iban a darle. Tenía la convicción de que pronto iba a sentir en su corazón lastimado los agudos dardos del ridículo. No tenía fuerzas para inventar excusa alguna; iba a ser una presa fácil.

Planeó vagamente marcharse hasta la más profunda oscuridad y ocultarse, pero todos sus planes fueron destruidos por las voces de cansancio y dolor de su cuerpo. Sus sufrimientos, gritando, le forzaban a buscar un lugar donde comer y descansar a cualquier precio.

Se volvió, vacilante, hacia la hoguera. Podía ver las figuras de los hombres que lanzaban negras sombras a la luz roja, y cuando se acercó supo, de algún modo, que el terreno estaba lleno de hombres dormidos.

De repente se le enfrentó una figura negra y monstruosa. El cañón de un fusil cogió algunos rayos centelleantes.

—¡Alto!, ¡alto!

Se desanimó por un instante, pero de repente creyó reconocer la voz nerviosa. Mientras permanecía inseguro ante el cañón del fusil, gritó:

—¡Cómo! Wilson, hola, tú..., ¿tú estás aquí?

El fusil bajó hasta una posición de alerta y el soldado jactancioso se adelantó lentamente. Miró de cerca la cara del muchacho.

—¿Eres tú, Henry?

—Sí, soy yo..., soy yo.

—Bueno, bueno, chaval —dijo el otro—, por Dios que me alegro de verte. Te di por perdido. Creí que estabas muerto, seguro.

Había una ronca emoción en su voz.

El muchacho descubrió que ahora apenas podía mantenerse sobre sus pies. Hubo un repentino fallo de sus fuerzas. Pensó que tenía que apresurarse a presentar su excusa para que le protegiera de los dardos que ya debían de hallarse en los labios de sus temibles camaradas. Por esto, tambaleándose ante el soldado jactancioso, empezó:

—Sí, sí..., he..., lo he pasado muy mal. He estado por todas partes. Allá lejos, a la derecha. Una terrible lucha allí. Lo pasé muy mal. Me encontré separado del regimiento. Allá, a la derecha, me hirieron. En la cabeza. Nunca vi lucha igual. Fue terrible. No sé cómo pude separarme del regimiento. Me hirieron también.

Su amigo había avanzado rápidamente.

—¿Qué? ¿Te hirieron? ¿Por qué no me lo has dicho al momento? Pobre viejo, tenemos que...; espera un minuto... ¿Qué estoy haciendo? Voy a llamar a Simpson.

Otra figura se elevó en la penumbra en aquel instante. Pudieron ver que era el cabo.

—¿Con quién hablas, Wilson? —preguntó con voz irritada—. ¿Con quién hablas? Eres el más condenado centinela... Vaya, hola, Henry, ¿tú aquí? ¡Vaya, te creí muerto hace cuatro horas! ¡Gran Jerusalén, cada diez minutos aparece uno! Al hacer un recuento, pensamos que habíamos perdido cuarenta y dos hombres, pero si siguen apareciendo así vamos a tener la compañía completa por la mañana. ¿Dónde estuviste?

—Allí, a la derecha. Me encontré separado... —empezó el muchacho con bastante ligereza.

Pero su amigo le interrumpió, apresuradamente:

—Sí, y le hirieron en la cabeza, y está mal, y tenemos que atenderle al momento.

Descansó el fusil en el hueco de su brazo izquierdo y colocó el brazo derecho alrededor del hombro del muchacho.

—¡Demonios, debe dolerte como un rayo!

El muchacho se apoyó pesadamente sobre su amigo.

—Sí, me duele..., me duele mucho —replicó con un fallo en la voz.

—¡Oh! —dijo el cabo. Enlazó su brazo con el del muchacho y le llevó hacia adelante—. Ven, Henry, yo me cuidaré de ti.

Mientras avanzaban juntos, el soldado jactancioso les gritó:

—Ponle a dormir en mi manta, Simpson... Y espera un minuto... Aquí está mi cantimplora. Está llena de café. Mírale la cabeza junto al fuego para ver cómo está. Quizá esté muy mal. Cuando me releven, en un par de minutos iré a verlo.

Los sentidos del muchacho se hallaban tan embotados, que la voz de su amigo sonaba muy a lo lejos y apenas podía sentir la presión del brazo del cabo. Se sometió pasivamente a la fuerza directora de este último. La cabeza le colgaba como antes sobre el pecho. Las rodillas se le doblaban.

El cabo lo llevó hasta el fuego del campamento.

—Ahora, Henry —le dijo—, déjame ver tu pobre cabeza.

El muchacho se sentó obedientemente y el cabo, dejando su fusil a un lado, empezó a buscar en el pelo enmarañado de su camarada. Se vio obligado a volverle la cabeza para que todo el brillo del fuego cayera sobre él. Frunció los labios con aire crítico, encanutándolos luego, y silbó entre dientes cuando sus dedos entraron en contacto con la sangre derramada y la herida abierta.

—Ah, aquí está —dijo, y torpemente siguió investigando—. Tal como lo pensé —añadió, al cabo de un momento—. Te ha rozado una bala. Te ha producido una extraña hinchazón, como si algún tipo te hubiera dado en la cabeza con una maza. Dejó de sangrar hace ya rato. Lo peor de esto es que por la mañana te parecerá que ni un sombrero de talla diez te serviría. Y la cabeza la sentirás ardiente y seca como

tocino quemado. Y quizá te den otros dolores de cabeza por la mañana. Uno nunca sabe. De todos modos, no lo creo. Es sólo un buen golpe en la cabeza, y nada más. Ahora siéntate aquí y no te muevas mientras voy a buscar el relevo. Luego te mandaré a Wilson para que se cuide de ti.

El cabo se alejó. El muchacho permaneció en el suelo como un paquete. Se quedó mirando al fuego con ojos vacíos.

Al cabo de poco rato sacudió a medias su estupor y las cosas empezaron a tomar forma a su alrededor. Vio que el terreno que se hallaba en la sombra más densa estaba lleno de hombres tendidos, en todas las posturas imaginables. Mirando atentamente hacia la oscuridad más distante, cogió de vez en cuando vislumbres de caras que surgían, pálidas y fantasmales, iluminadas con brillo fosforescente. Estas caras expresaban en sus líneas el hondo estupor de soldados agotados. Les daban el aspecto que podrían tener hombres completamente borrachos de vino, y toda esta parte del bosque podría parecer, a ojos de un paseante etéreo, como una escena resultado de alguna terrible orgía.

Al otro lado del fuego vio el muchacho a un oficial dormido, sentado con la erguida espalda apoyada contra un árbol. Había algo peligroso en su posición. Atormentado por sueños, quizá, se agitaba con repentinos y pequeños botes y sobresaltos, como un viejo abuelo sentado en un rincón de la chimenea después de haber bebido demasiado. Tenía en la cara polvo y manchas. La mandíbula inferior le colgaba como si le faltaran fuerzas para adoptar su posición normal. Era la imagen de un soldado exhausto después de un festín de guerra.

Evidentemente se había quedado dormido con la espada apoyada en sus brazos. Estos se habían dormido abrazándola, pero a la espada se le había permitido, más tarde, caer descuidada al suelo. La empuñadura montada en bronce estaba en contacto con el borde de la hoguera.

Dentro del brillo de color rosa y naranja de los troncos ardientes había otros soldados roncando y jadeando, o yaciendo como muertos en su sueño. Unos cuantos pares de piernas aparecían extendidos, rígidos y rectos. Las suelas mostraban el barro o el polvo de las marchas, y fragmentos circulares de pantalones que surgían de las mantas mostraban desgarrones y rotos procedentes de los apresurados deslizamientos a través de los espesos matorrales.

El fuego chisporroteaba musicalmente. De él se elevaba un humo ligero y, encima de él, el follaje se movía suavemente. Las hojas, con sus haces vueltos hacia la llama, eran tonalidades de plata de color movedizo, a menudo bordeadas en rojo. A lo lejos, hacia la derecha, a través de una abertura en el bosque, podía verse un puñado de estrellas posadas, como grava brillante, sobre la negra extensión de la noche.

De vez en cuando, en este vestíbulo de bajas arcadas, un soldado se despertaba para colocar su cuerpo en una nueva posición, después de haber llegado a la

conclusión, a través de la experiencia del sueño, de que el suelo que estaba bajo él se hallaba lleno de desniveles desagradables. O quizá se erguía hasta quedar sentado, parpadeaba al fuego durante un minuto de incompreensión, lanzaba una rápida mirada a su postrado compañero y luego se arrebuja de nuevo con un gruñido de soñolienta satisfacción.

El muchacho permaneció sentado, en lastimoso montón, hasta que su amigo, el joven soldado jactancioso, llegó, balanceando dos cantimploras en sus delgadas cuerdas.

—Vamos a ver, Henry, vamos a dejarte como nuevo en un minuto, chaval.

Tenía los modales ajetreados de un enfermero aficionado. Anduvo atareado en el fuego y avivó los troncos hasta que lanzaron brillantes rayos. Hizo beber a su paciente abundantemente de la cantimplora que contenía café. Para el muchacho fue un elixir delicioso. Incluyó la cabeza hacia atrás y mantuvo la cantimplora en sus labios por largo rato. La mezcla fría pasó acariciadoramente por su garganta reseca. Al acabar, suspiró con cómodo deleite.

El joven soldado jactancioso observaba a su camarada con aire de satisfacción. Después sacó un amplio pañuelo de su bolsillo, lo dobló a manera de venda y lo empapó en el centro con agua de la otra cantimplora. Ató este rudimentario vendaje sobre la cabeza del muchacho, sujetando los cabos en la nuca con un curioso nudo.

—Ea —dijo apartándose y contemplando su obra—, pareces un payaso, pero estoy seguro de que te sientes mejor.

El muchacho contempló a su amigo con ojos agradecidos. Sobre su cabeza doliente e hinchada, el lienzo frío era como la tierna mano de una mujer.

—Tú ni gritas ni dices nada —observó su amigo con aprobación—. Ya sé que tengo manos de herrero para cuidar de gente enferma, y sin embargo no has dicho ni pío. Eres un buen chaval, Henry. La mayoría de los hombres se hubieran ido al hospital hace rato. Un tiro en la cabeza no es cosa de broma.

El muchacho no replicó, pero empezó a manosear los botones de la chaqueta.

—Bueno, vamos. Ven aquí —continuó su amigo—, ven aquí; tengo que llevarte a tu cama y ver que puedas tener un buen descanso esta noche.

El otro se irguió cuidadosamente, y el joven soldado jactancioso lo llevó por entre las figuras dormidas que yacían en grupos y en hileras. Al poco rato se paró y cogió sus mantas. Extendió la de goma sobre el suelo y colocó la de lana sobre los hombros del muchacho.

—Toma —le dijo—, tiéndete y duerme.

El muchacho, con su aire de obediencia perruna, se colocó cuidadosamente en el suelo, inclinándose como un anciano. Estiró sus músculos con un murmullo de descanso y tranquilidad. El suelo le parecía la más blanda de las camas.

Pero de repente exclamó:

—Espera un minuto, ¿dónde vas a dormir tú?

Su amigo agitó impacientemente la mano.

—Aquí mismo, junto a ti.

Bueno, pero espera un minuto —continuó el muchacho—, ¿en qué vas a dormir tú? Yo tengo tus...

El joven soldado jactancioso gruñó:

—Cállate y duerme. No empieces a hacer el imbécil añadió, mirándole severamente.

Después de esta amonestación, el muchacho no dijo más. Una exquisita somnolencia se extendía por su cuerpo. El cálido abrigo de la manta lo envolvía y le producía una suave dejadez. Dejó caer la cabeza hacia adelante, sobre su brazo doblado, y sus pesados párpados le taparon los ojos. Al oír a lo lejos un estallido de fusiles, se preguntó indiferentemente si aquellos hombres dormían alguna vez. Lanzó un hondo suspiro, se arrebujó en su manta y al cabo de un momento estaba como sus camaradas.

Capítulo 14

Cuando el muchacho despertó, tuvo la sensación de que había dormido durante mil años, y se sintió seguro de que abría los ojos a un mundo inesperado. Las nieblas grises flotaban lentamente entre los primeros esfuerzos de los rayos del sol. Al este podía verse en el cielo un incipiente esplendor. Un rocío helado le había enfriado la cara, e inmediatamente después de despertarse se hundió más profundamente en las mantas. Miró fijamente unos momentos las hojas que estaban encima de él, moviéndose al viento, heraldo del día.

La distancia estaba estallando y resonando con el ruido de la lucha. Había en este ruido una expresión de persistencia mortal, como si nunca hubiera empezado y nunca fuera a acabar.

Cerca de él había filas y grupos de hombres a los que apenas había visto la noche anterior. Estaban apurando su último trago de sueño antes de despertar. Los rasgos afilados, macilentos, y las figuras polvorientas eran evidentes en esta extraña luz del amanecer, pero ésta teñía también la piel de los hombres con tonalidades de cadáver y hacía que las mezcladas extremidades aparecieran sin pulso y muertas. El muchacho se sobresaltó con una sorda exclamación cuando sus ojos se posaron por primera vez sobre esta masa inmóvil de hombres, apretadamente esparcidos sobre el terreno, pálidos y con extrañas posturas. Creyó por un instante que se hallaba en la casa de los muertos, y no se atrevió a moverse por miedo a que los cadáveres se irguieran, graznando y chillando. Al cabo de un momento, sin embargo, su mente volvió a la normalidad. Se dirigió a sí mismo una complicada imprecación. Vio que este cuadro sombrío no era un hecho del presente, sino una mera profecía.

Oyó entonces el ruido de la hoguera chisporroteando vivamente en el frío ambiente y, volviendo la cabeza, vio a su amigo que se afanaba junto a una pequeña llama. Unas cuantas figuras más se movían en la niebla y oyó el duro chasquido de los hachazos.

De repente se oyó un hueco sonar de tambores. Una corneta lejana cantó débilmente. Sonidos similares, de intensidad variable, llegaban del bosque, de puntos cercanos y alejados. Las cornetas se llamaban unas a otras como atrevidos gallos de pelea. Retumbó el trueno cercano de los tambores del regimiento.

El cuerpo de hombres en los bosques se agitó. Hubo un levantamiento general de cabezas. Un murmullo de voces se rompió en el aire. Había en él el contrabajo de los reniegos refunfuñantes y se apostrofaba a extraños dioses condenando las tempranas horas necesarias para una guerra regulada. El tenor sonó perentorio en la voz de un oficial y avivó el movimiento rígido de los tambores. Las extremidades mezcladas se ordenaron. Las caras con tintes cadavéricos se escondieron tras puños que frotaban las cuencas de los ojos, revolviéndose lentamente.

El muchacho se sentó y profirió un enorme bostezo.

—¡Demonios! —exclamó petulantemente. Se restregó los ojos, y luego, levantando la mano, tocó cuidadosamente el vendaje que tenía sobre la herida. Su amigo, viéndolo despierto, se le acercó desde el fuego.

—Bueno, Henry, ¿cómo te sientes esta mañana, viejo? —le preguntó.

El muchacho bostezó de nuevo. Después frunció los labios en un leve gesto. En verdad, la cabeza la sentía precisamente como un melón y había una desagradable sensación en su estómago.

—¡Oh Dios, me siento muy mal! —dijo.

—¡Demonios! —exclamó el otro—. Esperaba que te encontrarías bien esta mañana. Déjame ver el vendaje...; me parece que ha resbalado... —y empezó a manosear la herida de manera bastante torpe, hasta que el muchacho explotó:

—¡Por todos los demonios! —exclamó con aguda irritación—. Eres el hombre más desmañado que conozco. Tienes las manos como mazas. ¿Por qué demonios no tienes más cuidado? Preferiría que te apartaras y me echaras los cañones encima. Ahora ve despacio y no hagas como si estuvieras clavando clavos en una alfombra.

Miró con insolente autoridad a su amigo; pero éste le respondió apaciguadoramente:

—Vamos, vamos, ven a comer algo —le dijo—. Entonces quizá te sentirás mejor.

Junto al fuego, el joven soldado jactancioso se cuidaba de atender a su amigo con preocupación y ternura. Se hallaba muy ocupado dirigiendo el tráfico de las pequeñas tazas vagabundas de negra hojalata y vertiendo en ellas la humeante mezcla de color de hierro que sacaba de una pequeña vasija de tizado latón. Tenía un poco de carne fresca, que asó apresuradamente en el extremo de un palo. Luego se sentó y contempló el apetito del muchacho con alegría.

El joven se dio cuenta de que había un notable cambio en su camarada desde aquellos días de vida de campamento a la orilla del río. No parecía estar ya considerando continuamente las proporciones de sus proezas personales. No se sentía furioso ante pequeñas palabras que hirieran su orgullo. Ya no era un joven soldado jactancioso. Había ahora en él una noble seguridad. Mostraba una callada fe en su propósito y en su habilidad. Y esta íntima confianza, evidentemente, le permitía mostrarse indiferente a las pequeñas palabras que otros hombres le dirigían.

El muchacho reflexionó. Se había acostumbrado a considerar a su camarada como un chiquillo vocinglero, lleno de audacia procedente de su inexperiencia, irreflexivo, testarudo, celoso y lleno de valor superficial. Un chiquillo fanfarrón, acostumbrado a gallear en el patio de su casa. El muchacho se preguntó de dónde habían salido estos nuevos ojos; en qué momento había hecho su camarada el descubrimiento de que había muchos hombres que rehusarían ser dominados por él. Aparentemente, el otro había alcanzado ahora una cumbre de sabiduría desde la cual podía verse a sí mismo

como algo diminuto. Y el muchacho vio que, en adelante, iba a ser más fácil vivir junto a su amigo.

Su camarada balanceó su taza negra sobre la rodilla.

—Bueno, Henry —dijo—, ¿qué te parece que haremos? ¿Les atizaremos de lo lindo?

El muchacho pensó unos momentos.

—Anteayer —le replicó finalmente, con atrevimiento— habrías apostado a que tú solo podías con todos ellos.

Su amigo pareció levemente sorprendido.

—¿De veras? —contestó—. Sí, quizás lo habría dicho —decidió al fin, y miró al fuego fijamente, con humildad.

El muchacho se sintió completamente desconcertado ante este sorprendente modo de recibir sus palabras.

—Oh, no; no lo habrías hecho —dijo, tratando apresuradamente de volver sobre lo dicho.

Pero el otro hizo un gesto de indiferencia.

—No le des importancia, Henry —dijo—. Creo que yo era bastante estúpido en aquellos días.

Y hablaba como si hubiesen pasado años.

Hubo una pequeña pausa.

—Todos los oficiales dicen que tenemos a los rebeldes en un apretado cerco —dijo el amigo, aclarándose la garganta con aire indiferente— y todos parecen creer que los tenemos exactamente donde queremos.

—De esto no sé nada —replicó el muchacho—. Lo que vi allá, a la derecha, me hace pensar que es completamente al revés. Desde donde yo estaba parecía que estábamos recibiendo una paliza ayer.

—¿De veras? —preguntó el amigo—. A mí me pareció que les dimos un buen vapuleo.

—De ningún modo —dijo el muchacho—. Pero, hombre, si tú no viste nada de la lucha. ¡Vaya! —entonces un súbito pensamiento acudió a su mente, y añadió—. ¡Oh!, Jim Conklin ha muerto.

Su amigo se sobresaltó.

—¿Qué? ¿De veras? ¿Jim Conklin?

El muchacho habló lentamente.

—Sí. Ha muerto. Le destrozaron el costado.

—No puedo creerlo. Jim Conklin... ¡Pobre chaval!

A su alrededor había otras pequeñas hogueras, rodeadas por hombres que sostenían tazas negras. En una de las que estaban más cerca de ellos se oyeron súbitamente voces agudas elevadas en una disputa. Parecía que dos soldados de pies

ligeros habían estado gastando bromas a un hombre corpulento y barbudo y le habían hecho derramar café sobre sus rodillas enfundadas de azul. El hombre había montado en cólera y les había insultado exhaustivamente. Picados por sus palabras, sus atormentadores se habían vuelto inmediatamente contra él con una gran demostración de ofensa y resentimiento. Era posible que se desarrollara una pelea.

El amigo se levantó y se dirigió hacia ellos, haciendo movimientos pacificadores con los brazos.

—Vamos, vamos, muchachos, ¿de qué sirve eso? —les dijo—. Vamos a tenérmolas con los rebeldes en menos de una hora. ¿De qué sirve luchar entre nosotros?

Uno de los de pies ligeros se volvió hacia él, enrojecido y violento.

—No tienes por qué venir por aquí predicando. Supongo que no apruebas las peleas desde que Charley Morgan te venció; pero no sé qué demonios te importa esto a ti o a cualquier otro.

—Bueno, no es que me importe —dijo el amigo suavemente—, pero de todos modos no me gusta ver... Hubo una irritada discusión.

—Bueno, él... —dijeron los dos, indicando a su contrincante con dedos acusadores.

El soldado corpulento estaba completamente morado de rabia. Señaló a los dos soldados con su enorme mano, extendida como una garra.

—Bueno, ellos...

Pero durante la discusión el deseo de liarse a golpes pareció pasar, aunque se dijeron muchas cosas unos a otros. Finalmente, el amigo volvió a su antiguo lugar. Al poco rato se pudo ver a los tres antagonistas sentados juntos en amistoso grupo.

—Bueno, ellos...

Pero durante la discusión el deseo de liarse a golpes pareció pasar, aunque se dijeron muchas cosas unos a otros. Finalmente, el amigo volvió a su antiguo lugar. Al poco rato se pudo ver a los tres antagonistas sentados juntos en amistoso grupo.

—Jimmie Rogers dice que tendré que habérmelas con él después de la batalla de hoy —anunció el amigo mientras se sentaba—. Dice que no permite que nadie se mezcle en sus cosas. Me disgustaba ver a los chicos luchando entre sí.

El muchacho se rió.

—Has cambiado mucho. No eres como antes. Recuerdo bien cuando tú y aquel rapaz irlandés... —se detuvo y se rió de nuevo.

—No, no era así —dijo su amigo pensativamente—. Esto es la pura verdad.

—Bueno, no quise decir... —empezó el muchacho.

El amigo hizo un gesto.

—Oh, no te preocupes, Henry.

Hubo otra pequeña pausa.

—El regimiento perdió más de la mitad de los hombres ayer —dijo el amigo finalmente—. Yo creí, desde luego, que habían muerto; pero ¡demonios!, siguieron apareciendo anoche hasta que, después de todo, parece que no perdimos más que a unos pocos. Se habían esparcido por todas partes, perdidos en los bosques, luchando en otros regimientos y mil cosas así. Exactamente como tú hiciste.

—¿De veras? —dijo el muchacho.

Capítulo 15

El regimiento estaba de pie y en formación al lado de un sendero, esperando la orden de marcha, cuando súbitamente el muchacho recordó el pequeño paquete envuelto en un descolorido sobre amarillento que el joven soldado jactancioso le había confiado con lúgubres palabras. El pensamiento lo sobresaltó. Lanzó una exclamación y se volvió hacia su camarada.

—¡Wilson!

—¿Qué?

Su amigo, a su lado en las filas, estaba mirando pensativamente la carretera. Por alguna razón su expresión en ese instante era muy suave. El muchacho, observándolo con el rabillo del ojo, se sintió impulsado a cambiar de idea.

—Nada —le dijo.

Su amigo volvió la cabeza, algo sorprendido.

—¿Por qué? ¿Qué ibas a decir?

—Nada —repitió el muchacho.

Resolvió no asestarle el pequeño golpe. Era bastante que el hecho le alegrara a él. No era necesario golpear a su amigo en la cabeza con el desdichado paquete.

Había sentido mucho miedo de su amigo, porque vio cuán fácilmente las preguntas podían abrir brechas en sus sentimientos. Últimamente se había asegurado de que su camarada, tan cambiado, no le atormentaría con una curiosidad persistente, pero estaba seguro de que durante el primer período de calma su amigo le pediría que le contara sus aventuras del día anterior.

Ahora se regocijaba por tener en sus manos una pequeña arma con la cual podía postrar a su camarada a las primeras señales de interrogación. El era el amo. Iba a ser él ahora quien se reiría y lanzaría los primeros dardos ridiculizadores.

El amigo, en un momento de debilidad, había hablado con sollozos sobre su propia muerte. Había pronunciado un melancólico discurso antes de su funeral y había mandado varios recuerdos a sus parientes en el paquete de cartas. Pero no había muerto, y así se había entregado en las manos del joven.

Éste se sintió inmensamente superior a su amigo, pero inclinado a la condescendencia. Adoptó hacia él un aire protector de buen humor.

Su propia estimación se había restablecido enteramente. A la sombra de su floreciente crecimiento, permanecía con piernas erguidas y confiadas en sí mismas, y puesto que ahora no podía descubrirse nada, no evitaba la mirada de sus jueces y no permitía que ninguno de sus pensamientos se interpusiera en su actitud varonil. Había llevado a cabo todos sus actos en la oscuridad, y por tanto era aún un hombre.

En realidad, cuando recordó todas las incidencias del día anterior y las observó a distancia, empezó a ver algo bueno en ellas. Se permitía sentirse pomposo y veterano.

A las jadeantes agonías del pasado las alejó de su vista.

Se dijo que, en el momento presente, sólo los sentenciados y condenados rugían con sinceridad ante las circunstancias. Pocos lo hacían excepto éstos. Un hombre con el estómago lleno y el respeto de sus semejantes no tenía por qué hacerse reproches sobre algo que le pareciera equivocado según las leyes del universo o incluso según las de la sociedad. Que se desgañitaran los infortunados; los demás podían jugar a los bolos.

No pensó mucho en las batallas que estaban directamente ante él. No era esencial planear sus actos con respecto a ellas. Se le había enseñado que, en una vida, muchos deberes eran fácilmente soslayados. Las lecciones de ayer habían sido que la retribución era perezosa y ciega. Con estos hechos ante él, no le parecía necesario preocuparse febrilmente sobre las posibilidades de las próximas veinticuatro horas. Podía dejar mucho a la suerte. Además, había surgido ante él, secretamente, la fe en sí mismo. Había una pequeña flor de confianza que crecía en él. Era ahora un hombre de experiencia. Se había encontrado en el exterior, entre los dragones, se dijo, y se convenció de que no eran tan odiosos como los había imaginado. Además, tenían muy poca puntería; no clavaban su aguijón con precisión. Un corazón valiente muy a menudo les presentaba desafío y, al desafiar, escapaba.

Y, además, ¿cómo podían matarle a él, que era el escogido de los dioses y destinado a la gloria?

Recordó cómo algunos de los hombres habían escapado de la lucha. Y al recordar sus caras aterrorizadas, sintió desprecio hacia ellos. Seguramente habían sido más precipitados y habían estado más enloquecidos de lo que era estrictamente necesario. Eran débiles mortales. En cuanto a sí mismo, él había huido con discreción y dignidad.

Lo sacó de este ensueño su amigo, que, después de moverse nerviosamente y de parpadear hacia los árboles un rato, tosió de repente, a modo de preámbulo, y dijo:

—¡Fleming!

—¿Qué?

El amigo se llevó la mano a la boca y tosió de nuevo. Manoseó su chaqueta.

—Bueno —dijo, finalmente, de un tirón—, me parece que podrías devolverme las cartas.

Un rubor ardiente y oscuro le había cubierto las mejillas y la frente.

—De acuerdo, Wilson —dijo el muchacho.

Se desabrochó dos botones de la chaqueta, metió la mano y sacó el paquete.

Al tendérselo a su amigo, la cara de éste estaba vuelta hacia el otro lado.

Había actuado lentamente, al sacar el paquete, porque durante el acto había tratado de pensar en alguna observación notable sobre todo el asunto. No se le ocurrió nada suficientemente punzante. Se vio obligado a dejar que su amigo escapara sin

molestias con su paquete. Y por esto se felicitó a sí mismo. Era algo generoso.

A su lado, su amigo parecía estar sufriendo una gran vergüenza. El muchacho al contemplarlo sintió que su corazón iba haciéndose más fuerte y valeroso. El nunca se había visto obligado a ruborizarse de ese modo por sus actos. El era un individuo de extraordinaria virtud.

Reflexionó con piedad condescendiente: «¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Pobre diablo! ¡Esto le hace sentirse muy mal!».

Después de este incidente, y mientras revivía las escenas de guerra que había visto, se sintió completamente capaz de volver a su casa y hacer que los corazones de la gente ardieran con sus narraciones guerreras. Podía verse a sí mismo en una habitación de cálidos colores contando historias a sus oyentes. Podía exhibir laureles. Eran insignificantes; pero, de todos modos, en una región donde los laureles eran poco frecuentes, podrían brillar.

Vio mentalmente a su público con la boca abierta creyéndole la figura central en escenas llameantes. E imaginó la consternación y las exclamaciones de su madre y de la jovencita morena de la escuela mientras absorbían su relato. La vaga fórmula femenina para que los bienamados llevaran a cabo sus gestas en los campos de batalla sin exponer su vida iba a ser destruida.

Capítulo 16

El chisporroteo de los fusiles era constante. Más tarde la voz del cañón había entrado en la discusión. En el aire saturado de niebla sus voces tenían un sordo sonido. Las reverberaciones continuaban. Esta parte del mundo llevaba una existencia extraña y belicosa.

El regimiento del muchacho iba a relevar a una unidad que había permanecido durante largo tiempo en húmedas trincheras. Los hombres tomaron posiciones tras una línea curva de hoyos defensivos, que había surgido como un amplio surco a lo largo de la línea del bosque. Ante ellos había un espacio raso, lleno de tocones bajos y deformes. De los bosques que se hallaban a su espalda llegaban las explosiones sordas de los escaramuzadores y de los piquetes, disparando en la niebla. De su derecha les llegaba el estruendo de un encuentro terrible.

Los hombres se acurrucaron detrás del pequeño reborde y se sentaron en actitudes cómodas, esperando su turno. Muchos volvían la espalda al tiroteo. El amigo del muchacho se tendió, ocultó la cara en los brazos y, casi instantáneamente, al parecer, se hundió en un profundo sueño.

El muchacho apoyó el pecho sobre la tierra parda y miró hacia los bosques y observó toda la línea, de arriba abajo. Había cortinas de árboles que se interponían en su línea de visión. Podía ver la larga hilera de cuerpos oscuros con unas cuantas cabezas surgiendo curiosamente sobre la cima.

El ruido de los escaramuzadores llegaba constantemente de los bosques del frente y de la izquierda, y el estruendo de la derecha había crecido hasta adquirir terribles proporciones. Los cañones rugían sin dejar ni siquiera un momento de descanso para respirar. Se tenía la impresión de que las armas habían llegado de todas partes y de que se hallaban ahora enzarzadas en una estupenda lucha. Era imposible hacerse oír.

El muchacho deseaba gastar una broma, citar irónicamente unas palabras de los periódicos. Deseaba decir: «Todo en calma y sin novedad en el Rappahannock»^[14], pero los cañones no querían permitir ni siquiera un comentario sobre su estruendo. No logró nunca acabar la frase. Al fin, sin embargo, los cañones pararon y otra vez los rumores, como pájaros, volaron entre los hombres que se hallaban en los hoyos; pero estos pájaros eran ahora en su mayoría negras criaturas que agitaban sus alas temerosamente cerca del suelo y rehusaban elevarse en ningún vuelo de esperanza. Las caras de los hombres fueron adquiriendo una expresión lastimosa a fuerza de interpretar presagios. Llegaban a sus oídos narraciones de vacilación e incertidumbre de parte de aquellos que se hallaban elevados en posición y en responsabilidad. Historias de desastres eran grabadas en sus mentes con multitud de pruebas. Este estruendo de fusiles a su derecha, creciente como un genio del sonido recién liberado, expresaba y acentuaba la situación peligrosa del ejército.

Los hombres se hallaban descorazonados y empezaron a murmurar. Hacían gestos con los que expresaban la frase:

—¿Qué más podemos hacer?

Y siempre podía verse que se hallaban aturridos por las noticias que llegaban sin confirmación alguna y no podían aceptar completamente la idea de una derrota.

Antes de que las nieblas grises hubieran sido borradas totalmente por los rayos del sol, el regimiento se hallaba marchando en una extendida columna, que iba retirándose cuidadosamente a través del bosque. Las líneas desordenadas y apresuradas del enemigo podían verse a veces a través de arboledas y pequeños campos. Iban gritando estridentes y triunfantes.

Ante este espectáculo el muchacho olvidó muchos problemas personales y se sintió enormemente enfurecido. Explotó en irritadas frases.

—¡Por todos los demonios, estamos siendo dirigidos por un montón de cabezas de serrín!

—Más de uno ha dicho esto mismo hoy —observó uno de los hombres.

Su amigo, que había despertado hacía poco rato, estaba aún soñoliento. Miró tras él hasta que su mente comprendió el significado del movimiento. Entonces suspiró.

—Bueno, supongo que nos apalearán —dijo tristemente.

Al muchacho se le ocurrió que no era decente que él condenara libremente a otros. Trató de contenerse, pero las palabras que se agolpaban a sus labios eran amargas. Al poco rato, empezó a desarrollar una larga y complicada acusación dirigida al jefe de las fuerzas.

—Quizá no sea todo culpa suya, al menos no del todo —dijo su amigo en tono cansado.

Iba andando pesadamente, con los hombros inclinados y los ojos vacilantes, como un hombre que ha sido maltratado y apaleado.

—¿Por qué? ¿No luchamos como demonios? ¿No hacemos todo lo que un hombre es capaz de hacer? —preguntó el muchacho a gritos.

Secretamente se sintió atónito ante este sentimiento en el momento en que surgió de sus labios. Por unos instantes su cara perdió su aire de valentía y miró a su alrededor con sensación de culpabilidad. Pero nadie dudó de su derecho a usar semejantes palabras y, en breve, recobró su aire de valor. Siguió hablando, repitiendo algo que había oído y que pasaba de grupo en grupo en el campamento aquella mañana.

—El brigadier dijo que nunca había visto a un regimiento nuevo luchar tal como lo hicimos ayer, ¿no es cierto? Y no lo hicimos mejor que cualquier otro regimiento, ¿verdad? Bien, entonces no puedes decir que es culpa del ejército, ¿no?

Al responderle, la voz del amigo era severa.

—Claro que no —dijo—. Nadie osará decir que no luchamos como demonios.

Nadie se atreverá a decirlo. Los muchachos luchan como gallos de pelea... Sin embargo, no tenemos suerte.

—Bueno, entonces, si luchamos como demonios y nunca tomamos la delantera, tiene que ser culpa del general —dijo el muchacho, con aire grandilocuente y decidido—. Y no veo que tenga ningún sentido luchar, y luchar, y luchar y que, a pesar de todo, siempre perdamos por culpa de la condenada cabeza de corcho de un general.

Un hombre sarcástico que iba andando al lado del muchacho habló entonces perezosamente:

—Quizá crees que toda la batalla de ayer la hiciste tú solo, Fleming.

Estas palabras traspasaron al muchacho. Interiormente se sintió reducido a una abyecta pulpa por estas casuales palabras. Lanzó una mirada atemorizada al hombre sarcástico.

—¡Cómo! ¡Claro que no! —se apresuró a decir en tono apaciguador—. No creo ser yo el único que luché ayer.

Pero el otro parecía inocente de cualquier hondo significado. Aparentemente no tenía información alguna. Era solamente su modo de hablar.

—¡Oh! —replicó, con el mismo tono de calma burlona.

El muchacho, sin embargo, percibió una amenaza. Su mente se encogió ante la idea de acercarse más al peligro y permaneció en silencio desde entonces. El significado de las palabras del hombre sarcástico lo arrancó de todo humor crítico que le hiciera aparecer prominente. De repente se convirtió en una persona modesta.

Entre las tropas se llevaban a cabo las conversaciones en tono bajo. Los oficiales estaban impacientes e irritados y tenían la cara sombría por las noticias de nuevos infortunios. Las tropas, pasando a través del bosque, se sentían desalentadas. En la compañía del muchacho se elevó, una vez, la carcajada de un hombre. Y una docena de soldados volvieron rápidamente la cabeza hacia él y fruncieron el ceño con vago desagrado.

El ruido del tiroteo iba pegado a sus pisadas. A veces parecía alejarse un poco, pero siempre volvía con creciente insolencia. Los hombres murmuraban y renegaban, lanzando negras miradas en aquella dirección.

En el espacio raso se dio, finalmente, el alto a las tropas. Regimientos y brigadas, rotos y separados por sus encuentros con los matorrales espesos, se reunieron de nuevo y las líneas se encararon con el ladrido perseguidor de la infantería enemiga.

Este ruido, siguiéndoles a la manera de gritos de perros cazadores ansiosos y metálicos, aumentó hasta un elevado y gozoso estallido, y luego, mientras el sol se elevaba serenamente en el cielo, lanzando rayos de luz sobre los oscuros matorrales, resonó en tañidos prolongados. Los bosques empezaron entonces a crujir, como si estuvieran en llamas.

—¡Anda, morena! —dijo uno de los hombres—. ¡Ahí va eso! Todos a luchar. ¡A brazo partido!

—Estaba seguro de que atacarían tan pronto como el sol hubiera salido —aseguró salvajemente el teniente que mandaba la compañía del muchacho. Tiraba sin piedad de su delgado bigote. Andaba arriba y abajo, con oscura dignidad, a la retaguardia de sus hombres, que se hallaban tendidos detrás de toda protección, de cualquier clase que fuera, que hubieran podido prepararse.

Una batería se había encajado en posición a la espalda de ellos y estaba cuidadosamente disparando granadas a lo lejos. El regimiento, que no había sido aún atacado, esperaba el momento en que las grises sombras de los bosques que estaban ante ellos se vieran traspasadas por líneas de llamas, como a cuchilladas. Había una gran cantidad de gruñidos y maldiciones.

—¡Santo Dios! —gimió el muchacho—. Siempre nos llevan de una parte a otra, ¡perseguidos como ratas! Me da asco. Nadie parece saber a dónde vamos o por qué vamos. Nos van lanzando disparos de una parte a otra, y nos aplastan aquí y nos aplastan allá, y nadie parece saber por qué sucede esto. En conjunto, le hace a uno sentirse como si fuera un gato metido en un saco. Me gustaría saber ahora, ¡por todos los diablos!, por qué nos hicieron entrar en estos bosques, a menos que fuera para dar a los rebeldes una mejor posibilidad de disparar. Llegamos aquí y nos enredamos las piernas en estos malditos brezos y entonces empezamos a luchar, y a los rebeldes les es muy fácil. No me digas que es sólo mala suerte. Sé bien lo que es. Es este condenado...

El amigo parecía agotado, pero interrumpió a su camarada con una voz llena de serena confianza:

—Al final va a resultar todo bien —le dijo.

—¡Oh, qué demonio! Siempre hablas como un condenado párroco. ¡No me digas! Yo sé...

En este momento hubo una interrupción causada por el teniente enfurecido, que no tenía otra alternativa que airear parte de su íntimo disgusto sobre las espaldas de sus hombres.

—¡Vosotros, muchachos, a callar! No hay absolutamente ninguna necesidad de gastar el aliento en largas discusiones sobre esto y aquello y lo de más allá. Estáis charlotteando por aquí como gallinas viejas. Todo lo que tenéis que hacer es pelear, y esto vais a tenerlo en abundancia en unos diez minutos. Muchas menos palabras y muchos más golpes es lo mejor que podéis hacer. Nunca en mi vida vi unos micos tan charlatanes como vosotros.

Se detuvo, dispuesto a lanzarse sobre cualquiera que tuviera la temeridad de contestarle. Al no escucharse palabra alguna, reanudó su digna manera de andar.

—Se da demasiado movimiento a la lengua y se lucha muy poco en esta guerra,

de todos modos —les dijo, volviendo la cabeza para lanzar la frase final.

El día había ido tomándose más blanco, hasta que el sol lanzó toda su luz sobre el bosque, repleto hasta los topes. Una especie de ráfaga de batalla llegó, avasalladora, hasta la parte de la línea en la que se encontraba el regimiento del muchacho. El frente se movió lentamente para encararse con ella por completo. Hubo una espera. En esa parte del campo los momentos intensos que preceden a la tempestad se sucedían lentamente.

Un fusil aislado relampagueó en un matorral delante del regimiento. Al instante se le reunieron otros muchos. Pudo oírse una poderosa canción de estallidos y estruendos que pasaron avasallando a través de los bosques. Los cañones que se hallaban en la retaguardia, excitados y enardecidos por las granadas que les habían sido lanzadas, a la manera de arandelas, se enzarzaron de repente en un odioso altercado con otro grupo de cañones. El rugido de la batalla se convirtió en un trueno retumbante, que formaba una sola y prolongada explosión.

En el regimiento había una clase peculiar de vacilación, que podía verse en las actitudes de los hombres. Estaban cansados, exhaustos; habían dormido poco y se habían esforzado mucho. Volvieron los ojos hacia la batalla, siempre avanzando, mientras permanecían esperando el choque. Algunos se encogieron y se estremecieron. Permanecían inmóviles, como hombres atados a la estaca.

Capítulo 17

Este avance del enemigo le había parecido al muchacho una caza en la que no se daba cuartel al perseguido. Empezó a arder de rabia y desesperación. Golpeó el suelo con el pie y frunció el ceño mirando con odio los remolinos de humo que se iban acercando a ellos como una inundación fantasma. Había una cualidad enloquecedora en esta aparente decisión del enemigo de no dejarles descansar, de no dejarle a él tiempo para sentarse a pensar. El día anterior había luchado y había huido rápidamente. Le habían sucedido muchas aventuras. Sintió ahora que se había ganado para el día presente la oportunidad de alcanzar un reposo contemplativo. Hubiera podido disfrutar esbozando ante oyentes no iniciados varias escenas de las cuales había sido testigo, o discutiendo hábilmente los procesos de la guerra con otros hombres avezados. Era también otra cosa muy importante que se le diera el tiempo necesario para recuperarse físicamente. Se sentía con el cuerpo dolorido y entumecido después de sus experiencias. Había recibido su medida colmada con respecto a todo esfuerzo, y deseaba descansar.

Pero aquellos otros hombres no parecían cansarse nunca; seguían luchando con la misma rapidez con que anteriormente lo hicieran. Sintió un odio salvaje hacia aquel enemigo incansable. El día anterior, cuando se había imaginado que el universo entero se hallaba contra él, había odiado a ese universo entero, pequeños y grandes dioses; ahora odiaba al ejército del enemigo con el mismo inmenso odio. No iban a lograr arrancarle la vida a golpes, como a un gato perseguido por chiquillos, se dijo. No era conveniente llevar a los hombres a posiciones desesperadas, porque en aquellos momentos todos podían sacar repentinamente dientes y garras.

Se inclinó y habló al oído de su amigo, amenazando a los bosques con un gesto:

—Si siguen persiguiéndonos, ¡por Dios!, será mejor que tengan cuidado. No me siento capaz de aguantar mucho más.

El amigo volvió la cabeza y pronunció una serena respuesta:

—Si siguen persiguiéndonos, nos harán caer al río.

Ante estas palabras el muchacho lanzó una salvaje exclamación. Se agazapó detrás de un pequeño árbol con los ojos ardientes de odio y los dientes crispados en un rictus salvaje. Llevaba aún aquella venda improvisada alrededor de la cabeza y, sobre la herida, había una mancha de sangre seca. Tenía el pelo enormemente revuelto y sobre la tela del vendaje y hacia su frente colgaban algunos mechones sueltos y movedizos. La chaqueta y la camisa, que llevaba abiertas en la garganta, exponían su juvenil cuello bronceado. Podían verse, en su garganta, estremecimientos espasmódicos.

Sus dedos se agarrotaron nerviosamente alrededor del fusil. Hubiera deseado que se transformara en un artefacto de poder aniquilador. Sintió que él y sus compañeros

eran atormentados y ridiculizados, porque el enemigo tenía la sincera convicción de que eran débiles y miserables. Reconocer que era impotente para vengar esta idea hizo que su furia se convirtiera en un espectro oscuro y tormentoso que lo poseía y le hacía soñar con la ejecución de abominables crueldades. Los atormentadores eran como moscas que sorbieran insolentemente su sangre, y pensó que hubiera dado su vida a cambio de poder vengarse, cuando vio la expresión de sus caras en una situación sin esperanza.

Los vientos de batalla habían seguido soplando sobre todo el regimiento hasta que un fusil, instantáneamente seguido por otros varios, llameó al frente. Un momento después el regimiento rugió una súbita y valerosa respuesta. Una densa muralla de humo fue descendiendo, posándose lentamente. Era sin cesar desgarrada y abierta furiosamente por las cuchilladas de fuego de los fusiles.

Al muchacho los luchadores le parecían animales que hubieran sido arrojados al fondo de un oscuro pozo para batirse hasta la muerte. Tenía la sensación de que él y sus acosados compañeros estaban rechazando sin cesar los ataques de criaturas viscosas que se deslizaban entre sus dedos. Las rojas llamaradas lanzadas por ellos parecían no tocar los cuerpos de los enemigos; éstos parecían evitarlos con facilidad y atravesarlos y pasarles por encima, y a su alrededor, y entre ellos, con habilidad inigualada.

Cuando al muchacho le pareció, como si lo viera en un sueño, que su fusil no era más que un impotente bastón, perdió el sentido de todo lo que no fuera su odio, su deseo de aplastar hasta convertir en pulpa la brillante sonrisa de victoria que podía sentir en las caras de sus enemigos.

La línea azul, rodeada por el humo, se curvaba y se encogía como una serpiente a la que alguien ha pisado. Agitaba sus extremos hacia adelante y hacia atrás en una constante agonía de miedo y rabia.

El muchacho no se dio cuenta de que se había erguido sobre sus pies. No sabía siquiera en qué dirección se hallaba el suelo. En realidad perdió incluso una vez el hábito del equilibrio y cayó pesadamente. Se levantó de nuevo, inmediatamente. En aquel momento una idea atravesó el caos de su cerebro. Se preguntó si habría caído porque le habían alcanzado con un disparo; pero la sospecha se desvaneció al momento. Y no pensó más en ello.

Cuando había tomado su primera posición detrás del pequeño árbol, fue con la firme determinación de defenderla ante el mundo entero. No había creído en la posibilidad de que su ejército pudiera triunfar aquel día, y por esto sintió que tenía suficiente habilidad para luchar más denodadamente. Pero la muchedumbre había surgido por todas partes hasta que él perdió todo sentido de direcciones y colocaciones, excepto que sabía bien dónde se hallaba el enemigo.

Sintió que las llamas le mordían y que el humo ardiente asaba su piel. El cañón de

su fusil se calentó hasta tal punto que normalmente no hubiera sido posible para sus manos sostenerlo; pero siguió llenándolo de cartuchos y empujándolos con su baqueta flexible y tintineante. Si apuntaba a una figura cambiante a través del humo, apretaba el gatillo con un fiero gruñido, como si le estuviera asestando un puñetazo con toda su fuerza.

Cuando el enemigo pareció retroceder ante él y sus compañeros, se adelantó instantáneamente, como el perro que, al ver que sus enemigos se debilitan, se revuelve e insiste en ser perseguido. Y cuando se vio obligado a retirarse una vez más, lo hizo lenta, resentidamente, con pasos de airada desesperación.

Una vez, llevado por su intenso odio, se encontró casi solo y disparando cuando todos los demás que estaban cerca de él habían dejado de hacerlo. Se hallaba tan enfrascado en su ocupación, que no se dio cuenta de que les habían sido concedidos unos pocos minutos de descanso.

Una risa ronca y unas palabras que llegaron hasta sus oídos, pronunciadas por una voz llena de asombro y burla, le obligaron a volver en sí:

—¡Tú, maldito loco! ¿No sabes parar cuando no hay nadie contra quien disparar? ¡Santo Dios!

Entonces dio media vuelta y, descansando con el fusil colocado a medias en posición, observó la línea azul de sus camaradas. Durante este momento de descanso todos parecían hallarse ocupados en mirarle a él con asombro. Se habían convertido en espectadores. Una vez más se volvió hacia el frente y, bajo el humo que iba elevándose, vio un terreno completamente abandonado.

Se quedó contemplándolo por unos momentos asombrado. Luego, en la vacuidad vítrea de sus ojos, brilló repentinamente un destello diamantino de inteligencia.

—¡Oh! —exclamó, comprendiendo.

Volvió a colocarse junto a sus camaradas y se echó en el suelo. Se dejó caer tendido, como un hombre al que le hubieran dado de latigazos. Le parecía que su carne estaba ardiendo y que los sonidos de la batalla continuaban llenándole los oídos. Ciegamente tanteó con las manos en busca de su cantimplora.

El teniente parecía estallar de satisfacción. Daba la impresión de hallarse borracho de lucha. Le gritó al muchacho:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Si tuviera diez mil gatos salvajes como tú, podría arrancarle las tripas a esta guerra en menos de una semana!

Y al decir esto, hinchó el pecho con majestuosidad.

Algunos hombres hablaron en voz baja y miraron al muchacho con un aspecto lleno de respetuoso asombro. Era evidente que, a pesar de haber continuado cargando y disparando y maldiciendo sin ninguna interrupción, habían encontrado algunos momentos libres para contemplarlo. Y ahora lo consideraban un demonio lleno de espíritu guerrero.

El amigo se le acercó, tambaleándose. Había en su voz algo de temor y ansiosa preocupación.

—¿Estás bien, Fleming? ¿Te sientes completamente bien? No te pasa nada, ¿verdad que no, Henry?

—No —dijo el muchacho con dificultad.

Le parecía que tenía la garganta llena de nudos y de extraños obstáculos.

Al muchacho todos estos incidentes le hicieron meditar. Descubrió que había actuado como un bárbaro, como una bestia. Había luchado como un pagano en defensa de su fe. Y al reflexionar, se dio cuenta de que esto era noble, era salvaje y, en cierto modo, era muy fácil. No había la menor duda de que su figura había sido tremenda. A causa de esta lucha, había vencido obstáculos que antes había admitido que eran verdaderas montañas. Aquéllos habían caído ante él como si fueran castillos de naipes, y ahora él era lo que él mismo llamaba un héroe. Y ni siquiera se había dado cuenta del proceso. Era como si se hubiera dormido y, al despertar, se hubiera encontrado armado caballero.^[15]

Se tendió en el suelo y se complació en las miradas que de vez en cuando le dirigían sus camaradas. Las caras de éstos ostentaban diversos grados de suciedad a causa de la pólvora quemada. Algunas estaban completamente tiznadas. Estaban, además, empapados en sudor y exhalaban el aliento dura y ruidosamente. Y, desde estas manchadas extensiones, lo contemplaban.

—¡Buen trabajo! ¡Buen trabajo! —gritó el teniente febrilmente.

Andaba arriba y abajo, incansable y ávidamente. A veces podía escucharse su voz o algo como una risa que sonaba salvaje e incomprensible.

Cuando se le ocurría un pensamiento particularmente profundo sobre la ciencia de la guerra, se dirigía siempre, inconscientemente, al muchacho.

Entre los hombres se había extendido una especie de macabro regocijo.

—¡Por todos los diablos! Me apuesto lo que quieras a que este ejército no va a ver nunca más un regimiento nuevo que sea como el nuestro.

—¡Claro que no!

—Ya sabes lo que dice la copla:

*«El perro, el nogal y la mujer,
cuanto más le golpeas, mejor es»*,

y esto mismo nos pasa a nosotros.

—Han perdido un montón de hombres, de veras. Si pasara una vieja barriendo los bosques, podría llenar un barreño entero.

—Y si volviera a pasar dentro de una hora, podría llevarse otro montón.

El bosque seguía soportando su carga de estruendos. Desde una parte alejada, situada bajo los árboles, llegó rodando el estallido de los fusiles. Cada uno de los

lejanos matorrales parecía un extraño erizo con púas de llamas. Una nube de humo oscuro, como surgiendo de ruinas ardientes, subió hacia el sol, que ahora aparecía, brillante y alegre, en un cielo esmaltado de azul.

Capítulo 18

La maltratada línea pudo descansar durante unos minutos, pero mientras duraba esta pausa la lucha en el bosque fue aumentando hasta que los árboles parecían temblar por los disparos, y el suelo parecía estremecerse bajo los pasos precipitados de los hombres. Las voces de los cañones se mezclaban en una larga e interminable disputa. Los pechos de los hombres se esforzaban tratando de hallar aire fresco, y sus gargantas deseaban ávidamente agua.

A uno de los hombres un disparo le había atravesado el cuerpo, y al llegar esta pausa lanzó un grito de amargo lamento. Quizá también había estado gritando durante la lucha, pero si así fue entonces nadie le había oído. Ahora, sin embargo, los hombres se volvieron hacia las dolientes quejas que lanzaban desde el suelo.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—Es Jimmie Rogers. Jimmie Rogers.

Cuando los ojos de todos cayeron sobre él por primera vez, hubo en todos ellos un alto repentino, como si temieran aproximarse más. El herido estaba agitándose en la hierba, retorciendo su cuerpo tembloroso en muchas y extrañas posturas. Gritaba fuertemente. Este instante de vacilación colectiva pareció llenarle de un desprecio tremendo y fantástico, y los maldijo con palabras que eran más que gritos.

El amigo del muchacho tenía un espejismo geográfico con respecto a un arroyo, y se le concedió permiso para ir en busca de un poco de agua. Inmediatamente llovieron cantimploras sobre él.

—Llena la mía, ¿quieres?

—Tráeme un poco para mí también.

—Y para mí.

Se marchó completamente cargado. El muchacho se fue con su amigo, sintiendo el deseo de sumergir su cuerpo ardiente en el arroyo y, mientras se empapaba, ir bebiendo litros enteros.

Hicieron una apresurada investigación en busca del supuesto arroyo, pero no lo hallaron.

—Aquí no hay agua —dijo el muchacho.

Dieron la vuelta al instante y empezaron a volver sobre sus pasos.

Desde su posición, otra vez de cara al campo de batalla, podían, naturalmente, abarcar una extensión mucho mayor de la escena de la lucha que la que habían visto antes, cuando el humo, que salía a chorros de la línea, había empañado su vista. Podían verse líneas oscuras enrollándose en la superficie, y en un espacio limpio una hilera de cañones que producían constantemente nubes grises, llenas de amplios destellos de llameante color naranja. Al fondo, detrás del follaje, podía verse el tejado de una casa. Una ventana, que brillaba con un tono rojo oscuro y mortal, relucía entre

las hojas. Del edificio surgía una alta e inclinada torre que se elevaba sin cesar hasta el cielo.

Al volver los ojos hacia sus propias tropas, vieron masas mezcladas que se colocaban lentamente en una forma regular. La luz del sol sacaba puntos centelleantes del brillante acero. Hacia la parte posterior podía verse un trozo de una lejana carretera al curvarse sobre una pendiente. Se hallaba repleta de infantería en retirada. De todas partes del intrincado bosque surgía el humo y el ruido de la batalla; el aire estaba siempre repleto de sonoridad.

Cerca del lugar donde ellos se hallaban aleteaban y graznaban las granadas. Disparos esporádicos silbaban en el aire y se clavaban, más tarde, en los troncos de los árboles. Los hombres heridos y otros rezagados iban escurriéndose a través del bosque.

Mirando hacia un sendero que se abría en la arboleda, el muchacho y su compañero vieron a un general de espuelas tintineantes, que, con su estado mayor, casi atropelló a un hombre herido, que se arrastraba apoyándose en las manos y las rodillas. El general tiró fuertemente de las riendas, tensas en la boca abierta y espumeante de su caballo, y, con una demostración perfecta de dominio ecuestre, pasó por el lado del hombre herido. Éste se escurrió con prisa salvaje y torturada. Evidentemente le fallaron las fuerzas cuando se acercaba al lugar donde iba a estar a salvo. Uno de sus brazos, súbitamente, se debilitó y cayó, deslizándose sobre su espalda. Quedó allí, tendido, respirando débilmente.

Un momento después el pequeño y tintineante grupo de jinetes se hallaba directamente frente a los dos soldados. Otro oficial, cabalgando con el hábil abandono de un vaquero, llevó su caballo al galope hasta colocarse directamente frente al general. Los dos soldados que estaban de pie, inadvertidos, hicieron ostensivamente toda clase de gestos indicando que seguían su camino, pero se retrasaron con el deseo de oír algo de la conversación. Pensaron que quizá iban a decirse palabras históricas, solemnes y secretas.

El general, que los muchachos sabían que era el jefe de su división, miró al otro oficial y habló fría y serenamente, como si estuviera haciendo comentarios sobre su modo de vestir.

—El enemigo se está formando allí para otra carga —le dijo—. Van a dirigirla contra Whitterside, y me temo que lograrán forzar el paso por allí a menos que les opongamos una resistencia enormemente fuerte para detenerlos.

El otro lanzó una maldición a su inquieto caballo y luego se aclaró la garganta. Hizo un leve gesto hacia su gorra.

—Va a ser, desde luego, un trabajo de todos los demonios lograr detenerlos —dijo brevemente.

—Eso es lo que me temo —dijo el general.

Luego empezó a hablar rápidamente, en tono más bajo. Ilustraba frecuentemente, señalando con el dedo, lo que estaba diciendo. Los dos soldados de infantería no pudieron enterarse de nada más hasta que él preguntó finalmente:

—¿De qué tropas puede prescindir?

El oficial que cabalgaba como un vaquero reflexionó un momento.

—Bueno —dijo—, tuve que mandar al 12 para ayudar al 76, y, realmente, no tengo a nadie. Pero hay el 304. Luchan como conductores de mulas. Creo que puedo prescindir de ellos más que de ningún otro cuerpo de ejército.

El muchacho y su amigo cambiaron miradas de asombro.

El general habló escuetamente.

—Prepárelos entonces. Yo me quedaré observando desde este mismo lugar y le mandaré aviso en el momento en que tenga que ponerlos en marcha. Será, seguramente, dentro de unos cinco minutos.

Mientras el otro oficial se llevaba los dedos rápidamente hacia la gorra y, haciendo dar la vuelta a su caballo, se disponía a marcharse, el general le gritó en un tono de voz sobrio:

—No creo que muchos de sus conductores de mulas logren regresar a sus filas.

El otro gritó algunas palabras, como respuesta. Sonrió.

Con caras asustadas el muchacho y su compañero se apresuraron a regresar a su línea.

Todos estos acontecimientos habían tenido lugar en un espacio de tiempo increíblemente breve; sin embargo, el muchacho sintió que, en el transcurso de éste, había envejecido. Se le habían dado unos nuevos ojos. Y lo más desconcertante en todo aquello era darse cuenta repentinamente de que él era en realidad muy insignificante. El oficial había hablado del regimiento como si se estuviera refiriendo a una simple escoba. Parte de los bosques necesitaba en aquel momento ser barrida, quizá, y él, simplemente, indicó la escoba que había que usar con un tono apropiadamente indiferente hacia el destino posterior de aquélla. Esto era indudablemente la guerra, pero de todos modos causaba una extraña impresión.

Cuando los dos muchachos se acercaban a la línea, el teniente los vio, y la cólera pareció aumentarle de tamaño.

—Fleming, Wilson, ¿cuánto rato necesitáis para traer agua? ¿Dónde habéis estado?

Pero dejó de pronunciar más palabras cuando les miró a los ojos, enormes por las grandes noticias que traían.

—¡Vamos a ir a la carga! ¡Vamos a ir a la carga! —gritó el amigo del muchacho, apresurándose a dar las noticias.

—¿A la carga? —dijo el teniente—. ¿A la carga? Bueno, ¡por Dios!, ahora sí que esto va a ser luchar de verdad.

Sobre su cara tiznada había aparecido una sonrisa.

—¿A la carga? Bueno, ¡por Dios!

Un pequeño grupo de soldados rodeó a los dos jóvenes.

—¿Estáis seguros? Bueno, ¡que me aspen! ¿A la carga? ¿Para qué? ¿Contra qué? Wilson, estás mintiendo.

—Que me muera si miento —dijo el amigo del muchacho, elevando la voz hasta adquirir un tono de irritado resentimiento—. Es tan seguro como que ahora te estoy viendo a ti, te lo digo.

Y el muchacho habló, reforzando sus palabras.

—No, no miente; te lo juro por lo que más quieras. Los oímos hablar.

En aquel momento divisaron dos figuras que se acercaban a caballo a corta distancia. Una de ellas era el coronel del regimiento y la otra era el oficial que había recibido las órdenes del mismo jefe de la división. Iban gesticulando al hablarse el uno al otro. El soldado, señalándolos, interpretó la escena para los demás.

Un hombre tuvo una objeción final:

—¿Cómo pudisteis oírles hablar?

Pero los demás hombres, en su mayoría, asintieron, admitiendo que, al hablar previamente, los dos amigos no habían dicho más que la verdad.

Volvieron a colocarse en actitud de espera, con el aire de quien ha aceptado completamente la situación. Y reflexionaron sobre ello, mostrando en sus caras cien variedades de expresión. Era algo realmente absorbente sobre lo que pensar. Muchos se apretaron cuidadosamente los cinturones y se estiraron el pantalón.

Un momento después los oficiales, ya entre los hombres, empezaron a agitarse, empujándoles para que formaran una masa más compacta y para que se colocaran en una mejor alineación. Acudieron a buscar a todo aquel que se separaba y se irritaron con unos cuantos que parecían mostrar, con su actitud, que habían tomado la decisión de quedarse donde estaban. Parecían exigentes pastores luchando con sus corderos.

Al poco rato el regimiento pareció erguirse y tomar un profundo aliento. En ninguna de las caras de los hombres se reflejaban grandes pensamientos. Los soldados se hallaban inclinados y en tensión, como un corredor antes de recibir la señal de iniciar la carrera.

Muchos pares de ojos brillantes miraban, desde las caras tiznadas, hacia las cortinas espesas de los bosques más profundos. Parecían estar enfrascados en intrincados cálculos de tiempo y distancia.

Por todas partes les rodeaban los ruidos procedentes del monstruoso altercado entre los dos ejércitos. El mundo entero estaba interesado en aquel momento en asuntos diferentes. Aparentemente el regimiento iba a tener su pequeña aventura exclusivamente para sí mismo.

El muchacho, volviéndose, lanzó una mirada rápida e inquisitiva hacia su amigo.

Éste le devolvió otra de la misma clase. Ellos dos eran los únicos que poseían un conocimiento íntimo y especial de la situación.

—Conductores de mulas..., va a ser difícil..., no creo que muchos puedan regresar...

Era un secreto lleno de ironía. Sin embargo, ninguno de los dos pudo percibir vacilación alguna en la cara del otro, y ambos asintieron con una afirmación muda y sin protestas cuando un hombre hirsuto murmuró cerca de ellos con voz blanda:

Van a aplastarnos.

Capítulo 19

El muchacho miró fijamente el terreno que tenía ante sí. Le parecía que el follaje cubría horrores y ocultos poderes. No se dio verdadera cuenta de todo el mecanismo de órdenes que había iniciado la carga, aunque vio, con el rabillo del ojo, que un oficial, que parecía un chiquillo a caballo, se acercaba al galope, mientras iba agitando la gorra. Repentinamente sintió que los hombres jadeaban y ponían el cuerpo en tensión. La línea entera cayó lentamente hacia adelante, como una muralla que se derrumba, y, con un jadeo convulsivo que quería ser un vítor, el regimiento emprendió su jornada. El muchacho se sintió empujado y zarandeado por unos minutos, antes de que llegara a comprender de algún modo el movimiento, pero cuando lo hizo se lanzó hacia adelante y empezó a correr.

Desde el principio clavó los ojos en un grupo de árboles lejano y prominente donde había decidido que iba a enfrentarse con el enemigo, y corrió hacia él como si se tratara de una meta. Seguía creyendo, durante todo el proceso, que era una simple cuestión de llevar a cabo un asunto desagradable lo más rápidamente posible, y corrió desesperadamente, como si le persiguieran por haber cometido un asesinato. Tenía la cara contraída con dureza y tensa por la presión provocada por su esfuerzo. En sus ojos se había fijado de modo permanente una expresión brillante de violencia. Y con su traje sucio y desordenado, sus rasgos enrojecidos e inflamados, coronados por el roto harapo del vendaje y la mancha de sangre, su fusil balanceándose salvajemente y todos los utensilios entrechocando entre sí, parecía la imagen de un soldado enloquecido.

Cuando el regimiento salió de su posición para dirigirse al espacio raso, los bosques y la espesura que se hallaban ante ellos despertaron de repente. De allí surgieron llamas amarillas saltando en todas direcciones. El bosque entero les presentaba una tremenda oposición.

La línea avanzó rectamente durante un instante. Luego se adelantó el ala derecha; ésta fue, a su vez, sobrepasada por la izquierda. Más tarde fue el centro el que corrió hacia el frente, hasta que todo el regimiento fue una masa en forma de cuña, pero pocos minutos más tarde la oposición que presentaban los matorrales, los árboles y los desniveles del terreno dividió las fuerzas y las esparció en distintos grupos.

El muchacho, con los pies dotados de enorme ligereza, iba inconscientemente en avanzada. Sus ojos seguían constantemente fijos en el grupo de árboles, y de todos los lugares que se hallaban alrededor del elegido por él podía oírse surgir el grito al unísono del enemigo; de allí salían también las pequeñas llamas de los fusiles. La canción de las balas estaba en el aire y las granadas rugían entre las cimas de los árboles. Una de ellas cayó directamente en el centro de uno de los grupos que corrían y estalló en roja furia. Por un momento pudo verse a uno de los hombres, casi por

completo encima de ella, que levantaba las manos para protegerse los ojos.

Otros hombres, alcanzados por las balas, caían en agonías grotescas. El regimiento iba dejando, a su paso, un coherente reguero de cuerpos.

Habían llegado entonces a una atmósfera más clara. La nueva apariencia del paisaje tenía un efecto parecido a una revelación. Algunos hombres, frenéticamente atareados en una batería, eran completamente visibles ante ellos, y las líneas de la infantería enemiga se hallaban bien definidas por las murallas grises y las franjas onduladas del humo.

Al muchacho le pareció que podía verlo todo. Cada una de las hojas de la verde hierba era nítida y clara. Sintió que podía darse cuenta de cada uno de los cambios que ocurrían en el vapor fijo y transparente que flotaba a su alrededor en perezosas capas. Los troncos pardos o grises de los árboles mostraban claramente cada una de las rugosidades de su superficie. Y los hombres del regimiento, con sus ojos enardecidos y sus caras sudorosas, corriendo locamente o cayendo en forma de cadáveres extraños y amontonados, como si les hubieran arrojado a la tierra de cabeza, todo podía abarcarlo. En su mente todo quedó impreso de manera mecánica, pero firme, de tal modo que más tarde cada una de las cosas volvió a aparecer y podía ser explicada por él, todo, excepto la razón de que él se hallara allí.

Pero su propia y furiosa precipitación fue la causa de un frenético movimiento. Los hombres, adelantándose locamente, habían estallado en vítores, formando una banda bárbara, alcanzando así los extraños tonos capaces de excitar al mismo tiempo al estúpido y al estoico. Había creado él un loco entusiasmo que, según parecía, iba a ser incapaz de detenerse aunque se enfrentara con bronce y granito. Había allí el delirio del que se encuentra cara a cara con la desesperación y la muerte y se ciega y desprecia las dificultades. Es una ausencia de egoísmo, temporal, pero sublime. Y el hecho de que fuera de esta clase, pudo ser, quizá, la razón de que más tarde se preguntara el muchacho por qué tuvo él que estar allí.

Al poco rato la misma velocidad que llevaban acabó con las energías de los hombres. Como por mutuo acuerdo, los que iban en cabeza empezaron a disminuir su rapidez. Las descargas dirigidas contra ellos producían un efecto semejante al del viento; el regimiento gruñía y resoplaba; empezó a vacilar y a desfallecer entre los árboles, que se erguían impassibles. Los hombres, mirando fijamente, empezaron a esperar a que algunas de las lejanas paredes de humo desaparecieran y les permitieran ver la escena. Puesto que su fuerza y su aliento habían disminuido mucho, empezaron a recobrar la cautela. Volvían a ser hombres.

El muchacho tenía el vago convencimiento de que había corrido durante kilómetros y, en cierto modo, le parecía que ahora se hallaba en una tierra nueva y desconocida.

En el mismo momento en que el regimiento cesó en su avance, el chasquido de

protesta de los fusiles se convirtió en un constante rugido. Las orlas de humo, largas y precisas, fueron extendiéndose. De la cima de una pequeña colina surgieron eructos nivelados de llama amarilla, que producían, en el aire, un silbido inhumano.

Los hombres, parados en ese momento, pudieron ver cómo algunos de sus camaradas caían con gemidos y gritos. Unos cuantos yacían a sus pies, quietos o exhalando gemidos. Y entonces, por unos minutos, los hombres permanecieron inmóviles, con los fusiles sueltos en sus manos, observando cómo iba disminuyendo el regimiento. Parecían atontados, estúpidos. El espectáculo tenía el poder de paralizarlos, de vencerlos con fatal fascinación. Miraban la escena como tallados en piedra y, bajando los ojos, observaron las caras de los demás. Era una extraña pausa y fue un extraño silencio.

Luego, por encima de todos los sonidos de la conmoción exterior, surgió el rugido del teniente. Avanzó de repente, con sus rasgos juveniles negros de rabia.

—¡Adelante, locos! —gritaba—. ¡Adelante! ¡No podéis quedaros aquí! ¡Tenéis que avanzar!

Dijo más, pero mucho era incomprendible.

Empezó a avanzar rápidamente con la cabeza vuelta hacia los hombres.

—¡Adelante! —gritaba.

Los hombres lo miraban fijamente, con ojos bovinos, desprovistos de expresión. Se vio obligado a pararse y a volver sobre sus pasos. Se quedó entonces dando la espalda al enemigo y lanzó gigantescas maldiciones a las caras de los hombres. Su cuerpo entero vibraba con la fuerza y el peso de las imprecaciones. Y podía enlazar una maldición con otra con la misma facilidad con la que una muchacha puede ensartar las cuentas de un collar.

El amigo del muchacho se irguió. Incliniéndose de repente hacia adelante y cayendo de rodillas, lanzó un irritado disparo hacia los persistentes atosigadores del bosque. Esta acción despertó a los hombres. Dejaron de repente de amontonarse como corderos, parecieron recordar súbitamente sus armas y empezaron a disparar al unísono. Azuzados por sus oficiales, empezaron a moverse hacia adelante. El regimiento, con la misma dificultad que experimenta un carro hundido en el barro y el agua, empezó a moverse desigualmente, con muchos impulsos y tirones. Los hombres se paraban a los pocos pasos para disparar y cargar, y de este modo se movían lentamente de árbol a árbol.

La oposición llameante ante ellos creció con su avance hasta que parecía que todos los caminos de avanzada se hallaban cerrados por delgadas lenguas movedizas, y a lo lejos y hacia la derecha podía a veces percibirse una amenazadora demostración. El humo últimamente producido formaba nubes confusas que dificultaban un avance inteligente por parte del regimiento. Al pasar a través de cada una de estas masas rizadas, se preguntaba el muchacho qué iba a encontrarse frente a

él, al otro lado.

La unidad avanzó penosamente hasta un lugar abierto que se interponía entre ellos y la violencia de las otras líneas. Aquí, inclinados y protegiéndose detrás de algunos árboles, los hombres se afianzaron con desesperación, como si se hallasen amenazados por una inundación. Tenían los ojos enloquecidos, como si este furioso disturbio que ellos mismos habían provocado les hubiera privado de sentido. Había en aquella tormenta una irónica expresión de su propia importancia. Y también aparecía, en las caras de los hombres, la falta de un cierto sentimiento de responsabilidad por encontrarse allí. Era como si algo les hubiera hecho acudir. Era la dominante imposibilidad animal de recordar, en los momentos supremos, las causas de varias cualidades superficiales. Para muchos, todo aquello era incomprensible.

Mientras estaban allí parados, el teniente empezó a lanzar profusas maldiciones. Sin conceder la menor importancia a las amenazas vengativas de los disparos, iba y venía, animando, condenando, reprochando. Sus labios, que habitualmente poseían una curva suave y juvenil, estaban ahora crispados en imposibles contorsiones. Juraba en nombre de todos los dioses imaginables.

Una vez agarró al muchacho por el brazo:

—¡Ven aquí, zoquete! —rugió—. ¡Vamos! ¡Van a matarnos a todos si nos quedamos aquí! Sólo tenemos que atravesar este espacio, y entonces...

El resto de lo que quería decir desapareció en una niebla azulada de maldiciones.

El muchacho extendió el brazo:

—¿Cruzar esto? —exclamó con la boca fruncida en duda y temerosa admiración.

—Ciertamente. ¡Sólo cruzar esto! ¡No podemos quedarnos aquí! —gritó el teniente, acercando al mismo tiempo su cara hasta casi tocar la del muchacho, y agitando continuamente la mano que llevaba vendada—. ¡Adelante!

Al instante empezó a forcejear con el muchacho como si se tratara de una demostración de lucha libre. Era como si quisiera arrastrarlo hasta el punto mismo del asalto, llevándolo, por así decir, cogido por una de sus orejas.

El soldado sintió una indignación imposible de expresar hacia su oficial. Luchó con fuerza y se libró de él.

—¡Adelántese usted entonces! —gritó. Y había en su voz un amargo desafío.

Los dos marcharon, corriendo, a lo largo del frente del regimiento. El amigo corrió tras ellos. Frente a la bandera, los tres hombres empezaron a gritar:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Y saltaban y daban vueltas como salvajes torturados.

La bandera, obediente a estas llamadas, inclinó su figura resplandeciente y avanzó hacia ellos. Los hombres vacilaron, indecisos, por un instante, y luego, con un grito largo y quejumbroso, el regimiento, en harapos, siguió hacia adelante y empezó su nueva jornada.

Toda la masa, apresurada, marchaba sobre el campo. Era un puñado de hombres lanzado a la cara del enemigo. Al instante surgieron hacia ellos las lenguas amarillas y una vasta extensión de humo azul espeso colgaba ante sus ojos. Un poderoso golpeteo les dejaba los oídos sin sensibilidad.

El muchacho corrió como un loco para alcanzar los bosques antes de que una bala pudiera descubrirlo. Encogía la cabeza tan profundamente como podía, a la manera del jugador de rugby. En su precipitación llevaba los ojos casi cerrados, y la escena que tenía ante sí era como una salvaje confusión. Tenía saliva palpitante en las comisuras de los labios.

Mientras se lanzaba con furia hacia adelante, sintió que dentro de él había nacido un amor, un desesperado cariño hacia esta bandera que ahora estaba casi a su lado. Era una creación de belleza e invulnerabilidad. Era una diosa radiante que inclinaba su figura con un gesto imperioso hacia él.

Era una mujer roja y blanca, que odiaba y amaba, que le llamaba con la voz de su esperanza. Y porque nada malo podía caer sobre ella, él la dotó de infinito poder. Se mantuvo cerca, como si ella pudiera salvarle la vida, y de su mente surgía una llamada suplicante.

A pesar de la precipitación enloquecida de su avance, se dio cuenta de que el sargento abanderado se estremecía de repente como si hubiera recibido un mazazo. Lo vio vacilar y luego quedarse inmóvil, a excepción de sus temblorosas rodillas. Dio un salto y cogió el palo de la bandera. Al mismo tiempo su amigo lo cogió por el otro lado. Ambos tiraron de él, fuerte y furiosamente, pero el sargento abanderado había muerto y el cadáver no quería abandonar su posesión. Hubo por un momento una especie de lucha de carácter macabro. El hombre muerto, balanceándose con la espalda curvada, parecía estar luchando obstinadamente, de manera absurda y horrible, por la posesión de la bandera.

Todo pasó en un instante. Arrancaron furiosamente la bandera de manos del hombre muerto y, cuando dieron la vuelta, el cadáver se movió hacia adelante, con la cabeza inclinada. Al balancearse, un brazo se elevó un poco y la mano curvada cayó con pesada protesta sobre el hombro descuidado del amigo.

Capítulo 20

Cuando los dos muchachos se volvieron con la bandera, vieron que una gran parte del regimiento se había desplomado y que el resto, rechazado, estaba retrocediendo. Los hombres, después de haberse lanzado como proyectiles, habían agotado sus fuerzas. Retrocedían lentamente, con las caras aún dirigidas hacia el bosque chisporroteante y con los rifles calientes aún respondiendo al estruendo. Varios oficiales estaban dando órdenes con la voz elevada hasta ser un grito.

—¿Dónde demonios vais? —preguntaba el teniente con sarcástico aullido.

Y un oficial de barba roja, cuya voz de triple bronce podía claramente oírse, estaba ordenando:

—¡Disparad hacia ellos! ¡Disparad hacia ellos, malditos sean!

Había una terrible confusión de chillidos, en la cual los hombres recibían órdenes de hacer cosas contrarias e imposibles.

El muchacho y su amigo tuvieron una pequeña discusión sobre la bandera.

—¡Dámela!

—¡No, déjamela a mí!

Cada uno de ellos se sentía conforme con que el otro la tuviera, pero también cada uno se sentía obligado a declarar, con la oferta de llevar el emblema, su decisión de seguir arriesgando su vida. El muchacho, finalmente, apartó a su amigo a un lado.

El regimiento volvió a colocarse junto a los imposibles árboles. Allí se detuvo un momento para disparar a algunas oscuras figuras que habían empezado a perseguirlos. Poco después reanudó su marcha, curvándose entre los troncos de árboles. Cuando el regimiento, enormemente disminuido, volvió a llegar al primer espacio abierto, estaba aguantando un fuego rápido y despiadado. Parecía que estaban rodeados de hordas furiosas por todas partes.

La inmensa mayoría de los hombres, descorazonados, con el espíritu agotado por el torbellino anterior, actuaban como si estuvieran atontados. Aceptaban la llegada de los disparos con la cabeza baja y ademán agotado. No se lograba nada esforzándose contra una muralla. No servía de nada darse de golpes ellos mismos contra el granito. Y de este convencimiento de que habían tratado de conquistar algo inconquistable parecía surgir el sentimiento de que habían sido traicionados. Miraban airadamente, con la frente hundida, pero con ojos amenazadores, a algunos oficiales, particularmente al de la barba roja y la voz esplendorosa.

Sin embargo, la retaguardia del regimiento estaba bordeada por hombres que continuaban disparando con furia hacia el enemigo en avance. Parecían resueltos a causar todo el daño que pudieran. El joven teniente era, quizá, el último de los hombres en la desordenada masa. Su espalda, descuidada, estaba frente al enemigo. Lo habían herido en el brazo, que colgaba recto y rígido. De vez en cuando dejaba de

recordarlo y se preparaba para acentuar un juramento con un amplio gesto. El aumento de dolor que esto le producía le hacía renegar con increíble fuerza.

El muchacho seguía a sus compañeros con pasos vacilantes, inciertos, manteniendo los ojos vigilantes hacia atrás. Tenía en el rostro un rictus de rabia y petrificación; había pensado en una estupenda venganza contra el oficial que se había referido a ellos llamándolos «conductores de mulas», pero vio que no podría llevarla a cabo. Sus sueños se habían venido aparatosamente abajo en el momento en que los «conductores de mulas», disminuyendo en número rápidamente, habían dudado y vacilado en el pequeño claro y luego habían retrocedido. Y ahora la retirada de los conductores de mulas era para él una marcha de vergüenza.

La mirada, aguda como un puñal, que salía de su cara ennegrecida estaba constantemente sobre el enemigo, pero su odio más poderoso estaba clavado en el hombre que, sin conocerlo, le había llamado conductor de mulas.

Cuando se dio cuenta de que tanto él como sus camaradas habían fracasado al tratar de hacer algo de modo tan perfecto que pudiera causar pequeñas punzadas de remordimiento al oficial, el muchacho dejó que la rabia del que se siente burlado le poseyera. Este frío oficial, colocado sobre un pedestal, que dejaba caer epítetos despreocupadamente, sería una figura mucho mejor si estuviera muerto, pensó. Tan ultrajante le parecía no llegar nunca a poseer el secreto derecho de responderle, escarneciéndole cara a cara.

Había imaginado rojas palabras encendidas de curiosa venganza. «Somos conductores de mulas, ¿verdad?» Y ahora se veía obligado a olvidarse de ellas.

Al momento envolvió su corazón en la capa de su orgullo y mantuvo la bandera erguida. Hablaba a sus compañeros, empujando sus pechos con la mano que le quedaba libre. A los que conocía les lanzaba frenéticos llamamientos incitándoles, dirigiéndose a ellos por su nombre. Entre él y el teniente, increpándolos y casi locos de rabia, podía sentirse un sutil compañerismo y equilibrio. Se ayudaban uno a otro con toda clase de protestas, dichas en voz ronca, aullando casi.

Pero el regimiento era una máquina agotada. Los dos hombres gritaban a algo que no poseía fuerza alguna. Los soldados que tenían aún valor para avanzar lentamente se sentían constantemente debilitados en su decisión por el convencimiento de que sus camaradas iban deslizándose con rapidez hacia atrás, de vuelta a las líneas. Era difícil dar importancia a la propia reputación cuando los demás estaban pensando sólo en salvar su piel. Los heridos eran abandonados, llorando, en esta negra jornada.

Las llamas y las orlas de humo ondulante soplaban constantemente con furia. El muchacho, mirando una vez a través del súbito desgarrón de una nube, vio una masa parda de tropas, entrelazadas y aumentadas hasta que parecía que había miles de hombres. Una bandera de vivos colores llameó ante su vista.

Inmediatamente, como si este momentáneo levantamiento del humo hubiera sido

preparado de antemano, las tropas descubiertas estallaron en un ronco alarido y cien llamaradas cayeron sobre el grupo que se retiraba. Una nube rodante de color gris se interpuso de nuevo mientras el regimiento replicaba obstinadamente. El muchacho tuvo que confiar de nuevo en sus maltratados oídos, que temblaban y zumbaban por la continuada mezcla de fusilería y ruidos.

El camino parecía eterno. En medio de la niebla que los envolvía, los hombres se sintieron atacados por el pánico al pensar que el regimiento había perdido el camino y estaba ahora avanzando en una dirección llena de peligros. Una vez los hombres que encabezaban la enloquecida procesión dieron la vuelta y empezaron a empujar a sus camaradas hacia atrás, gritándoles que les estaban disparando desde puntos que ellos habían creído que se encontraban en la dirección de sus propias líneas. Ante estos gritos, las tropas se sintieron sumergidas en un miedo histérico y lleno de descorazonamiento. Un soldado, que hasta aquel momento había tenido la ambición de convertir al regimiento en una pequeña y prudente unidad que navegara serenamente entre todas aquellas dificultades de apariencia inmensa, se dejó caer de repente y enterró la cara entre las manos con el aire del que se somete ante una catástrofe. Otro lanzó un lamento estridente, lleno de insultos, dirigido a uno de los generales. Los hombres no cesaban de correr de aquí para allá, buscando incesantemente con los ojos la mejor manera de escapar. Con serena regularidad, como si estuvieran controladas por un aparato mecánico de precisión, las balas caían en dirección a los hombres.

El muchacho anduvo con aire completamente impasible hasta llegar al centro mismo de la desbandada, y allí, con su bandera en las manos, se quedó clavado, como si esperara que los demás iban a tratar de empujarlo y derribarlo en tierra. Inconscientemente asumió la actitud que había adoptado el abanderado en la lucha del día anterior. Se pasó por la frente una mano temblorosa. No podía respirar con facilidad. Se sentía ahogar durante esta breve espera que precedía a la crisis.

Su amigo se le acercó.

—Bueno, Henry, me parece que esto es el adiós...

—¡Oh, cállate, estúpido! —replicó el muchacho, y no quiso mirar a su compañero.

Los oficiales se esforzaban, a la manera de los políticos, para llevar a la masa por la fuerza a formar un círculo de manera adecuada y enfrentarse con la amenaza. El terreno era desigual, con muchas partes destrozadas. Los hombres se encogían en las depresiones y se incrustaban detrás de todo aquello que les parecía que era capaz de detener una bala en su camino. El muchacho notó, con cierta sorpresa vaga, que el teniente permanecía en silencio, con las piernas separadas y la espada cogida en una mano como si fuera un bastón. El muchacho se preguntó qué habría ocurrido en sus órganos vocales para que dejara así de maldecir.

Había además algo curioso en esta pequeña y concentrada pausa del teniente. Era como si un chiquillo, después de haber llorado tanto como sus fuerzas se lo permitían, hubiera elevado los ojos y los hubiera clavado en un juguete colocado a distancia. Se hallaba absorto en esta contemplación y su labio inferior, de apariencia suave, temblaba con palabras que se susurraba a sí mismo.

Una suave pluma de humo perezoso e ignorante se rizaba lentamente. Los hombres, escondiéndose de las balas, esperaban ansiosamente a que éste se levantara y pudiera descubrir el peligro que amenazaba al regimiento.

De repente, las filas se sintieron sacudidas bruscamente por la voz ardiente del juvenil teniente, que gritaba:

—¡Aquí vienen! ¡Directo a nosotros, vive Dios!

Y el resto de sus palabras se perdió en el rugido de trueno demoníaco que salía de los fusiles de los hombres.

Los ojos del muchacho se habían vuelto instantáneamente hacia la dirección indicada por el ágil y nervioso teniente y había visto que la niebla traidora dejaba al descubierto una unidad de soldados del enemigo. Estaban tan cerca, que podía ver perfectamente los rasgos de sus caras. Hubo en él una sensación de reconocimiento cuando observó sus distintos rostros. Percibió también, con oscuro asombro, que sus uniformes eran, en efecto, bastante alegres, con su tono gris claro acentuado por los ribetes de colores brillantes. Las ropas que llevaban, además, parecían nuevas.

Aparentemente, las tropas habían ido avanzando con extremada cautela, con sus fusiles preparados, cuando habían sido descubiertas por el joven teniente y sus movimientos habían sido interrumpidos de repente por la descarga que lanzó el regimiento. En esta breve ojeada pudo deducirse que o bien no se habían dado cuenta de la proximidad de sus enemigos de oscuros uniformes o bien se habían equivocado de dirección. Casi instantáneamente fueron completamente borrados de la vista del muchacho por el humo que surgía de los enérgicos fusiles de sus compañeros. Esforzó la vista para intentar ver el resultado alcanzado por la descarga, pero el humo espeso continuó extendiéndose ante él.

Los dos cuerpos de ejército iban alternando sus golpes como un par de boxeadores. Los disparos rápidos y coléricos iban de una parte a otra. Los hombres vestidos de azul se hallaban poseídos por la idea de su situación desesperada y ansiaban aquella venganza que podían obtener a corta distancia. El trueno que producían iba en aumento, elevándose valientemente. Su frente curvo estaba erizado de llamaradas y todo el espacio resonaba con el sonido metálico de sus baquetas. El muchacho, bajando la cabeza y tratando de esquivar los disparos, miró de un lado a otro durante un breve tiempo y pudo obtener algunas vistas poco satisfactorias del enemigo. Parecía que había un gran número de ellos y estaban replicando rápidamente. Parecían acercarse al regimiento azul, paso a paso. Se sentó, abatido, en

el suelo, con la bandera entre sus rodillas.

A darse cuenta del humor rabioso y destructor de sus camaradas, se le ocurrió el dulce pensamiento de que, si el enemigo estaba a punto de atrapar la escoba regimental en forma de un gran prisionero, podía éste tener al menos el consuelo de que iba a caer con todas sus púas erizadas.

Pero los golpes del enemigo empezaron a debilitarse. Había cada vez menos balas que desgarraban el aire, y finalmente, cuando los hombres fueron retardando sus propias acciones para poder enterarse de cómo iba la lucha, lo único que podía verse era el humo oscuro y flotante. El regimiento permaneció unos momentos quieto y observando. Al poco rato, la bruma acosadora pareció sentir un súbito capricho y empezó a replegarse lenta y pesadamente. Y ante ellos los hombres vieron un terreno vacío de luchadores. Hubiera sido un escenario completamente vacío a no ser por unos cuantos cadáveres que yacían sobre el herbaje, arrojados y contorsionados en fantásticas formas.

A la vista de esta escena, muchos de los hombres vestidos de azul surgieron de sus refugios y empezaron a ejecutar un frenético y desgarrado baile de regocijo. Sus ojos ardían y roncós gritos de alegría salieron de sus labios resecos.

En aquel momento empezaba a parecer que los acontecimientos trataban de demostrarles que eran importantes. Con pequeñas batallas, evidentemente, se les había intentado probar que los hombres no podían luchar bien, y cuando se hallaban a punto de someterse a esta opinión, este pequeño duelo les había mostrado que las proporciones no eran imposibles, y con esto se habían vengado a la vez de sus propias desconfianzas y de su enemigo.

Volvían ahora a poseer el ímpetu del entusiasmo. Miraron a su alrededor con enaltecido orgullo, sintiendo nueva confianza en las armas severas y siempre ajustadas que tenían en las manos. Y, además, eran hombres.

Capítulo 21

Muy poco después tuvieron la seguridad de que la amenaza de la lucha ya no se cernía sobre ellos. Una vez más, todos los caminos parecían abiertos a su paso; las líneas azules y polvorientas de sus amigos podían verse claramente a corta distancia y, aunque en un lugar más alejado había aún muchos y colosales ruidos, por esta parte del campo se extendía una súbita quietud.

Se dieron cuenta de que estaban libres. Todo el grupo, que estaba ahora tan menguado, lanzó un hondo suspiro de descanso y se acercaron unos a otros para completar su jornada.

En esta última parte del camino empezaron a mostrar los hombres complejas y extrañas emociones. Se apresuraban con una especie de miedo nervioso y algunos, que habían actuado de modo decisivo y con ademán impasible en los más duros momentos, no podían ahora ocultar una ansiedad frenética. Era, quizá, porque sentían temor de que les mataran en un momento que carecía de importancia, cuando había ya pasado la ocasión apropiada para una muerte con honor militar. O quizá pensaban que sería algo excesivamente irónico morir cuando se hallaban en las mismas puertas de la salvación. Se apresuraban dirigiendo continuamente miradas hacia atrás, llenas de inquietud.

Mientras iban acercándose a sus propias líneas, un regimiento de hombres flacos y bronceados que yacía descansando a la sombra de los árboles les dirigió sarcásticas pullas, lanzando sobre ellos multitud de preguntas.

—¿Dónde demonios habéis estado?

—¿Para qué volvéis por aquí?

—¿Por qué no os quedasteis donde estabais?

—¿Hacía calor allí, hijitos?

—Y qué, ¿os vais a casa ahora, chicos?

Uno de ellos gritó con tono insultante, imitando a un chiquillo:

—¡Oh, mami! ¡Ven pronto a ver a los soldaditos!

No hubo más respuesta por parte del dolorido y golpeado regimiento que la que profirió uno de los hombres al desafiar abiertamente a quien quisiera luchar a puñetazos, y el hecho de que el oficial de la barba roja se acercó, mientras miraba con estilo fanfarrón al alto capitán del otro regimiento, hasta quedar junto a ellos. Pero el teniente aplacó al hombre que quería luchar a puñetazos, y el alto capitán, ruborizado ante la fanfarronería sin importancia del de la barba roja, se vio obligado a mirar intencionadamente hacia los árboles.

El muchacho, con el cuerpo dolorido, se sintió lastimado en su misma carne por estas palabras. Con el ceño fruncido miró con verdadero odio a los que así se burlaban. Meditó al mismo tiempo unas cuantas venganzas. Sin embargo, muchos de

sus compañeros del regimiento bajaron la cabeza como si se sintieran criminales, como si llevaran sobre los inclinados hombros el ataúd de su honor. Y el joven teniente, recobrándose, empezó a murmurar suavemente negras maldiciones.

Cuando de nuevo habían llegado a su antigua posición, dieron la vuelta para observar desde allí la extensión de territorio sobre la cual se había efectuado la carga.

Y al hacer este examen, el muchacho se sintió aplastado por un enorme asombro. Descubrió que las distancias reales, al compararlas con las brillantes medidas imaginadas mentalmente, eran en verdad triviales e insignificantes. Los impasibles árboles, a cuyo alrededor tanto había sucedido, parecían estar increíblemente cerca. Al reflexionar ahora vio que también el tiempo había sido en realidad breve. Se maravilló de que un tan gran número de emociones y de acontecimientos se hubiera acumulado en un espacio de tan escasas dimensiones. Se dijo que, sin duda, eran pensamientos fantásticos, que, a la manera de duendes, debían haberlo aumentado y exagerado todo.

Parecía entonces que podía haber una amarga justicia en las sarcásticas palabras de los flacos y bronceados veteranos. Y ocultó, bajo los párpados, una mirada de desdén hacia sus compañeros, que iban esparciéndose sobre el terreno, ahogándose a causa del polvo que los envolvía, desgñados, rojos por el sudor, con los ojos nublados.

Bebían todos a grandes tragos de sus cantimploras, tratando ansiosamente de absorber hasta la última gota de agua, y se frotaban la cara, que tenían hinchada y húmeda, con las mangas de sus chaquetas y con puñados de hierba.

El muchacho, sin embargo, podía hallar cierta complacencia al recordar su propia actuación durante la carga. Había tenido previamente muy poco tiempo para tratar de decidir el valor de sus acciones, y ahora, por lo tanto, encontraba una gran satisfacción al poder pensar en ellas en silencio. Recordó pequeños fragmentos de color que, en la precipitación, se habían clavado, sin que se diera apenas cuenta, en sus sentidos, completamente absortos.

Mientras el regimiento yacía jadeando a causa de sus esfuerzos, el oficial que les había llamado conductores de mulas llegó galopando a lo largo de la línea. Había perdido la gorra, y su pelo, revuelto, se movía en todas direcciones. Su cara estaba oscurecida por el disgusto y por la ira. Su malhumor podía verse con claridad en la manera brusca que usaba para manejar el caballo. Tiró de la brida y la retorció salvajemente, parando al animal, jadeante, con un tirón furioso, cerca del coronel del regimiento. Inmediatamente estalló en una airada colección de reproches que llegaron claramente hasta los oídos de los hombres. Estos se sintieron súbitamente alerta, siempre curiosos cuando se trataba de palabras violentas pronunciadas entre dos oficiales.

—¡Por todos los diablos, MacChesnay! ¡Qué disparate tan enorme han cometido

en todo este asunto! —empezó el oficial, y aunque trataba de hablar en tono relativamente bajo, su indignación hacía perfectamente perceptible el sentido de sus palabras—. ¡Qué lío tan terrible han armado! Por Dios, hombre, ¡se detuvieron a menos de cien metros de un buen triunfo! Si sus hombres hubieran adelantado otros cien metros, habrían llevado a cabo una gran carga, pero tal como lo han llevado a término...; de cualquier modo, ¡qué montón de cretinos tiene usted aquí!

Los hombres, escuchándole sin permitirse respirar apenas, volvieron ahora sus curiosos ojos hacia el coronel. Sentían, por todo aquel asunto, el interés de un pobre pelagatos ignorado.

Se vio al coronel erguirse y adelantar una mano con ademán algo oratorio. Tenía un aspecto ofendido, como si se hubiera acusado de robo al deán de una iglesia. Los hombres, hundidos en el éxtasis de la emoción, se sentían profundamente agitados.

Pero, de repente, la actitud del coronel cambió pasando de la de un deán a la de un francés. Se encogió de hombros.

—Bueno, general, ciertamente llegamos hasta donde pudimos —dijo serenamente.

—¡Hasta donde pudieron! ¿De veras, vive Dios? —se burló el otro—. Y verdaderamente no fue muy lejos, ¿verdad? —añadió con una mirada de frío desprecio clavada en los ojos del otro—. No muy lejos, me parece. Sus órdenes eran tratar de crear una diversión a favor de Whiter side. Lo que en realidad lograron ustedes van a comprenderlo por medio de sus propios oídos en un instante.

Y sin decir nada más, hizo dar media vuelta a su caballo y se alejó rígidamente.

El coronel, obligado ahora a escuchar los ruidos desgarradores de un encuentro que estallaba en los bosques, a su izquierda, se desahogó lanzando vagas maldiciones.

El teniente, que había escuchado con aire de impotente rabia toda la entrevista anterior, habló súbitamente con tono de voz firme y sin miedo:

—No me importa el grado que tenga este hombre...; tanto da que sea general...; si dice que estos chicos no lucharon de un modo verdaderamente magnífico, él no es más que un condenado imbécil.

—Teniente —empezó severamente el coronel—, esto es de mi única incumbencia, y le ruego...

El teniente hizo un gesto de obediencia.

—De acuerdo, mi coronel, de acuerdo —le dijo.

Y se sentó con el aire del que se siente satisfecho de sí mismo.

La noticia de que se había criticado duramente al regimiento corrió por la línea, y durante unos momentos los hombres se sintieron llenos de asombro.

—¡Por todos los demonios! —gritaron mirando la figura del general, que iba disminuyendo a distancia. Creyeron, desde luego, que se trataba de un gran error.

Al poco rato, sin embargo, empezaron a creer que sus esfuerzos, verdaderamente,

habían sido despreciados. El muchacho se dio cuenta de cómo esta convicción iba pesando sobre el regimiento entero hasta que los hombres tuvieron el aspecto de animales apaleados e insultados, pero rebeldes aún.

El amigo, con los ojos llenos de la ofensa, que sentía profundamente, se acercó al muchacho.

—Me gustaría saber qué es lo que quiere —dijo—. ¡Debe creer que salimos allí para jugar a los bolos! Nunca vi cosa igual.

El muchacho había desarrollado una tranquila filosofía en aquellos momentos de irritación.

—Bueno —dijo—, probablemente no vio nada de nada y se enfureció y decidió que no éramos más que un montón de corderos sólo porque no hicimos lo que él quería que hiciésemos. Es una verdadera lástima que al abuelo Henderson lo mataran ayer...; él hubiera sabido que hicimos verdaderamente cuanto pudimos y que luchamos bien. Todo esto es sólo nuestra terrible mala suerte, nada más.

—Desde luego que sí —dijo el amigo, que parecía estar terriblemente dolido por la injusticia—. ¡Desde luego que tenemos una suerte verdaderamente mala! No hay placer alguno en luchar por alguien cuando todo lo que uno hace..., sea lo que sea..., no lo hace bien. Te aseguro que me dan ganas de quedarme atrás la próxima vez y dejarles que se hagan ellos mismos su dichosa carga, y que se larguen al infierno juntamente con ella.

El muchacho habló a su camarada, tratando de calmarlo.

—Bueno, ambos peleamos bien. Me gustaría saber si hay alguien lo bastante necio para decir que nosotros dos no hicimos todo lo que pudimos y lo mejor que pudimos.

—¡Claro que lo hicimos! —declaró firmemente el amigo—. Y le romperé la cabeza al que lo niegue, aunque sea tan alto como una torre. De todos modos, ya saben que nosotros dos actuamos bien, porque yo mismo oí que un chaval decía que nosotros éramos los que mejor luchamos en el regimiento, y luego tuvieron una larga discusión sobre esto. Otro rapaz, claro, tuvo que salir y decir que era mentira, que él había visto todo lo sucedido y que no nos había visto a ninguno de los dos desde el principio al fin. Y desde este momento se mezclaron muchos más que dijeron que no era mentira, que luchamos verdaderamente como demonios, y todos nos alabaron mucho. Pero de todo esto, lo que no puedo resistir es la manera de hablar de estos soldados veteranos, siempre bromeando y riendo, y, luego, ¡este general! ¡Está loco!

El muchacho exclamó con súbita exasperación:

—¡Es una maldita cabeza de corcho! Me pone frenético. Me gustaría que viniera con nosotros la próxima vez. Le demostraríamos que...

Se calló, porque varios se acercaban a ellos, corriendo y llevando en la cara la expresión del poseedor de grandes noticias.

—¡Oh, Flem, tendríais que haberlo oído! —gritó uno ansiosamente.

—¿Oír qué? —preguntó el joven.

—¡Tendríais que haberlo oído! —repitió el otro, preparándose para dar las noticias, mientras los demás lo rodeaban formando un círculo lleno de agitación—. Verás, el coronel se encontró con vuestro teniente exactamente a nuestro lado, era lo más extraño que jamás oí, y le dice: «Ejem, ejem. Señor Hasbrouck, ¿quién era aquel rapaz que llevaba la bandera?». El teniente le respondió al momento: «Era Fleming, y es un tipo con todas las de la ley».

—¿Qué?

—¡Claro que lo dijo! «Un tipo con todas las de la ley». Éstas fueron sus palabras. Lo dijo. ¡Claro que sí! Si es que crees que tú puedes contar esto mejor que yo, vamos, ¡adelante! Bueno, entonces, ¡cállate la boca! El teniente dice: «Un tipo con todas las de la ley». Y el coronel: «Ejem, ejem; lo es, desde luego, un hombre muy bueno para nosotros; ¡ejem! Mantuvo la bandera firme, muy adelantada en el frente. Le vi bien. Es bueno». «Desde luego —dice el teniente—; él y un chaval llamado Wilson estuvieron siempre a la cabeza de la carga, aullando como pieles rojas continuamente.» «¿Eso hicieron? —preguntó el coronel—. ¿De veras? Ejem, ejem, ¡vive Dios! ¿A la cabeza del regimiento?» «¡Allí estaban!», contestó el teniente. «¡Vive Dios! —respondió el coronel—. Bien, bien, bien. ¿Esos dos chiquillos?» «Allí estaban», responde el teniente. «Bien, bien —añadió el coronel—. Merecen ser generales de división.»

El muchacho y su amigo dijeron:

—¡Estás mintiendo, Thompson!

—¡Oh, vete al infierno!

—¡Ja!

—¡No lo dijo!

—¡Qué mentiras!

Pero a pesar de estos aparentes desdenes juveniles y de sentirse algo avergonzados, sabían ambos que tenían la cara profundamente enrojecida de emoción. Se miraron uno a otro, con una expresión de secreta alegría y felicidad.

Al momento olvidaron infinidad de cosas con enorme rapidez. El pasado, desde aquel momento, no contenía ya escenas de error y de desilusión. Eran muy felices y sentían que, en su interior, tenían el corazón lleno hasta rebosar de afecto y agradecimiento hacia su coronel y hacia su joven teniente.

Capítulo 22

Cuando los bosques empezaron de nuevo a arrojar hacia el exterior masas oscuras de enemigos, el muchacho sintió una serena confianza en sí mismo. Sonrió brevemente ante el espectáculo de los hombres que se encogían y trataban instintivamente de esquivar el peligro ante los aullidos prolongados que producían las granadas lanzadas sobre ellos como por manos gigantes, a puñados. Observando el ataque, que se iniciaba sobre una de las partes de aquella línea azul que se extendía en forma curva, a lo largo de la ladera de una colina adyacente, permaneció erguido y tranquilo. Y como el humo de los fusiles de sus compañeros no le impedía ver ahora, pudo contemplar una parte de la dura lucha. Era verdaderamente un alivio poder percibir, al fin, de dónde procedían algunos de los ruidos que antes habían llegado, rugientes, hasta sus oídos.

A poca distancia podía ver a dos de sus regimientos que se habían enzarzado en una pequeña batalla particular, separadamente, con otros dos regimientos enemigos. Se hallaban en un espacio raso, y esto les daba un aspecto de algo que estaba colocado aparte. Estaban disparando como si lo hicieran por cumplir una apuesta, dando y recibiendo tremendos golpes. Los disparos eran increíblemente fieros y rápidos. Estos regimientos, completamente absortos, parecían ignorar los más amplios propósitos de la guerra y se disparaban el uno al otro como si se tratara en verdad de un partido nivelado.

En otra dirección pudo ver a una magnífica brigada que avanzaba con la intención evidente de obligar a salir del bosque al enemigo. Desaparecieron de su vista y pocos instantes después oyó dentro de aquel bosque un terrible estruendo. El ruido era inexpresable. Después de producir este prodigioso estruendo, y hallándolo aparentemente demasiado prodigioso, la brigada volvió a aparecer, a los pocos instantes, marchando airoosamente una vez más, con su perfecta formación anterior completamente inalterada. No podía advertirse en sus movimientos traza alguna de un aumento de velocidad en su paso. La brigada parecía rezumar satisfacción y confianza en sí misma y señalar con un pulgar orgulloso el bosque lleno de gritos.

En el ala izquierda, y colocados en una pendiente, había una larga hilera de cañones, irritados y enloquecidos, denunciando al enemigo que en la parte más profunda, al otro lado del bosque, se estaba formando para emprender otro ataque en la monotonía sin piedad de los combates. Las descargas de los cañones, rojas y redondas, producían una llama carmesí y un humo espeso y elevado. De cuando en cuando podían verse escenas en las que aparecían grupos de artilleros conjuntamente ocupados. Detrás de la fila de cañones se erguía una casa, blanca e impasiblemente serena en medio de las estallantes granadas. Un grupo de caballos, atados a una larga baranda frontal, tiraban frenéticamente de sus bridas. Los hombres corrían

continuamente de acá para allá.

La batalla en la que aquellos cuatro regimientos se habían enzarzado, al parecer, separadamente, duró algún tiempo. No se produjeron interferencias ajenas y solucionaron por sí mismos su disputa. Durante varios minutos siguieron golpeándose salvajemente unos a otros, de modo realmente poderoso, y luego los regimientos de uniforme más claro vacilaron y se retiraron, y quedaron las líneas de azul oscuro llenando el aire con sus gritos. El muchacho pudo ver que las dos banderas parecían estremecidas por la risa entre los restos humanos.

Al poco rato se esparció por el campo una quietud llena de significado. Las líneas azules se movieron, cambiaron un poco de lugar y miraron ansiosamente los bosques y los campos que se extendían silenciosos ante ellos. El silencio era solemne y propio de una iglesia, si se exceptúa a una lejana batería que, siéndole evidentemente imposible permanecer en silencio, mandó un débil trueno rodante sobre el terreno. Era irritante y se parecía a los ruidos producidos por chiquillos que no dejan de impresionar. Los hombres temían que esto iba a impedir a sus oídos embotados percibir las primeras palabras de la nueva batalla.

Los cañones de la ladera, de repente, lanzaron un mensaje de alerta. Casi en el mismo momento había empezado en los bosques un sonido chisporroteante, que fue aumentando con asombrosa rapidez hasta convertirse en un profundo clamor que envolvía a la tierra entera en sonido. Los estallidos desgarrantes avanzaron barriendo a lo largo de las líneas, hasta que se convirtieron en un rugido interminable. Para todos los que se hallaban en el mismo centro de esto, el ruido era capaz de llenar el universo. Era como el zumbido y el golpeteo de una máquina gigantesca, como el resultado de conflictos estelares entre astros de segunda magnitud. Los oídos del muchacho se llenaron por completo. Le era imposible oír más.

En una ladera, sobre la cual se extendía una carretera como enroscándose, vio carreras salvajes y desesperadas de hombres que incansablemente iban hacia adelante y hacia atrás en revueltos ataques. Esta parte de los dos ejércitos que se enfrentaban era como dos amplias olas que, en puntos determinados, se echaban locamente una sobre otra. Aumentaban de volumen echándose hacia adelante y hacia atrás. A veces, uno de los lados anunciaba golpes decisivos por los gritos y vítores que lanzaba; pero un minuto más tarde los mismos gritos y vítores surgían del lado opuesto. Una de las veces el muchacho pudo ver cómo una multitud de figuras vestidas de claro avanzaba, dando saltos parecidos a los de un galgo, hacia las líneas azules y ondulantes. Hubo entonces muchos gritos, y al poco rato se retiraron llevándose un amplio bocado de prisioneros. Otra vez vio una oleada azul precipitarse contra una obstrucción gris con una fuerza tan tormentosa y terrible, que pareció arrancarla de la faz de la tierra y no dejar más que barro pisoteado. Y siempre, en sus rápidas y mortales incursiones hacia adelante y hacia atrás, los hombres gritaban y lanzaban

alaridos como si se hallaran dementes.

Se luchaba por la posesión de determinados fragmentos de una valla o por apoderarse de lugares seguros detrás de grupos de árboles, como si se tratara de tronos de oro o de lechos de perlas. Parecía que a cada instante se hacían ataques desesperados hacia estos sitios escogidos y que la mayoría de ellos eran trocados casi al mismo momento entre las fuerzas contendientes como juguetes sin valor. El muchacho no podía ni siquiera tener la seguridad de cuál de los dos lados ganaba, porque las banderas flotaban como espuma carmesí en ambas direcciones.

Cuando les llegó su momento, su propio regimiento se adelantó, a pesar de hallarse debilitado, con el mismo ardor que antes. Cuando las balas cayeron sobre ellos, los hombres estallaron en un grito bárbaro de rabia y dolor. Inclinaron la cabeza, apuntando con odio concentrado hacia un punto situado detrás de los sobresalientes martillos de sus armas. Sus baquetas resonaban con fuerza y con furia cuando los brazos ansiosos las empujaban llevando los cartuchos hasta el fondo del cañón del fusil. El frente del regimiento era ahora una muralla de humo, penetrada a cada momento por los puntos centelleantes de brillantes rojos y amarillos.

Encenagándose mientras luchaban, se encontraron que en un espacio de tiempo sorprendentemente corto estaban más sucios que nunca. Sobre pasaban a todas sus apariencias anteriores en manchas y barro. Moviéndose de un lado a otro, tensos por el esfuerzo, farfullando constantemente, con los cuerpos oscilantes, las caras ennegrecidas y los ojos brillantes, daban la impresión de ser un conjunto de amigos extraños y repelentes ejecutando pesadamente algún curioso baile en medio del humo.

El teniente, al volver de una incursión en busca de una venda, sacó de un escondido receptáculo de su mente nuevos y portentosos juramentos, adecuados a la urgencia del momento. Lanzaba hileras de juramentos ondeando, a manera de látigo, sobre la espalda de sus hombres y era evidente que todos sus esfuerzos previos no habían en modo alguno empobrecido o debilitado sus secretos recursos.

El muchacho, portador de la bandera, no se sentía inactivo. Como espectador, se hallaba hondamente absorto. El estallido y la velocidad con los que se desarrollaba el gran drama le hacían inclinarse hacia adelante, con los ojos fijos y la cara crispada en pequeñas contorsiones inconscientes. A veces hablaba y sus propias palabras llegaban hasta él automáticamente, como si fueran grotescas exclamaciones. No se daba cuenta ni de que respiraba siquiera, ni de que la bandera que sostenía colgaba silenciosamente sobre él; tan absorto se hallaba.

Una línea formidable del enemigo llegó a colocarse a una peligrosa distancia. Podía verlos claramente ahora, hombres altos y delgados, con caras excitadas y expresivas, corriendo con largos pasos hacia un vallado desclavado.

Al darse cuenta de este peligro, los hombres cesaron de repente de lanzar sus

monótonos juramentos. Hubo un instante de forzado silencio, durante el cual levantaron los rifles y lanzaron una robusta descarga a sus enemigos. No se les había dado orden alguna para ello; los hombres, al reconocer la amenaza, habían reaccionado al instante soltando inmediatamente su manada de disparos sin esperar a la voz de mando.

Pero a pesar de ello el enemigo alcanzó rápidamente la protección de la línea movediza de la cerca. Se deslizaron tras ella con admirable rapidez y, desde esta posición, emprendieron enérgicamente la operación que tenía por objeto destrozar a los hombres azules.

Estos reunieron una vez más sus energías, preparándose para una gran lucha. Brillaban a menudo en las caras oscuras los dientes apretados. Aquí y allá surgían multitud de cabezas que parecían flotar sobre un pálido mar de humo. Los que se hallaban detrás de la valla, más protegidos, gritaban y chillaban frecuentemente, lanzando alaridos insultantes y burlones, pero el regimiento se mantenía en tenso silencio. Quizá, en este nuevo asalto, recordaban los hombres que poco antes se les había llamado cretinos, y esto hacía su situación tres veces más amarga. Se hallaban absolutamente dedicados al esfuerzo de mantenerse firmes en su terreno y de procurar alejar al alegre grupo de enemigos. Luchaban con rapidez, con una desesperación salvaje, que podía verse claramente en la expresión de sus caras.

El muchacho había decidido que, pasara lo que pasara, no iba a retroceder un paso. Algunas de las flechas de desprecio anteriores que se habían clavado en su corazón habían creado en él un odio extraño e imposible de expresar. Era evidente para él que, para que su venganza fuera final y absoluta, tenía que llevarla a cabo con su cuerpo muerto, desgarrado y destrozado, yaciendo sobre el campo. Esto creía que iba a ser un desquite, certero como una cuchillada, contra el oficial que les había llamado primero «conductores de mulas» y más tarde «cretinos», porque su mente, en todas las búsquedas enloquecidas que había emprendido tratando de hallar una sola cosa que fuera responsable de sus sufrimientos y conmociones, siempre llegaba al hombre que tan equivocadamente le había calificado. Y su idea, vagamente formulada, era lograr que su cadáver fuera un enorme y amargo reproche que ofrecer ante los ojos de aquél.

El regimiento sangraba extravagantemente. Empezaron a caer manojos que gemían, vestidos de azul oscuro. El sargento que solía actuar de mensajero en la compañía del muchacho recibió un disparo que le atravesó las mejillas. Destrozados los soportes que la sostenían, su mandíbula colgaba hacia abajo, descubriendo en la amplia caverna de su boca una masa palpitante de dientes y sangre. Y, sin embargo, seguía tratando de gritar. Y había en sus esfuerzos una terrible ansiedad, como si pensara que un solo grito poderoso podía ponerle bien.

El muchacho lo vio dirigirse hacia atrás al poco rato. No parecían fallarle las

fuerzas en ningún sentido. Corría con rapidez y lanzaba a su alrededor miradas enloquecidas buscando alguien que pudiera prestarle ayuda.

Otros caían entre los pies de sus compañeros. Algunos, heridos solamente, se arrastraban fuera de allí, pero muchos permanecían quietos en el mismo lugar en el que habían caído, con el cuerpo retorcido en formas imposibles.

El muchacho miró una vez a su alrededor en busca de su amigo. Vio a un joven vehemente, manchado por la pólvora y desaliñado, que sabía instintivamente que era él. El teniente también se hallaba sano y salvo, en su puesto, en las últimas filas. Había continuado maldiciendo; pero ahora lo hacía ya con el aire del hombre que está usando y agotando sus últimas reservas.

Y era porque el fuego del regimiento había empezado a fallar y a desvanecerse; aquella robusta voz, que tan extraña e inexplicablemente había surgido al principio de las delgadas filas, se estaba ahora debilitando con rapidez.

Capítulo 23

Por detrás de la línea llegó, a galope, el coronel. Le seguían otros oficiales. —¡Hay que ir a la carga! ¡Hay que ir a la carga! —gritaban, con voces resentidas, como esperando que los hombres se rebelaran ante esta orden.

El muchacho, al oír estos gritos, empezó a estudiar la distancia que había entre él y el enemigo. Hizo unos vagos cálculos; comprendía que para ser verdaderamente firmes soldados tenían que ir adelante. Quedarse donde estaban equivalía a morir, y, dadas las circunstancias, emprender una retirada llenaría de gozo a un excesivo número de los que se hallaban ajenos a esta acción. Su única esperanza era obligar a los irritantes enemigos a salir de su refugio de la valla.

Estaba seguro de que sus compañeros, cansados y entumecidos, tendrían que ser empujados por la fuerza a este asalto, pero al volverse hacia ellos percibió, con sorpresa, que estaban expresando su asentimiento clara y rápidamente. Hubo una rechinante y ominosa obertura a la carga cuando los mangos de las bayonetas chocaron con los cañones de los fusiles. Al grito de la voz de mando los soldados avanzaron hacia adelante en un ansioso salto. En el movimiento del regimiento entero había una nueva e inesperada fuerza. El propio conocimiento de su estado agotado y exhausto hacía que la carga pareciera un paroxismo, un despliegue de la fuerza que llega antes de la debilidad final. Los hombres se apresuraban con una extraña y morbosa fiebre de rapidez, corriendo como si quisieran alcanzar un triunfo repentino antes de que aquel fluido embriagador les abandonara. Era una carrera ciega y desesperada, llevada a cabo por un grupo de hombres en polvoriento y andrajoso azul, sobre un césped verde y bajo un cielo de zafiro, hacia un vallado que apenas se delineaba a través del humo y detrás del cual chisporroteaban incansables los fieros fusiles del enemigo.

El muchacho mantenía la brillante bandera al frente de la línea. Avanzaba agitando el brazo que le quedaba libre en furiosos círculos, lanzando al mismo tiempo locos gritos y apasionados llamamientos, urgiendo a los que no necesitaban ser animados, porque parecía que la horda de hombres de azul, lanzándose a sí mismos sobre el peligroso grupo de fusiles, había de nuevo enloquecido de repente con el entusiasmo de la abnegación. Al enfrentarse con los constantes disparos que lanzaban contra ellos, parecía que lo único que podían lograr era crear un abundante derramamiento de cadáveres sobre la hierba, entre su antigua posición y la valla. Pero se hallaban poseídos por un extraño frenesí, quizá a causa de olvidadas vanidades, y esto constituía una exhibición de sublime inconsciencia. No había dudas o preguntas evidentes, ni preparación alguna, ni diagramas. Aparentemente no había tampoco excusas que fueran dignas de consideración. Parecía que las rápidas alas de sus deseos se habrían destrozado contra las puertas de hierro de lo imposible.

El mismo se sintió con el espíritu audaz de un ser salvaje al que enloquecen sus creencias religiosas. Se veía capaz de profundos sacrificios, de una tremenda muerte. No tenía tiempo para disecciones, pero sabía intuitivamente que para él las balas no eran en aquel momento más que objetos que podían impedirle alcanzar el lugar al cual aspiraba. Y en su interior se alzaban sutiles llamaradas de alegría por el hecho de pensar así.

Puso en tensión toda su energía. Su visión era débil y le deslumbraba la presión combinada del pensamiento y el humo. No veía nada aparte de la niebla rasgada por pequeños cuchillos de fuego, pero sabía que allí, al frente, se encontraba la vieja cerca, erigida por un campesino desaparecido de aquel lugar, protegiendo los cuerpos de los hombres de gris, apretados unos contra otros.

Mientras corría, la idea del momento de entrar en contacto brilló en su mente. Esperaba que habría una gran conmoción cuando los dos cuerpos de ejército chocaran. Y esto se convirtió en parte de su salvaje locura de batalla. Podía sentir a su alrededor la oleada del regimiento en avance e imaginaba un golpe terrible, aplastante, que destrozaría la resistencia y esparciría consternación y asombro a lo largo de varias millas. El regimiento volante iba a tener el efecto de una verdadera catapulta. Y esta visión le hizo correr aún más deprisa entre sus camaradas, que avanzaban lanzando roncós y frenéticos vítores.

Sin embargo, pronto pudo ver que muchos de los hombres de gris no pensaban aguantar el golpe. El humo, al alejarse rodando, descubrió hombres que corrían con las caras aún vueltas hacia ellos. Estos se convirtieron luego en multitud, una multitud que se retiraba obstinadamente. Con frecuencia alguno de ellos daba la vuelta un momento para lanzar un disparo a la oleada azul.

Pero en un solo punto de la línea había un grupo obstinado y firme que no hizo movimiento alguno. Se habían colocado firmemente detrás de postes y barandillas. Una bandera, izada y orgullosa, ondeaba sobre ellos, y sus fusiles resonaban ferozmente.

El torbellino azul de hombres llegó muy cerca, tanto que pareció que verdaderamente iba a desarrollarse una lucha cuerpo a cuerpo y terrible. Había un claro desdén en la oposición del pequeño grupo que cambió el significado de los vítores de los hombres de azul. Se convirtieron en gritos de ira, directos, personales. Los gritos de los dos grupos eran, por su sonido, un intercambio de hirientes insultos.

Los azules mostraron los dientes y brilló reluciente el blanco de sus ojos. Se lanzaron a la garganta de los que permanecían resistiendo. El espacio entre ellos disminuyó hasta convertirse en una distancia insignificante.

El muchacho había fijado los ojos de su alma en aquella otra bandera. Su posesión sería digna de enorgullecerlos. Significaría una lucha cuerpo a cuerpo, con golpes muy cercanos. Sintió un odio gigantesco hacia todos aquellos que creaban

grandes dificultades y complicaciones y hacían, con ellas, que esta posesión fuera como la de un ansiado tesoro mitológico, colocado de manera que fueran necesarios trabajos hercúleos y hazañas peligrosas.

Se lanzó hacia ella como un caballo desbocado. Había decidido que no iba a escapárseles, si lo que era necesario para arrebatarla eran golpes salvajes y audacia. Su propia bandera, temblorosa y desplegada al viento, iba volando en línea recta hacia la otra. Parecía que al poco rato iba a ocurrir un encuentro fantástico, de extraños picos y garras, como entre dos águilas.

El torbellino de hombres de azul llegó a un súbito alto a una distancia cercana y peligrosa y lanzó una rugiente, rápida y poderosa descarga. El grupo de gris fue separado y roto por este fuego, pero el cuerpo lastimado y lacerado siguió luchando. Los hombres de azul, gritando de nuevo, se precipitaron sobre ellos.

El muchacho, mientras iba avanzando a saltos, vio, como a través de una niebla, el cuadro de cuatro o cinco hombres que habían quedado tendidos en el suelo, y otros retorciéndose sobre las rodillas, con la cabeza inclinada, como si hubieran sido fulminados por los rayos de fuego lanzados desde el cielo. Entre ellos, tambaleándose, se encontraba el portador de la bandera rival, y el muchacho vio que éste había sido mortalmente herido por las balas de la última y formidable descarga. Se dio cuenta de que era evidente que este hombre se estaba debatiendo en la última y trágica lucha, la lucha del que siente que sus piernas están agarrotadas por demonios. Era una batalla personal y espantosa. Sobre su cara se extendía la palidez de la muerte, pero aun sobre ésta podían verse las líneas oscuras y cinceladas por la dureza de un propósito desesperado. Con una terrible sonrisa de resolución atrajo hacia sí su preciosa bandera y se tambaleó y vaciló en su deseo anhelante de alejarse hacia donde pudiera hallar seguridad para ella.

Pero sus heridas parecían obstinarse en retrasar sus pies, en retenerlos, y él se debatía en una lucha macabra y sin piedad, como si vampiros invisibles se hubieran clavado ávidamente en sus piernas. Los que seguían encontrándose en la avanzada de las veloces líneas azules, aullando vítores, saltaron la valla. Y él, al verlos, cuando volvió la cara hacia ellos, tenía en los ojos la amarga desesperación de una derrota inexorable.

El amigo del muchacho saltó sobre la obstrucción presentada por la valla con un salto poderoso y violento y se lanzó hacia la bandera como una pantera se lanza sobre su presa. Tiró de ella y, arrebatándola, elevó su rojo brillo lanzando un ronco grito de triunfo; al mismo tiempo el que hasta entonces había sido portador de ella se lanzaba hacia adelante en una angustia atormentada y final y, envarándose convulsivamente, volvía su cara ya muerta hacia el suelo. Y había mucha sangre sobre la verde hierba.

En el lugar donde se había obtenido el triunfo empezaron a oírse locos gritos de victoria. Los hombres gesticulaban y rugían en pleno éxtasis. Cuando hablaban,

parecían creer que sus oyentes e interlocutores se hallaban por lo menos a una milla de distancia. Todas las gorras y todos los casquetes que les quedaban eran una y otra vez lanzados al aire alegremente.

En uno de los puntos de la línea cuatro hombres del enemigo habían sido rodeados y ahora estaban allí, sentados y guardados, como prisioneros. Algunos de los hombres de azul se habían quedado junto a ellos, formando un círculo ansioso y lleno de curiosidad. Era como si los soldados hubieran atrapado unos pájaros extraños y curiosos y estuvieran ahora haciendo el examen de ellos. Había en el aire un aleteo de rápidas preguntas.

Uno de los cuatro prisioneros se estaba vendando una herida superficial que tenía en el pie. La acariciaba como si se tratara de un niño, pero levantaba la vista con frecuencia para maldecir, con asombroso y completo abandono, a sus capturadores en sus propias caras. Los mandaba constantemente a rojas y ardientes regiones; invocaba sobre sus cabezas la cólera pestilente de extraños dioses y, con todo esto, demostraba que se hallaba singularmente privado del más mínimo conocimiento de los puntos más adecuados de conducta de los prisioneros de guerra. Era como si hubiera recibido un pisotón de un pobre rústico, zafio e ignorante, y se creyera no sólo con el derecho, sino incluso con el deber de usar profundas y resentidas maldiciones.

Otro prisionero, que por sus años no era más que un chiquillo, parecía tomar su infortunio con gran serenidad y buen temperamento, aparentemente. Conversaba con los hombres de azul, estudiando sus caras con ojos brillantes y agudos. Hablaron de batallas, de condiciones. Y en todas las caras se mostraba un gran interés durante este intercambio de puntos de vista. Parecía que les producía una gran satisfacción poder escuchar voces donde antes sólo había existido oscuridad y vanas especulaciones.

El tercer prisionero permanecía sentado con una sombría expresión en su cara. Seguía manteniendo una actitud estoica y helada. A todos los avances que se producían a su alrededor oponía una sola respuesta, sin variaciones: ¡Vete al infierno!

El último de los cuatro hombres estuvo siempre silencioso y durante la mayor parte del tiempo procuró mantener la cara vuelta hacia alguna dirección donde no hubiera nadie. Por lo que el muchacho pudo ver, parecía hallarse sumido en un estado de absoluta y abrumadora tristeza. Había vergüenza en él y, junto con ésta, el profundo dolor del que siente que quizá ya no volverá a encontrarse más en las filas de sus compañeros. El muchacho no pudo descubrir en él expresión alguna que le permitiera creer que el otro pensaba en un futuro difícil, quizá en calabozos imaginarios o en hambre y brutalidades posibles para la imaginación. Todo lo que podía ver en él era la vergüenza producida por la captura y la pena por haber perdido definitivamente el derecho a luchar.

Cuando los hombres se hubieron regocijado ya suficientemente, se colocaron, para descansar, detrás de la vieja barandilla de la valla, en el lado opuesto a aquél del

cual habían desalojado a sus enemigos. Unos cuantos lanzaron algunos disparos, sin atención y como al descuido, hacia figuras lejanas.

Había cerca de allí un poco de hierba alta. El muchacho se acurrucó allí y descansó, haciendo en la barandilla un soporte conveniente para la bandera. Su amigo, exaltado y rebosante de júbilo, sosteniendo su tesoro con alegre vanidad, llegó hasta él. Se sentaron uno al lado del otro y se felicitaron mutuamente.

Capítulo 24

Los rugidos, que antes se habían ido extendiendo en una larga línea de sonido a través del bosque, empezaron ahora a ser intermitentes y a debilitarse. Los discursos estentóreos y poderosos de la artillería continuaron oyéndose en algún encuentro distante, pero los estallidos de los fusiles habían ya casi cesado completamente. El muchacho y su amigo levantaron los ojos súbitamente, sintiendo casi una especie de vacío, de molesto embotamiento ante la desaparición de todos estos ruidos que habían llegado a ser parte de su misma vida. Pudieron ver entonces que se estaban efectuando cambios entre las tropas; había marchas en muchas direcciones, por aquí y por allá, y una batería empezaba a rodar despacio. En la cima de una colina apareció el espeso y reluciente brillo de muchos fusiles que se alejaban.

El muchacho se levantó.

—Bueno, ¿y ahora qué?, me pregunto —dijo.

Por su tono parecía que se estaba preparando para resistir alguna nueva monstruosidad en cuanto a estruendos y destrucciones. Con su mano tiznada puesta ante la frente se hizo sombra a los ojos y miró hacia el campo.

Su amigo se levantó también para mirar.

—Te apuesto lo que quieras a que vamos a salir de aquí para volver hacia el río —dijo.

—Bueno, ¡por vida de!... —dijo el muchacho.

Esperaron mientras continuaban observando. Al cabo de muy poco tiempo el regimiento recibió órdenes de disponerse a volver sobre sus pasos. Los hombres se levantaron gruñendo de la hierba, en continuas lamentaciones por tener que abandonar el suave reposo. Irguieron sus piernas entumecidas y se desperezaron, alzando los brazos por encima de su cabeza. Uno de ellos lanzó una maldición mientras se frotaba cansadamente los ojos. Todos gimieron:

—¡Oh, Dios!

Todos sentían tantas objeciones hacia este cambio ordenado, como las hubieran tenido ante la aparición de una nueva ocasión de librar una batalla.

De vuelta, anduvieron lentamente por el campo, a través del cual habían corrido poco antes en su loca escapada.

El regimiento continuó su marcha hasta reunirse con sus compañeros; allí volvieron a formar la brigada, en columna, para dirigirse, a través del bosque, hacia la carretera. A los pocos instantes se hallaron en medio de una masa de tropa cubierta de polvo y empezaron a andar fatigosamente, siguiendo un camino paralelo a las líneas enemigas, según éstas habían sido determinadas poco antes durante el conflicto sostenido con ellas.

Pasaron durante su camino frente a una casa, blanca e impenetrable, y vieron ante

ella varios grupos de sus camaradas que yacían a la sombra detrás de un cuidado terraplén. Una hilera de cañones seguía disparando sin cesar a un enemigo lejano. Las granadas que les eran lanzadas como respuesta levantaban nubes de polvo y astillas. Algunos jinetes pasaban rápidamente a lo largo de la línea de las trincheras.

Cuando alcanzaron este punto en su marcha, la división trazó una curva, alejándose del campo, y empezó a dirigirse sinuosamente en dirección al río. Cuando el significado de este movimiento se hizo claro en la mente del muchacho, volvió la cabeza y miró, por encima de su hombro, hacia el terreno pisoteado y sembrado por todas partes de destrucción.

Lanzó un suspiro de satisfacción íntima. Luego tocó a su amigo en el codo.

—Bueno, ya se acabó —le dijo.

Su amigo miró hacia atrás.

—¡Válgame Dios! Es verdad —contestó. Ambos callaron, reflexionando.

Por algún tiempo el muchacho se vio obligado a meditar de modo asombrado y algo incierto. Sabía que su mente estaba sufriendo un sutil cambio y tardó en abandonar su humor batallador y a volver a adaptarse a su acostumbrada manera de pensar. Gradualmente sintió que su cerebro emergía de entre todas las agolpadas nubes que lo envolvían y por fin pudo contemplar y abarcarse a sí mismo y a las circunstancias con más exactitud.

Comprendió entonces claramente que la existencia de disparos y contradisparos era ya cosa del pasado. Se había encontrado en una tierra de extrañas y furiosas revueltas y había salido adelante. Se había hallado en un lugar donde se mezclaban el rojo de la sangre y el negro de la pasión, y había escapado. Su primer pensamiento fue alegrarse de que esto hubiera sucedido así.

Después empezó a examinar sus propias acciones, sus fracasos y sus triunfos. Y así, cuando acababa de abandonar aquellas escenas, en las cuales muchos de sus acostumbrados resortes de reflexión habían permanecido inactivos, y de las cuales, obedientemente, había salido, se esforzó por reunir hasta donde le fuera posible todos sus actos.

Por fin los tuvo todos ante sí con claridad. Desde el punto de vista en el cual se hallaba ahora, le era posible mirarlos como un espectador y criticarlos con bastante acierto, porque su nueva condición había ya derrotado por completo ciertas compasiones anteriores.

Mirando esta procesión de recuerdos, se sintió lleno de gozo y sin pesar alguno, porque en ella sus actos públicos aparecían con grande y brillante prominencia. Las actuaciones que habían sido observadas por sus compañeros aparecían ahora ante él envueltas en púrpura y oro, con varias desviaciones. Marchaban alegremente, como al compás de la música. Era un placer contemplarlas. Pasó varios y deliciosos minutos observando las doradas imágenes del recuerdo.

Comprendió que valía. Recordó, con un estremecimiento de alegría, los comentarios respetuosos y admirados de sus camaradas hacia su conducta.

Y, sin embargo, el fantasma de su huida del primer encuentro seguía apareciendo ante él y danzaba. Sintió que su cerebro lanzaba pequeños gritos por esto y, por un instante, enrojeció y la luz de su espíritu pareció parpadear avergonzada.

Hasta él llegó un espectro lleno de reproche. Allí se erguía el recuerdo obstinado del soldado andrajoso, de aquel que, perforado por las balas y debilitado por la pérdida de sangre, se había preocupado por la herida imaginada en otro; de aquel que había prestado sus últimas fuerzas y su inteligencia al soldado alto; de aquel que, ciego por el cansancio y el dolor, había sido abandonado en el campo.

Por un momento se sintió empapado por un angustioso sudor frío al imaginar que podían descubrirlo en esto. Y como permanecía insistentemente ante sus ojos, lanzó un grito de aguda irritación y agonía.

Su amigo se volvió hacia él.

—¿Qué te pasa, Henry? —le preguntó.

El muchacho lanzó, como respuesta, un estallido de rojas maldiciones.

Mientras seguía marchando a lo largo del estrecho camino, bajo las ramas de los árboles y entre sus charlatanes compañeros, esta visión de crueldad pasó ante él. Permanecía siempre pegada a él, con obstinación, y oscurecía la imagen de aquellos otros actos de púrpura y oro. Fuera el que fuera el lugar al que se volvieran sus pensamientos, eran al momento seguidos por el fantasma de aquel abandono en el campo. Miró a escondidas, de soslayo, a sus compañeros, seguro de que les sería fácil descubrir en su cara pruebas de esta persecución. Pero aquéllos seguían avanzando pesadamente, formando filas desiguales, discutiendo con frases y palabras rápidas lo sucedido en la última batalla.

—Oh, si alguien me preguntara, yo diría que hemos recibido una buena paliza.

—¿Paliza? ¡Y que lo creas! No estamos derrotados, hijitos. Vamos a dar la vuelta por aquí, torcer, y llegarles por detrás.

—¡Oh, cállate ya con tu llegarles por detrás! Ya he visto todo lo que deseo ver de este asunto. No me digas que vamos a salirle por detrás...

—Bill Smithers dice que prefiere estar en mil batallas a permanecer en aquel infernal hospital. Dice que hubo tiroteo durante la noche y que las granadas cayeron en medio del hospital. Dice que nunca oyó un griterío igual.

—¿Hasbrouck? Es, sin duda, el mejor oficial del regimiento. Tiene agallas.

—¿No te dije que íbamos a salirles por detrás? ¿No te lo dije? Vamos a...

—¡Oh, cállate la boca de una vez!

Durante largo rato el recuerdo constante del hombre andrajoso apagó la alegría que se había esparcido por las venas del muchacho. Comprendió su enorme error y temió que estaría para siempre ante él, durante toda su vida. No pudo tomar parte

alguna en la charla de sus camaradas, ni los miró, ni parecía reconocerlos, excepto cuando le asaltaba la súbita sospecha de que les era posible contemplar sus propios pensamientos y estaban, quizá, examinando detalladamente la escena en la que él se había hallado con el soldado andrajoso.

Sin embargo, gradualmente, fue reuniendo fuerzas para lograr colocar su pecado a distancia. Y por fin sus ojos parecieron abrirse a nuevos horizontes. Entonces vio que podía contemplar la pompa y ampulosidad de sus antiguas creencias y verlas exactamente tal y como eran. Y se sintió invadir por el gozo cuando descubrió que ahora en verdad las despreciaba.

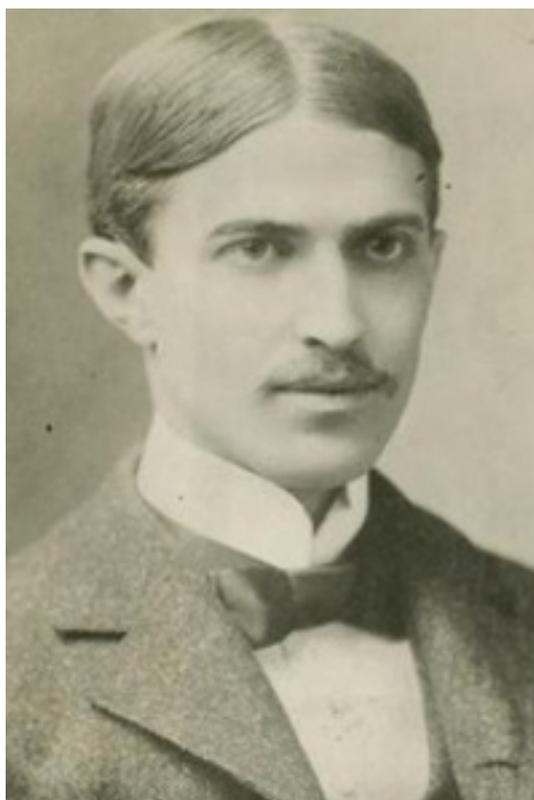
Junto con esta convicción llegó hasta él una enorme seguridad. Sintió que poseía una silenciosa virilidad, que no era exigente, pero que estaba dotada de sangre fuerte y sana. Supo claramente que ya no iba nunca más a perder el valor ante su destino, donde quiera que apuntaran las flechas indicadoras del camino a seguir. Había llegado a acercarse hasta tocar a la gran muerte, y había visto que, después de todo, no era más que la gran muerte. El era un hombre.

Y así acaeció que, mientras se alejaba lentamente del lugar de la sangre y de la ira, su alma cambió. Pasó de arados ardientes^[16] a visiones de pacífico césped, y era como si los ardientes y llameantes arados no existieran. Sus cicatrices cayeron mustias y sin vida, como hacen las flores.

Llovía. La procesión lenta de soldados cansados se convirtió en un cortejo sucio, quejoso y murmurante, que marchaba con el esfuerzo que se exigiría de un batidor mecánico a través de una balsa de barro líquido, de un tono castaño oscuro, bajo un cielo cargado y desapacible. Sin embargo, el muchacho sonreía porque vio entonces que el mundo era verdaderamente un mundo para él, aunque muchos otros descubrieran que estaba compuesto solamente de palos y maldiciones. Se había librado completa y totalmente de la enfermedad roja de la batalla. Aquella sofocante pesadilla era ya algo que pertenecía al pasado. Había sido un animal llagado y sudoroso, que se ahogaba en el ardor y la angustia de la guerra. Y ahora se volvía, con el ansia y la sed del enamorado, hacia imágenes de cielos tranquilos y sonrientes, de frescos prados y de fríos arroyos... Una existencia de paz, dulce y eterna.

A lo lejos, desde el otro lado del río, avanzaba la flecha dorada de un rayo de sol a través de las huestes de nubes plomizas, cargadas de lluvia.^[17]

FIN



STEPHEN CRANE. Novelista y poeta estadounidense, uno de los primeros exponentes del estilo naturalista. Crane nació el 1 de noviembre de 1871, en Newark (Nueva Jersey), y estudió en las universidades de Lafayette y Syracuse. En 1890, se marchó a Nueva York para trabajar por su cuenta como reportero de los barrios bajos, trabajo que junto a su pobreza le proporcionaría material para su primera novela, *Maggie, una chica de la calle* (1893). La novela, que hubo de publicar a su costa con el seudónimo de Johnston Smith, mereció los elogios de los escritores Hamlin Garland y William Dean Howells, pero no tuvo éxito. En cambio, la siguiente, *La roja insignia del valor* (1895), fue reconocida internacionalmente como un estudio psicológico, realista y profundo de un soldado joven en la Guerra Civil estadounidense. A pesar de que nunca vivió experiencias militares, la descripción de las duras pruebas de combate que revelaba en su obra indujo a varios periodistas estadounidenses y extranjeros a contratarle como corresponsal en las guerras entre Grecia y Turquía (1897) y España y Estados Unidos (1898). En 1896, el barco en el que acompañaba a una expedición de Estados Unidos a Cuba naufragó, desastre que le hizo pasar tales privaciones que le ocasionaron una tuberculosis, experiencias que narra en el libro de cuentos *El barco abierto y otros relatos* (1898). En 1897, se estableció en Inglaterra donde hizo amistad con los escritores Joseph Conrad y Henry James.

Las descripciones naturalistas de Crane son pesimistas y brutales, pero la crudeza de su realismo está mitigada por el encanto poético y la franqueza de los personajes.

Crane también fue un innovador de las técnicas poéticas. Sus dos libros de poesía, *Los jinetes negros y otros versos* (1895) y *La guerra es amable y otros poemas* (1899), son ejemplos pioneros e importantes de verso libre. Otras obras son *Servicio activo* (1899), *Relatos de Whilomville* (1900) y *Heridas en la lluvia* (1900). En 1954 se publicó su correspondencia. Escribió un total de doce libros antes de morir, a los 28 años, el 5 de junio de 1900, en Badenweiler (Alemania).

Notas

[1] Crane usa la atribución homérica para identificar a los principales personajes: el soldado alto, el soldado jactancioso, el muchacho. A veces les llama por su nombre. El «soldado andrajoso» permanece anónimo. El uso de estos atributos refuerza la idea de una generalización alegórica de la guerra. <<

[2] A principios de la primavera de 1863, estos falsos rumores de victoria reflejaban la ansiosa esperanza que las tropas del Norte tenían por un cambio en la marcha de la guerra. La batalla de Chancellorsville, que se admite como escenario de esta novela, duró del 2 al 4 de mayo y fue otro desastre. <<

[3] Una exhortación a los jóvenes espartanos en la literatura griega. <<

[4] Johnnies o Johnny Rebs (por rebeldes) era el nombre que solía darse en el Norte a los soldados confederados. <<

[5] Esta ciudad no se ha identificado. <<

[6] La tendencia naturalista de Crane le sugiere imágenes que parecen representar los actos de los soldados como respuestas mecánicas, no controladas por elección o juicio moral, mientras que los objetos inanimados y las máquinas, especialmente las armas, aparecen personificadas. <<

[7] Ejemplo característico de las imágenes faltas de individualidad que Crane presenta del hombre como soldado. <<

[8] Esta asociación de las emociones personales con objetos externos, desprovista de lógica racional, era un artificio impresionista condenado por los puristas de la época.

<<

[9] El ejército del general Burnside, acampado en la orilla este del Rappahannock frente al ejército confederado de Lee y Jackson, se deslizó río abajo más allá de las posiciones ocupadas por los ejércitos del Sur y atravesó el río por la noche por medio de puentes provisionales para preparar el ataque. <<

[10] Una brigada se componía de dos o más regimientos. <<

[11] La personificación de la bandera es una imagen característica de Crane. <<

[12] Los hombres privados de personalidad, máquinas de acero a las que se da cuerda, contrastan con las figuras de las máquinas provistas de vida, como las granadas estallando como flores bélicas o los cañones sentados en reunión tribal del capítulo 5.

<<

[13] El profesor Stallman cita como base de este episodio el encuentro de Crane con un desconocido y jovial campesino que le ayudó una noche oscura en la carretera. Hart sugiere relacionar el hecho de que Henry no «había visto la cara de su salvador» con el desconcierto que le causó la idea de que el moribundo Conklin parecía llegar simultáneamente de tres diferentes lugares. <<

[14] «Sin novedad en el Potomac» había sido una frase satíricamente repetida el año anterior a esta batalla en los periódicos al criticar la inacción de McClellan y su ejército, el cual ahora se enfrentaba otra vez con la derrota bajo el mando de Burnside en las orillas de Rappahannock. <<

[15] Recuérdense las anteriores abstracciones románticas del héroe en la mente de Henry; Crane acentúa aquí el contraste irónicamente al describir a su héroe llevado solamente por el instinto, luchando ciegamente. <<

[16] Es decir, espadas o armas en general. Cf. Isaías, II, 4. «... convertirán espadas en arados...». <<

[17] Según R. W. Stallman, esta última frase, que no se hallaba en el manuscrito, fue deliberadamente añadida antes de la impresión de la obra, mostrando que Crane conscientemente preparó una serie de varias imágenes recurrentes, aquí las del sol.

<<